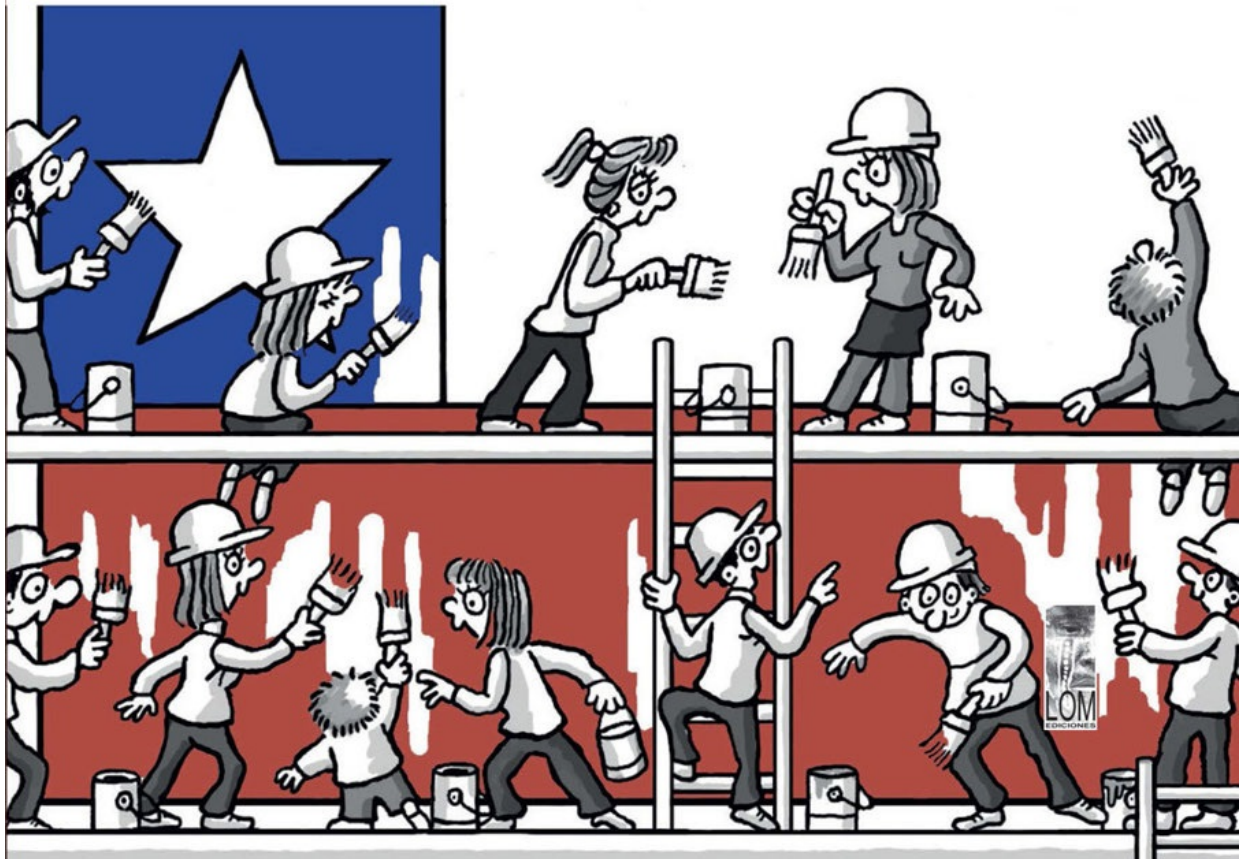


Historia del trabajo y la lucha político-sindical en Chile

(Hitos fundamentales)

GABRIEL SALAZAR - ISIDORA SALINAS

Ilustraciones de GUILLERMO BASTÍAS (GUILLO)

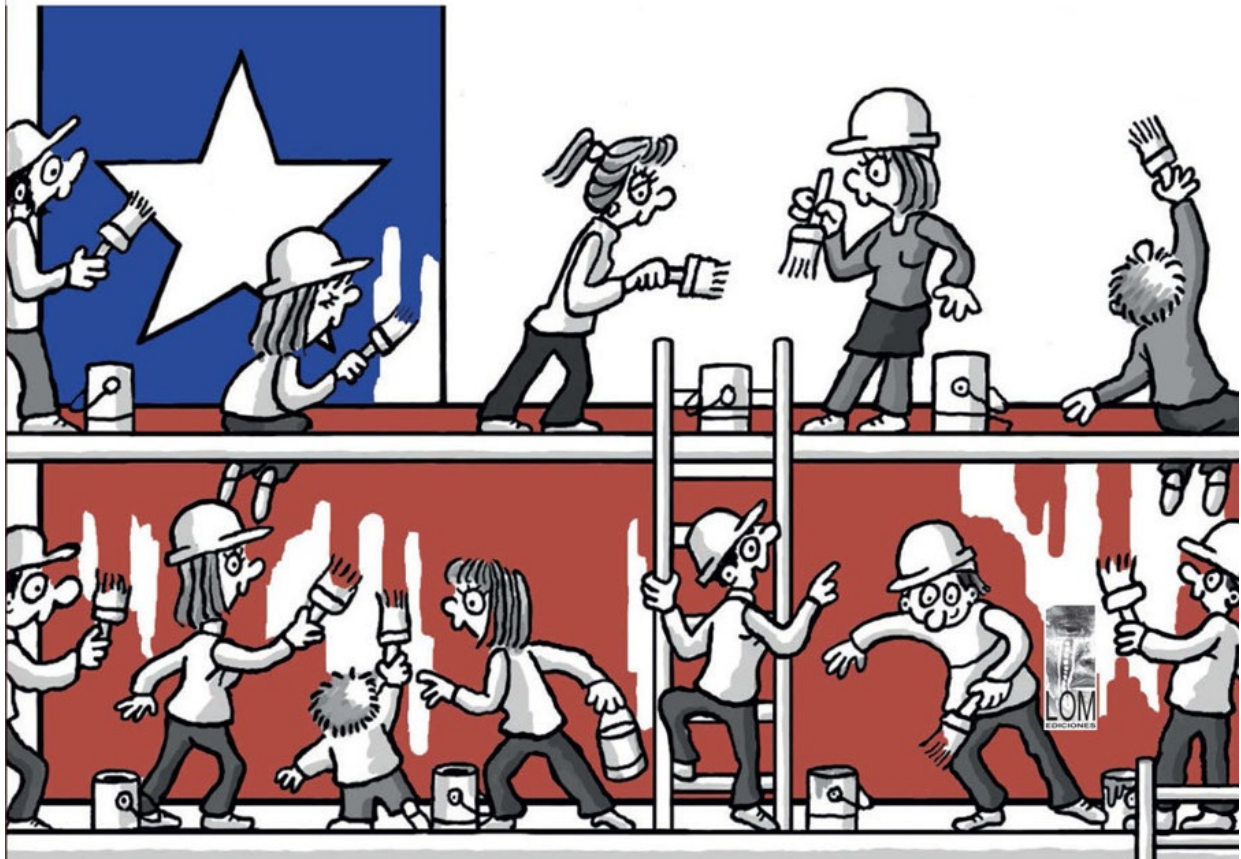


Historia del trabajo y la lucha político-sindical en Chile

(Hitos fundamentales)

GABRIEL SALAZAR - ISIDORA SALINAS

Ilustraciones de GUILLERMO BASTÍAS (GUILLO)



HISTORIA DEL TRABAJO Y LA LUCHA POLÍTICO-SINDICAL EN CHILE

(Hitos fundamentales)

Gabriel Salazar - Isidora Salinas
Ilustraciones: Guillermo Bastías (Guillo)



© **LOM ediciones / Sintec Chile**

Primera edición, diciembre de 2021

Impreso en 2000 ejemplares

ISBN Imprenta: 9789560014627

ISBN Digital: 9789560014917

Edición, diseño y diagramación

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Teléfono: (56-2) 2860 68 00

lom@lom.cl | www.lom.cl

Tipografía: Karmina

registronº: 211.021

Impreso en los talleres de Gráfica LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Impreso en Santiago de Chile

Indice

Prólogo

Primera Parte El trabajo mestizo: los «conchabamientos»(1600-1931)

Introducción

1. El peonaje (1600-1930)

2. El inquilinaje (1750-1965)

3. El pirquineraje (1700-1850)

4. El artesanado (1750-1880)

5. La servidumbre (1700-1931)

6. La esclavitud (1600-1931)

Segunda Parte Las hermandades mestizas (1750-1925)

Introducción

7. Las «colleras»

8. Las montoneras (1818-1832)

9. Los cuatrerros (1832-1934)

[10. Crisol de identidad ‘popular’: las chinganas](#)

[11. La hermandad comunera de «los pueblos»\(1800-1891\)](#)

[12. La hermandad mutua \(1825-1931\)](#)

[13. Hermandad revolucionaria:las ‘asambleas nacionales’ \(1908-1925\)](#)

[Tercera Parte Institucionalización de la hermandad popular: sindicatos, partidos, «masas» \(1931-1973\)](#)

[Introducción](#)

[14. Constitución Política \(1925\) y Código del Trabajo \(1931\): la hermandad popular enjaulada](#)

[15. Movimientos de «masas»:¿comparsa o soberanía? \(1936-1973\)](#)

[16. Apogeo de la clase política:«nunca más»...](#)

[17. El shock treatment:geopolítica de la tiranía militar \(1970-1990\)](#)

[18. El shock treatment y los trabajadores:¿qué quedó en la memoria?](#)

[Cuarta Parte Los pensadores autóctonos del movimiento popular \(siglos XIX y XX\)](#)

[Introducción](#)

[19. Del siglo XIX](#)

[20. Del siglo XX](#)

Quinta Parte Del «viejo topo» de la historia: irrupción del «Poder popular» (1957-2000)

Introducción

21. Trayectoria de la ‘soberanía subterránea’:de vagamundo a poblador (1850-1973)

22. Del «Poder popular» a«¡La asamblea manda!» (1970-2015)

Sexta Parte Neoliberalismo y Código del Trabajo: el nuevo peonaje

Introducción

23. El Código Liberal de 1931-1973:traición a la soberanía popular

24. El Código Neoliberal de 1979-2002:nuevo peonaje y nueva hermandad cívica

25. El Sindicato de los Trabajadoresde la Construcción (SINTEC): transformación

26. Ocaso del sindicalismo liberal, aurora de la «inteligencia popular»

Séptima Parte De la ‘autonomía de nacimiento’ a la ‘ciudadanía soberana’

Introducción

27. Convidarse y combinarse: el «convite» del 18 de octubre

[28. Convidarse y combinarse: la «deliberación» maniatada \(2019-2021\)](#)

[29. Memoria social y deliberación: los problemas históricos no-resueltos](#)

[30. El proceso constituyente 2019-2021: ¿cuál y cuánta soberanía?](#)

[Entrevista a Jorge Hernández Presidente del SINTEC](#)

[Bibliografía básica](#)

[Sobre los autores](#)

Prólogo

A 14 años de la fundación de nuestro sindicato (SINTEC), y luego de haber avanzado bastante en temas de organización, crecimiento, formación, transparencia y luchas que hemos realizado desde Arica a Punta Arenas, consideramos que restan por desarrollar dos objetivos que nos parecen de importancia fundamental:

Primero, lograr la negociación por rama de producción, que generaría en nuestra industria, y sobre todo en los trabajadores, un salto cualitativo en las condiciones generales de trabajo, salario, seguridad, jornada laboral y beneficios sociales.

Segundo –lo que es de gran importancia–, avanzar en la educación de los trabajadores, a efecto de que ellos puedan incrementar su capacidad de participación activa y autónoma en los procesos gremiales, históricos y políticos que vive nuestra sociedad.

En este segundo aspecto, hemos realizado varios talleres educativos –en los que han colaborado el profesor Gabriel Salazar y su equipo– que han culminado en el proyecto de publicar el libro que aquí prologamos. Será un aporte más en el proceso de nuestra formación, que fue antecedido por otras publicaciones: el Manual del Delegado Sindical del SINTEC; también, de Roosevelt Silva Collao: Elementos para una historia del sindicalismo reciente en el gremio de la Construcción (Entrevista), y la tesis de Raúl Lizama Miranda: La Unión en Resistencia de Estucadores, URE; todos los cuales fueron publicados por nuestra editorial El Andamio, y que buscan reconstruir la mirada histórica de nuestro rubro. Rubro que –dicho sea de paso–, pese a su importancia, ha sido invisibilizado y aun estigmatizado en nuestra sociedad.

Consideramos importante que, dentro de los aspectos que es necesario reforzar en nuestra formación, esté el conocimiento de nuestra propia historia, social, económica y política, que ha sido o bien olvidada, o mal escrita o estudiada, o bien subordinada a la historia de los vencedores. El conocimiento de nuestra historia real juega y jugará un rol protagónico no sólo en los procesos de formación de identidad –como pueblo y como clase–, sino también en las luchas que permitan mejorar de verdad las condiciones de vida y desarrollo de todo el pueblo chileno, hombres, mujeres, ancianos y niños.

Es por todo esto que consideramos necesario hacer una publicación sobre la historia del movimiento socio-político de los trabajadores chilenos en un estilo más preciso, gráfico, lúdico y breve, que permita a los trabajadores y ciudadanos introducirse más a fondo en cada uno de los episodios claves de su historia, que los invite a reflexionar sobre cada uno de ellos, para extraer de allí –utilizando las infinitas posibilidades que hoy ofrecen las distintas plataformas digitales– los criterios que se necesitan hoy para actuar con plena autonomía en la historia actual del país.

Como sindicato, consideramos fundamental desarrollar herramientas que nos permitan jugar un rol protagónico en todos los procesos de transformación y cambio que nuestra sociedad está experimentando a partir del Estallido Social del 18 de octubre de 2019. Pues allí, y entonces, los trabajadores y las trabajadoras vimos las posibilidades que se generan a partir de la unidad del pueblo y de los sectores sindicales que gestaron la Huelga General del 12 de noviembre, que jugó un papel clave en la posibilidad de que el pueblo avanzara más allá del manoseado «en la medida de lo posible».

Es un hecho que la falta de trabajos autoformativos, de ejercicios unitarios e incluso huelguísticos de nuestro movimiento sindical, ha mermado notoriamente su protagonismo en la escena nacional y su capacidad de lucha, lo que ocurre justo cuando el país está inmerso en este proceso –excepcional– de cambios ‘refundacionales’... Esa merma fue notoria en el fracaso de los dirigentes

sindicales que se presentaron a la elección de «constituyentes». Y esto nos debe hacer reflexionar sobre cuál es hoy el papel que los sindicatos, trabajadoras y trabajadores deben desarrollar en el umbral de este nuevo Chile.

Y como quiera que sea nuestra decisión al respecto, la autoformación, a partir de nuestra propia historia y nuestra propia capacidad de decisión y acción, es una tarea fundamental, urgente, de inmediata realización.

Jorge Hernández

Presidente

Sindicato Inter-Empresa Nacional de Trabajadores de la
Construcción y Montaje Industrial (SINTEC), Junio 2021

Primera Parte

El trabajo mestizo: los «conchabamientos»

(1600-1931)

Introducción

Desde 1600 hasta 1931, el pueblo mestizo chileno no estuvo regulado por ley alguna, ni para trabajar ni para vivir. El Rey de España estimó que los mestizos – hijos mayoritariamente ‘huachos’ de español y mujer indígena– eran «hijos del pecado» y por tanto la ley, que en sí ‘era’ virtuosa, no era posible dictarla para viciosos... Por esa razón, los mestizos devinieron en una población «infame», marginal, «sospechosa» y por tanto en una amenaza para la paz colonial del Imperio... El surgimiento de la República de Chile no alteró esa situación... En realidad, la agudizó

Mientras el sistema laboral de encomienda –aplicable sólo al pueblo mapuche– pudo funcionar (se extinguió alrededor de 1800), el pueblo mestizo fue escasa e informalmente enganchado para trabajar. Por eso, al principio, vivió como una masa dispersa de individuos vagabundos, «afuerinos». Y cuando se les enganchó para trabajar, el enganche no se rigió por ley ni reglamento alguno: fue sólo un ‘arreglo’ verbal, informal, que se llamó «conchabamiento» (unir, juntar, contratar), un pacto bilateral que, en los hechos, fue la imposición irrestricta de la voluntad y el interés privado del patrón... Esta práctica, que se extendió a lo largo del tiempo y el territorio, produjo la aparición de múltiples formas laborales semiesclavistas.

Y desde que aumentó la exportación de trigo y cobre al Virreinato del Perú (hacia 1730), el ‘conchabamiento’ de trabajadores mestizos se multiplicó tanto, que se convirtió en la forma laboral dominante en Chile, desde entonces hasta 1931... Fueron, pues, dos siglos de semiesclavitud... En las haciendas trigueras, tomó forma de «inquilinaje», complementado con diversas formas de «peonaje». En la explotación minera combinó formas de «pirquineraje» y «peonaje». Y en las ciudades, múltiples formas de «peón-gañán a jornal» y «servidumbre doméstica».

Sólo el mestizo que emprendió un trabajo independiente como micro-empresario pudo escapar, parcialmente, del «conchabamiento»: fue el caso de los labradores libres, los cateadores, los artesanos, los «maritateros», los chacareros, los vendedores ambulantes («regatones»), las «chinganeras» y... el bandidaje. Pero, a mediano plazo, terminaron todos ellos expoliados por la acción usurera de comerciantes y prestamistas («habilitadores»); acosados por diezmeros, clérigos e inspectores municipales, y atrapados o baleados por la gendarmería y el ejército.

Sólo en 1931, con el Código del Trabajo (liberal e ilegítimo), el «conchabamiento» entró en una fase temporal de aparente extinción.

1. El peonaje (1600-1930)

Los peones eran jóvenes («mocetones») entre 15 y 24 años, la mayoría mestizos de padre ausente y madre sobreocupada («huachos»). Trabajaban en tareas ocasionales en el campo, en la ciudad, en las minas. Según los censos de 1865 y 1875, de todos los «trabajadores con profesión», el peonaje era el más numeroso: 61,2 % de los casos. Y siendo mestizos y vagabundos, no eran sujetos de ‘derecho’. Por eso podían circular sólo si portaban una papeleta donde figurara la rúbrica de su «amo». De no llevarla, eran acusados de ser «vagamundos sin Dios ni Ley», por lo que eran encarcelados y condenados a trabajo forzado, sin salario... o a «servir» en el Ejército, «a ración». Siendo, pues, sujetos sin derechos, podían ser abusados, azotados y encepados por sus «amos», o por alguaciles, o por sargentos... Y de rebelarse, baleados por la policía o el ejército. Y porque no eran sujetos de ‘derecho’, sus victimarios, al maltratarlos, no cometían delito alguno.

Trabajaban de «sol a sol» (12 horas). Su salario (jornal) equivalía al precio de «la comida diaria» de los presos. A comienzos del siglo XIX, el jornal fluctuaba entre 1 y 2 «reales» diarios (un peso se descomponía en 8 reales). Pero, a mediados de la década de 1820, ese valor bajó a la mitad... Los peones se utilizaron en faenas agrícolas, como «afuerinos»; en faenas mineras, como «apires»; en construcción de caminos o tendido de líneas férreas, como «jornaleros»; en trabajos artesanales, como «aprendices», y en el comercio urbano, como «regatones», etc. Sin embargo, dado que el salario era insuficiente para subsistir (y menos para ‘proveer’ familia), la mayoría optó por la soltería y «andar al monte», esto es: asociado a grupos de bandidos y salteadores («vandalaje»), ya que por un simple ‘asalto’ obtenían un botín equivalente a 4 o 5 meses de trabajo asalariado. Por eso, para sobrevivir, la mayoría de ellos combinó el «conchabamiento» (de mala gana) con el «vandalaje» (por vocación). Y todo condimentado con violencia y alcoholismo.

Esa combinación convirtió al peón en un temible «roto alzado»: eludía el trabajo

asalariado («flojos, borrachos»), pero practicaba, vivamente, el robo y el saqueo («desde su nacimiento»). La oligarquía dominante, por tanto, lo trató como «enemigo interno». De modo que, acechados por ‘el sistema’, muchos peones escapaban de un lugar a otro, «parando» sólo en los «ranchos de mujeres abandonadas» que encontraban en su camino. Por eso rehuyó el matrimonio, la familia formal, pero sembró niños huachos, iguales a él, a lo largo de su ‘fuga’ sin fin. Así, pobló el país entero con su figura harapienta y su identidad rebelde hasta formar ese grueso estrato social que se llamó, primero, «bajo pueblo» (no vivían en ‘pueblos’), y después, «plebe» o «rotaje» (rural y urbano), individuos en movimiento perpetuo, sin apellidos (pero con sobrenombres), sin domicilio (pero omnipresentes), libres, pero atrevidos y peligrosos... Pero ese mismo ‘rotaje’ ganó, para sus ‘amos’, todas las guerras externas e internas a las que fue arrastrado por la fuerza («levas»). Y el mismo que, con sus manos, produjo, desde 1600 hasta 1930, todos los productos de exportación del país: sebo, cueros, cobre, plata, trigo, salitre, etc. De modo que, lo mismo que los «embrutecía» a ellos (el conchabamiento), convertía a los mercaderes de Santiago en la «aristocracia castellano-vasca» que gobernó el país, autoritariamente, desde 1830 a 1925.

Desde 1860, hastiado, el peonaje intentó irse del país: a Australia (por trabajo agrícola), a Perú (por ferrocarriles), a California (en busca de oro), a Argentina (huyendo de la «pacificación» de la Araucanía), etc. Entre 1860 y 1890, más de 200.000 peones (10% de la población) emigraron fuera del núcleo central de Chile (la región agrícola y comercial)... Pero mientras muchos escapaban del país, otros –en mayor proporción aun– «emigraban del campo a la ciudad»... Así, en un siglo (1880-1980), la capital de Chile fue ocupada y cercada, progresivamente, por el pueblo mestizo. Y allí surgieron, desde 1880 hasta 1930, conglomerados de rancheríos y conventillos, salpicados de bazares, baratillos, bares, cantinas, barrios rojos, timbas, boliches, regatones, burdeles y chiribitiles... mientras en sus calles, según un memorialista inglés (W.H. Russel), tirados de a tres o cuatro por cuadra, dormían su borrachera hombres y mujeres de pueblo.

Fue el origen «bárbaro» del que sería, un siglo después, el revolucionario movimiento de pobladores.

VOSOTROS SOIS HIJOS DEL PECADO

Y POR LO TANTO
NO SOIS SUJETOS
DE DERECHO

¡QUÉ LO
PARIÓ!



ESTAMOS
HASTA EL LOLY,
COMPADRE

¡ÉSTA SÍ QUE
ESTÁ BUENA!



Guillo

2. El inquilinaje (1750-1965)

El «inquilinaje» fue el conchabamiento de un trabajador (mestizo) con un dueño de hacienda que permitía al trabajador arrendar una «tenencia» de tierra dentro de la propiedad patronal, para producir trigo, hortalizas y subsistir con su familia. El acuerdo le obligaba a pagar al hacendado un canon de arriendo en dinero efectivo o en fanegas del trigo que cosechara. A su vez, permitía al hacendado recolectar de sus arrendatarios una cantidad importante de fanegas que después él mismo, en condición de «mercader», exportaba al Virreinato del Perú (a fines del siglo XVIII Chile exportaba 170.000 quintales métricos al año). El inquilino, si se esforzaba, podía pagar el arriendo en trigo y, además, exportar el excedente que produjera. Eso le permitía formar familia y manejar una respetable ‘acumulación campesina’. Tal posibilidad atrajo a muchos mestizos, por lo que el «inquilinaje» se masificó rápidamente.

El problema fue que los hacendados nunca pudieron imponer precios monopólicos al mercado peruano –siendo los únicos que lo abastecían de trigo– porque los «navieros limeños» bajaban a Valparaíso a comprar trigo sólo cuando les convenía, pues los hacendados chilenos no tenían barcos. Eso hizo posible que el precio del trigo lo impusieran los navieros compradores en Valparaíso y no los hacendados vendedores en Lima... Los reclamos ante el Virrey del Perú no dieron resultados... Fue el origen del conflicto histórico entre Chile y Perú... Incomodados, y a efecto de redondear una tasa de ganancia superior, los hacendados bajaron drásticamente el costo de producción del trigo. Y esto sólo era posible subiendo el canon de arriendo a los inquilinos. Y lo subieron tanto, que los inquilinos, sobre todo a comienzos del siglo XIX, no pudieron pagarlo, ni en efectivo ni en trigo... Entonces los hacendados exigieron que el pago fuera en horas de trabajo en las tierras del patrón. Esto convirtió a papá-inquilino, a sus hijos mayores e incluso a su mujer, en «peones obligados». Obligados a trabajar para el patrón, sin salario y con «ración», a cambio de quedarse en la «tenencia» un tiempo más.



**EL TRABAJO CON LOS MESTIZOS NO SE RIGIÓ NI POR LEY, NI
REGLAMENTO ALGUNO. ERA SÓLO UN ACUERDO DE PALABRA.**



Tal situación empeoró cuando los hacendados, desde 1838, comenzaron a importar maquinaria. Las trilladoras y segadoras obligaron a ensanchar los potreros patronales y a reducir el tamaño de las tenencias inquilinas... Sin embargo, pese al aumento de la opresión, el inquilino no se fue ni se rebeló: tenía mujer y un promedio de siete hijos: se sometió... Fue cuando Claudio Gay y otros cronistas descubrieron la miseria del campo chileno: Hacia 1880, el inquilinaje, como institución, estaba degradado, porque, además de la opresión, los hijos mayores del inquilino se negaron a ser «peones obligados» por el resto de su vida... Culparon al padre por eso, y por no haberse rebelado contra el patrón. Muchos «hijos mayores» abandonaron, entonces, a la familia y se fueron «al monte». El bandidaje de «los montes» –que hacia 1876 era un actor nacional reconocido– reclutaba, sin esfuerzo, a todos los marginados... mientras otros hijos (incluyendo las hijas mayores) emigraban a Santiago, donde triplicaron el número de «peones-gañanes» y «sirvientes domésticas» .

Con todo, en la segunda década del siglo XX las haciendas se hundieron en una crisis económica terminal. El precio mundial del trigo cayó 45 %, mientras en Chile, entre 1880 y 1895, subía 100 %... Por eso, la hacienda, entre 1922 y 1930, dejó de exportar trigo al Perú y a otros países. Chile se convirtió en importador de cereal... No obstante, intuitivamente, desde 1874, los hacendados fueron convirtiendo sus fundos en un agresivo poder electoral (Comuna Autónoma), para arrebatar al Presidente de la República el control de las elecciones. Para ese fin, aprobaron el sufragio universal, que dio derecho a voto a sus inquilinos. Por eso, pese a la crisis económica, repoblaron sus haciendas con centenares de «nuevos» inquilinos y se convirtieron de exportadores de trigo, en compradores de votos y vendedores de diputaciones y senadurías. Así tomaron control del Congreso Nacional. Luego, de los ministerios. Y finalmente, del tesoro fiscal... Tal arremetida concluyó en 1922, con la bancarrota de la Hacienda Pública.

En resumen, la expoliación económica del campesino en «tierra ajena» fue siendo transformada en expoliación política del inquilino-ciudadano y, a través del cohecho, también del peonaje urbano... todo lo cual hizo imprescindible, en la década de 1960, realizar, casi simultáneamente, la Reforma Agraria y la

Electoral.

3. El pirquineraje (1700-1850)

Desde 1700, un sector del pueblo mestizo emigró al norte para buscar, descubrir y trabajar yacimientos mineros (a los primeros mineros se les llamó «buscones»). El Rey de España permitió a «los buscones» trabajar las minas que descubrieran en calidad de «posesión» (no propiedad), de modo que si dejaban de trabajarla, la propiedad volvía, siempre, a la Corona. Así se formó, en los cerros del Norte Chico (Copiapó), un ‘microempresariado minero’, pobre, que trabajaba las minas «al pirquén» (usando recursos locales, de bajo costo), razón por la que se les conoció, también, como «pirquineros». Como la explotación de un yacimiento estaba abierta a su descubridor y protegida por ley, se generó una corriente migratoria de mestizos a la zona minera. Así se pobló, se trabajó y se constituyó, entre 1700 y 1872, el célebre Norte Minero de Chile, que llegó a ser el primer exportador mundial de cobre y el tercero de plata.

Los mercaderes y latifundistas no se interesaron –al principio– por la extracción minera, por su alta volatilidad e inseguridad (derrumbes, inundaciones, vetas verticales, distancia de los puertos, etc.). Para el pueblo mestizo, en cambio, era la rueda de su posible fortuna. Por eso fueron ellos los que descubrieron las minas («cateadores»), los que cavaron piques y persiguieron las vetas («barreteros»), amontonaron y chancaron el mineral («apires») e inventaron –entre todos– la tecnología minera «preindustrial» (barreta, corvo, pólvora, combo, trapiches, malacates, cueros de vaca, fuerza hidráulica, etc.). Gracias a ellos, hacia 1835 ‘Chile’ era ya un exportador de cobre y plata a nivel mundial.

El problema surgió de que los pirquineros, si bien podían extraer gran cantidad de mineral, no podían, en cambio, fundirlo y convertirlo en barras de metal. Tampoco podían transportarlo hasta los puertos de exportación. Su producto se acumulaba en la «cancha», próxima a los piques de la mina. Fue ese problema el que les dio la oportunidad a los mercaderes y banqueros para intervenir en la minería. No como productores, sino como comerciantes que compraban las «pastas» y vendían pólvora, herramientas, charqui, aguardiente, etc.

(«habilitadores»)... o bien, como «fundidores» (dueños de hornos metalúrgicos) y, al final, como «exportadores» de barras de cobre y plata, sobre todo, a Inglaterra... Se formó de ese modo, encima del estrato pirquinero, una cúpula de capital minero (mercantil) que se fue apoderando progresivamente –por deuda– de las «posesiones» pirquineras. Es que el precio del mineral pirquinero puesto «en cancha» –allí lo compraba el «habilitador»– fue abusivamente bajo, mientras el de los «insumos» que aquél vendía, abusivamente alto. Entre 1798 y 1802, por ejemplo, la deuda acumulada del pirquinero se multiplicó por diez... Por su lado, el precio mundial lo fijaban los ingleses, que compraban la barra de metal en «el puerto de exportación» (Caldera). La triple ganancia mercantil fue triturando la acosada ganancia del productor pirquinero y perpetuando su deuda hasta entregar la mina.

La red del «comercio de habilitación» cubrió todo el Norte Minero. De allí surgieron las fortunas millonarias del siglo XIX (Edwards, Puelma, Cousiño, Ossa, Goyenechea, etc). La deuda comercial de los pirquineros (similar a la deuda por arriendo de los inquilinos) permitió a los «habilitadores»: a) despojar al pirquinero de su posesión minera, convirtiéndose ellos mismos en «grandes mineros»; b) lograda esa condición, pudieron obtener créditos sin interés del Fondo de Minería (banco creado por el Rey de España para socorrer a los pirquineros); c) convertir a los pirquineros en un «peonaje asalariado» que debía endeudarse en la pulpería del patrón para adquirir sus medios de subsistencia; d) sumar como ganancia (superplusvalía) la ficha-salario y el interés usurero de la deuda en pulpería; e) mantener una fuerza de trabajo cautiva en «las oficinas» o «pueblos de compañía» (company-towns), es decir: la masa poblacional conchabada por el «gran minero»; f) manipular el voto de los ciudadanos cautivos en el company-town, y g) negociar con las autoridades la represión militar de las «rebeliones pampinas».

Ante ese semiesclavismo, el peonaje minero, lo mismo que el peonaje agrícola, se rebeló... Y lo hizo de tres maneras: a) fugándose, para engrosar los «bandidos del desierto» («cangalleros»); b) sabotando la faena productiva, y c) mediante huelgas pacíficas de negociación... En el desierto, la rebelión del ‘bandidaje’ no tuvo la misma escala y persistencia que en la región agrícola. Y la rebelión ‘sindical’ tuvo un costo altísimo: ejército en formación de batalla, fusiles,

ametralladoras e, incluso, cañones... (masacres mineras: 1906, 1907, 1921, 1925).

MERCADERES Y BANQUEROS FUERON APODERÁNDOSE
PROGRESIVAMENTE - POR DEUDA - DE LAS POSESIONES MINERAS DE
LOS PIRQUINEROS.



ASÍ FUE COMO TERMINAMOS ENTREGANDO LA MINA.



4. El artesanado (1750-1880)

Otro sector importante del pueblo mestizo emigró y se arranchó en las ciudades, particularmente, en Santiago. Allí se podía subsistir instalando un taller artesanal independiente, como microempresario. Y no se arrancharon en «la ciudad culta», sino en la ribera norte, inundable y arenosa, del río Mapocho («la Chimba»). Pero la inmigración era continua, y ocuparon luego el poniente (Matucana-Yungay) y el sur (Matadero). Sus «ranchos», con chimenea y acequia de entrada y salida, cercaron la ciudad por tres de sus cuatro costados (en 1865, el 69,5 % de las habitaciones del país eran «ranchos y cuartos»). Las autoridades, hacia 1840, pesarosas, anunciaron que la capital estaba tomada por la «plebe».

Por su actividad productiva, los rancheríos artesanales se infestaron de lodazales, aguas servidas y humo de hornillas y fraguas. La contaminación era tal, que muy pocos se atrevían a ir a comprar en lo que Vicuña Mackenna llamó «aduar africano», o «ciudad bárbara». Por esta razón, las mujeres de los artesanos debieron vender sus productos en el centro de la ciudad: en los puentes, plazas, atrios de las iglesias y en las calles centrales. De ese modo, entre 1830 y 1870, la «ciudad bárbara» se expandió comercialmente desde el norte, el sur y el poniente hacia el vértice de la «ciudad culta». El centro de la capital se cubrió de canastos, toldos, braseros, mujeres pregonando artesanías, niños gritando, peones ociosos de talante rudo. Y allí la «ciudad bárbara» desarrolló dos polos de concentración y expansión: el barrio de La Vega y el Mercado, por el norte, y el barrio Matadero –con su periferia de curtiembres y badanerías– por el sur. Bajando de esos polos, cientos y cientos de «regatones» pregonaban su mercadería por las calles, y aun en el primer patio de las casonas señoriales. El artesanado mestizo, zumbando como panal de abejas, se adhirió, para vivir, al corazón aristocrático de la República de Chile.

UNA PARTE IMPORTANTE DEL PUEBLO MESTIZO EMIGRÓ Y SE
ARRANCHÓ EN LAS CIUDADES, SUBSISTIENDO EN BASE A LA
ARTESANÍA Y SERVICIOS.



CERÁMICA



TEJEDORAS



ZAPATERÍA



HERRERÍA



CARPINTEROS

Guillermo

Ante esa invasión, la Municipalidad de Santiago contraatacó sin tapujos: decretó la expulsión de las fraguas y los ranchos y trazó un «camino de cintura» (San Pablo, Matucana, Avenida Matta, Avenida Vicuña Mackenna) que sirviera como frontera entre la «ciudad culta» (dentro de la cintura) y la «ciudad bárbara» (fuera de ella). A la vez, por la Ley de Patentes de 1840, creó ventajas monopólicas para las «fábricas» introducidas por los técnicos e ingenieros extranjeros.

El contraataque fue letal: detuvo en seco la expansión productiva del artesanado y tornó imposible su transformación en burguesía industrial, como había ocurrido en Inglaterra. Al mismo tiempo, el patriciado mercantil de Santiago abortó su propia transformación en burguesía industrial, fascinado (siempre) por su retrógrado afán de ser aristocracia, como en el Antiguo Régimen... Por dos vías, pues, la oligarquía chilena traicionó su destino capitalista... y el microempresariado artesanal, derrotado, devino en un peonaje asalariado subcapitalista.

Para no morir, los artesanos se rebelaron contra el libremercado económico del régimen impuesto en 1833. A la vez, la ‘juventud oligárquica’, liberal à la francesa (se autodenominaron «gironinos chilenos»), atacó la «tiranía política» de Diego Portales y Manuel Montt; pero no pudiendo hacer oposición desde el Congreso (estaban excluidos de él), los liberales se unieron a los artesanos, que hacían oposición desde las calles... Se formó así un «frente revolucionario» de jóvenes oligarcas y artesanos mestizos, donde estos últimos, por ser «ciudadanos» con derecho a voto, eran, a la vez, milicianos con formación militar. El «frente» así formado evolucionó, pues, hacia el ‘motín armado’. Eso dio lugar a las guerras civiles de 1829, 1837, 1851 y 1859... El objetivo político de los rebeldes era restaurar la vigencia de la Constitución de 1828, que era productivista en lo económico y liberal en lo político. Pero el Ejército (convertido por Diego Portales en una guardia pretoriana) ganó, contra el dicho «frente», todas las batallas necesarias para destruirlo. No hubo, pues, ni revolución industrial, ni revolución democrático-burguesa, ni abolición de los conchabamientos entre patrón y peón. La ‘aristocracia’ de Santiago continuó,

pues, reinando.

Derrotados económica y políticamente, los artesanos (recordando el rol cívico-revolucionario que jugaron entre 1823 y 1859) se refugiaron en la decencia interior de su ciudadanía política y dieron vida al movimiento mutualista que, nacido entre los trabajadores portuarios en 1825, se desarrolló progresivamente hasta 1931. A lo largo de ese siglo, los artesanos y asociados trazarían una historia ejemplar de cómo ciudadanizar la política... Lo que se expondrá más adelante.

5. La servidumbre (1700-1931)

El 95 % de los ‘conquistadores’ provenía de las masas marginales de la Península Ibérica. Sin embargo, en América, se sintieron «señores» y se rodearon de numerosa servidumbre: mujeres, niños y mocetones extraídos, al principio, de los pueblos indígenas, y después, del pueblo mestizo... El trabajo indígena fue reglamentado en detalle por la Corona, incluso la servidumbre. Pero el uso servil de los mestizos no: ni por el Rey, ni por el Estado chileno... Por eso, en lo ‘servil’, el conchabamiento sin control se practicó en formas extremas: compra, captura, crianza e, incluso, regalo (obsequio) de los niños, mujeres y hombres que debían servir.

La élite necesitaba probarse a sí misma que era aristocrática y no otra cosa... y su probanza favorita fue teniendo, bajo su mando, una masa de sirvientes, la mayoría de los cuales no eran ‘sujetos de derecho’ (los mestizos), aunque había niños y mujeres mapuche y criollos pobres que sí lo eran.... La oligarquía (admiradora de Portales) exigía sirvientes sumisos, laboriosos, honestos. Por eso prefería ‘conchabar’ niñas y niños para formarlos y disciplinarlos en la obediencia irreflexiva a sus ‘amos’. La obediencia irreflexiva fue el principio educativo que, entre 1750 y 1925, se aplicó al «bajo pueblo»: educación era servir bien. Tal ‘principio’ (hermanado con el «orden público»), en el siglo XIX, se enseñó en las casas patronales («casas de honor»), en la Casa de Huérfanos, en algunos conventos de monjas y en las «escuelas filantrópicas» creadas durante la dictadura de Diego Portales. En esa red institucional se organizó la «toma», «compra», «trato» y «educación» de los sirvientes en edad infantil; de preferencia, para los atrapados por el Ejército de la Frontera al sur del Bío Bío, llamados «chinitos y chinitas de Arauco» También se adoptaban «las huachas y huachos» de la Casa de Huérfanos, donde las madres que no podían criarlos los dejaban «expuestos» en una ventanilla giratoria: eran los «niños expósitos» (en esta Casa, la mortalidad infantil era mayor que en la calle).

El reclutamiento de sirvientes fue, pues, una red institucional nacional, que

integraban el Estado, el Ejército de la Frontera y también la Iglesia Católica. La misma red actuaba sobre las «mujeres abandonadas» (huachas) que vivían arranchadas en los «ejidos de Cabildo» (suburbios de la ciudad). Ellas solían ser denunciadas por la Iglesia debido a su vida escandalosa (tener «encierros de hombres», o «vivir amancebadas»). Los alguaciles las apresaban, las enviaban a La Frontera, a «servir a ración y sin salario» en casas de los militares. Sus ranchos, incendiados. Sus niños, encerrados en la Casa de Huérfanos... Y eso duró cien años.

Así se formó el estrato laboral de sirvientes domésticos que trabajó para la oligarquía chilena en ese siglo (totalizando 20 % del ‘peonaje’)... El conchabamiento servil era, al principio, «a ración y sin salario», y los amos se permitían castigarlos (azotes). Pero lo servil, en la mentalidad patronal, estaba ‘purificado’ por lo educativo. Porque servir en «casa de honor» era –según ellos– aprender a ‘trabajar’, disciplinarse, respetar, obedecer, tener «buenas costumbres». El patrón no era, pues, abusivo, sino civilizador y evangelizador, ya que ‘ellos’ eran cristianos y los sirvientes, «bárbaros». Bajo esa acomodaticia cobertura ideológica, sin embargo, sobrevivieron resabios abusivos de la «conquista»:

a) La ausencia de salario efectivo, pues, en muchos casos, no hubo ‘trato’ original, sino –como se dijo– ‘crianza casera’ de niños. La «ración» la entendían como «darles de vivir». Y el producto educativo era una enclaustrada identidad servil; b) El ‘sistema’ era regido por un autoritario patriarcado mercantil, que hizo sentir su poder sobre sus propias hijas mujeres (matrimonio) y sobre la servidumbre femenina (castigos, violación), de donde surgió el problema de los «hijos ilegítimos» (los ‘nuevos’ niños huachos: de tinte europeo y cobrizo-blancos); c) Ese patriarcado, aureolado con la práctica de la «caridad cristiana» (extendida a todo el país por las «fundaciones de beneficencia» de las damas de clase alta), permitió que la servidumbre fuera una costumbre generalizada y valiosa, empezando por las relaciones personales entre amos y «criados»; d) Al punto de que esa ‘caridad’ devino en símbolo de distinción: sólo el aristócrata verdadero podía financiar la ‘crianza’ del pueblo; e) Por eso, sólo en el siglo XX, después del fracaso de la caridad ante el estallido de la pobreza (1915), se desarrolló una legislación reguladora de la servidumbre. Así llegó el

Código del Trabajo, en 1931, que puso fin, en apariencia, a los 'conchabamientos'.

LA ELITE NECESITABA PROBARSE A SÍ MISMA COMO ARISTOCRÁTICA
Y NO OTRA COSA. Y SU PROBANZA FAVORITA FUE TENIENDO, BAJO
SU MANDO, UNA MASA DE SIRVIENTES.



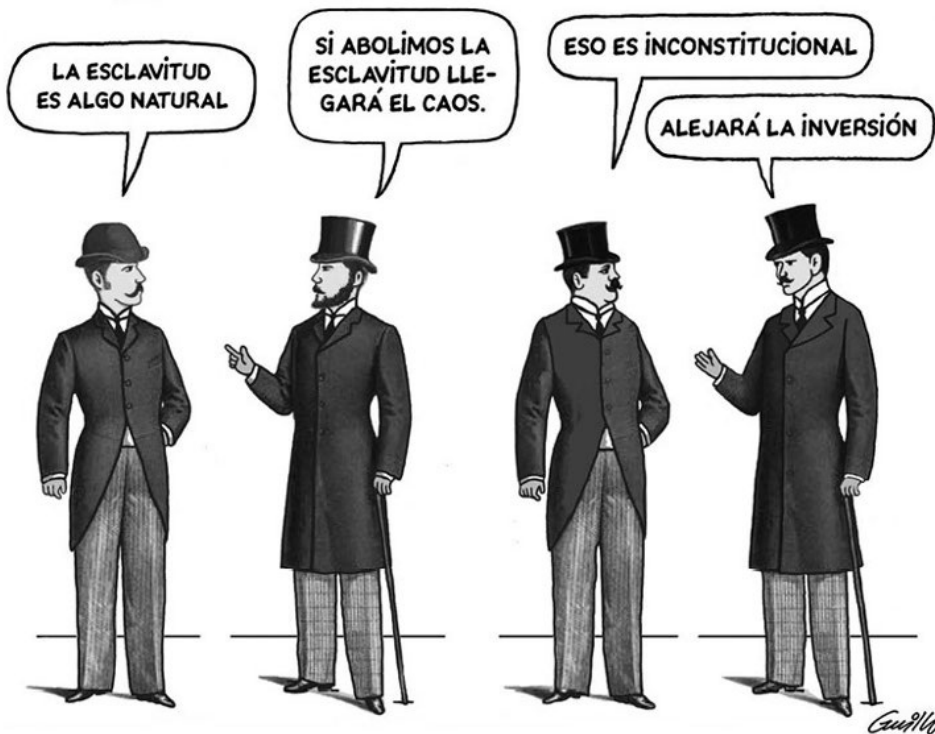
UN CONCHABAMIENTO SERVIL, AL PRÍNCIPIO, A RACIÓN Y SIN SALARIO.

6. La esclavitud (1600-1931)

Primero se proclamó en Chile la «libertad de vientres» (1811) y, luego, «la abolición de la esclavitud» (1823). La élite se enorgulleció, públicamente, de haber hecho eso. Pero, en realidad, las prácticas esclavistas (a la sombra del conchabamiento) fueron de mayor masividad y brutalidad después de la abolición, y no antes; es decir: cuando gobernó la oligarquía mercantil, no el Rey. Por eso, el trato dado a los esclavos negros en la Colonia fue más humano que el que se le dio al mestizaje conchabado durante la República.

La tendencia de los conquistadores fue esclavizar a los pueblos conquistados, siguiendo la costumbre de los imperios: esclavizar a los pueblos ‘vencidos’. Sin embargo, por presión de la Iglesia Católica, se aprobó una legislación laboral (encomienda indígena, etc.) que detuvo, en parte, esa tendencia. No obstante, en el terreno mismo, los conquistadores siguieron forzando el trabajo indígena, porque ‘ése’ era el premio a sus esfuerzos. Y desde los cabildos comunales defendieron ese «premio» contra obispos y virreyes. La esclavización era su «derecho». Pero lo que no logró la corona cristiana del Rey, lo hizo la extinción progresiva de la población indígena. Y el «derecho» en cuestión, quedó cesante... Y sólo tuvo aplicación volcándose al tráfico mercantil de esclavos negros del Atlántico Norte, respecto al cual el Rey no dijo nada, porque la nobleza de su corte lucraba allí. Por eso, el precio de los esclavos africanos subió constantemente.

EN EL NORTE SE FORMARON POBLADOS CAUTIVOS DE TRABAJADORES
QUE VIVÍAN AMARRADOS A UNA DEUDA PERPETUA CON LA
PULPERÍA DEL PATRÓN



Y por eso mismo, en Chile –lejos del océano mercantil–, la esclavitud negra fue una inversión de lujo (daba ‘estatus social’) más bien que una fuente de trabajo forzado. Aquí los esclavos se utilizaron en el servicio doméstico visible (como mayordomos) y no en el duro e invisible trabajo extractivo de las haciendas y la minería. Por tanto se les cuidó y se les dio privilegios negados a la servidumbre mestiza. Su aporte laboral fue, pues, más simbólico que esencial. Pero la oligarquía mercantil chilena (no industrial), excluida de los mares ‘capitalistas’, necesitaba asegurar su ganancia castigando el costo del trabajo productivo. Vivió hambrienta, por tanto, de superplusvalía. De ahí que su adicción al esclavismo no murió en 1823: al contrario, se exacerbó a nivel record. Y como controlaba el Estado en condiciones de «tiranía», no legisló jamás contra su propensión esclavista... Es la razón por la que el conchabamiento, bajo formas extremas, fue ostentoso en Chile hasta 1931.

El esclavismo ‘clásico’ se centró en el contrato de compraventa de individuos esclavizados. El esclavismo chileno, en cambio, se centró en la formación de poblados cautivos –amarrados a deudas sin fin– para extraer de ellos la plusvalía «total» o superplusvalía: la del salario, unida (y sumada) a la deuda perpetua en la pulpería del patrón. Si la esclavitud clásica se basaba en la libertad de comercio, la del «pueblo de compañía» (o company-town) se basó en el monopolio comercial absoluto. El Estado oligárquico del siglo XIX aplicó religiosamente el librecambismo hacia Europa, pero en el sector productivo interno alentó la existencia de monopolios comerciales esclavistas, porque tales fueron las «relaciones sociales de producción» que se utilizaron por más de un siglo en las haciendas y en las oficinas salitreras. Fue un sistema que no esclavizó a individuos, pero esclavizó pueblos («de Compañía»), con sus propios guardias, jueces, cárceles, castigos, administradores, escuelas, capillas y, sobre todo, pulperías, cuyos patrones, ante el peligro de un motín ‘laboral’, pedían el apoyo (asegurado por la Constitución) del Ejército... Pariente cercano fue el sistema esclavista de coolies chinos que trabajaron en las guaneras del Pacífico Sur.

El esclavismo de los «pueblos cautivos» en las haciendas y en las oficinas de la

minería generó, durante el largo siglo XIX (1800-1930), la superplusvalía tan necesitada por la oligarquía chilena... para seguir siendo dominante ella misma, no para desarrollar el país... Que eso fue así, que no hubo desarrollo capitalista, lo probó la más que centenaria resistencia del 'bandidaje mestizo' del sur, el explosivo movimiento huelguístico del 'peonaje pampino' del norte, y la atrevida «toma» de las ciudades de Valparaíso (1903) y de Santiago (1905) por el 'peonaje mestizo' del centro. Si aquella 'burguesía' no cumplió su tarea de 'clase dirigente' (desarrollar el país) cuando correspondía, el destino histórico, en cambio, para dichos movimientos quedó abierto: eliminar el obstáculo central de su liberación y desarrollo.

Segunda Parte

Las hermandades mestizas (1750-1925)

Introducción

En su mayoría, entre 1600 y 1840, los mestizos no vivieron en pueblos. No tenían cultura de ‘vecindario’. No podían ser, ni fueron por mucho tiempo, ciudadanos. Vivían dispersos: la mayoría de los hombres vagando por el territorio; la mayoría de las mujeres, arranchadas en los «ejidos de Cabildo» (tierras comunales, suburbio). Ellos («vagamundos»), robando ganado, cruzando ida y vuelta la cordillera, vadeando ríos, robando, saqueando, pero, sobre todo, huyendo de la prisión, las «levas» y el trabajo forzado. Ellas («huachas») habitando –en «consorcios» de dos o tres– un rancho común, donde vendían comida y hospedaje a los transeúntes que pasaban... Ni ellos ni ellas convivían en comunidad... Pocos de ellos formaban familia. Pero todos engendraban miles de niños «huachos» (hacia 1875, todavía el 40 % de los niños que nacían, a nivel nacional, eran «huachos»).

Y eran todos «sospechosos» por principio: se creía que eran intrínsecamente ladrones (los hombres) e intrínsecamente escandalosas (las mujeres). En los archivos judiciales se hablaba de «ladrones de nacimiento». y no siendo «sujetos de derecho», la sospecha era suficiente prueba para su represión. De modo que sobre ellos blandía a menudo la denuncia, la persecución, la cárcel, el azote, la violencia represiva... Para la élite, eran merodeadores («lobos esteparios»). Más que eso: eran, oficialmente, el «enemigo interno» de la sociedad.

Desde tal definición, las relaciones internas, entre mestizos, no fueron advertidas por la sociedad culta, ni comprendidas. Ni entonces, ni después. Pero lo cierto fue que se asociaban entre sí «al pasar»: libre, episódica y pragmáticamente. Sin reglas previas ni moralejas ulteriores: «sin Dios ni Ley». Allí no regía la majestad intemporal de la Ley, sino la fugacidad de sus relaciones. Fugaces, porque lo realmente determinante para ellos, en toda ocasión, era la larguísima duración de su identidad marginal (tres siglos de vagabundaje, montaña, represión, bandidaje, miseria, rostros oscuros, soledad). Siendo eso, tenían una identidad que les permitía reconocerse de lejos unos a otros. A simple vista. Con

la certeza de que eran iguales. Confiaban en el que aparecía... sin ceremonial de presentación. Podían, por eso, improvisar de inmediato acciones de cualquier tipo sin más regla orgánica que su identidad de ‘pueblo’.

Por ejemplo, para ejecutar un asalto, uno de ellos (dueño del dato) «convidaba» a un recién conocido en una reunión abierta («fiesta del angelito») a realizar la operación. Allí mismo decidían «convidar» a un tercero o a un cuarto. Ya en el lugar señalado, «se combinaban» para ejecutar con éxito la tarea. Realizada ésta, «se repartían» el botín. Luego «se dispersaban» en todas direcciones... En las declaraciones de los presos del siglo XIX aparecen, repetidas, estas palabras: encuentro, convite, combinación, acción, reparto, dispersión. No formaban, pues, «organizaciones» estables ni jerárquicas ni estatutarias, sino grupos operativos que se asociaban y dispersaban. Por eso, nunca los alguaciles (ni el ejército) pudieron desarticular al inarticulado «vandalaje».

No necesitaban, pues, las relaciones funcionales de la ‘organización’: su igualdad intrínseca les proporcionaba una forma asociativa ‘superior’: la hermandad del ‘pueblo’ consigo mismo, la autonomía de acción que brota de la marginalidad extrema. Y también la temprana conciencia de soberanía popular que subyacía bajo todo eso.

7. Las «colleras»

En su larga historia presindical y prepartidaria, los mestizos desplegaron formas asociativas articuladas bajo el sentimiento de hermandad, propio y casi exclusivo del «bajo pueblo» (no debe confundirse con «hermandad de clase», porque ésta presupone vivir y trabajar integrado en una «sociedad estructurada en clases»).

Los hombres –que vagaban por cerros, valles y pasos cordilleranos– descubrieron que «andar la tierra» en solitario daba entereza, resistencia y poder sobre la naturaleza (era el caso del temible «lacho guapetón»), pero para robar y lucrar con lo robado, lo mismo que para defenderse de las patrullas enviadas para apresarlos, era mejor vagar «de a dos». Y montados sobre sendos caballos, ideal... La compañía de ‘otro’ duplicaba el poder de pillaje, de autoprotección, el calor nocturno al dormir juntos a la intemperie («encamarse», de donde deriva «camarada») y la posibilidad de planificar mejor los «golpes de suerte».

Para el mestizo –comúnmente «huacho»– el camarada era el «hermanito» que no se tuvo, o el padre que jamás se vio. De ahí la tendencia instintiva a deambular «acollerados» (en parejas). La hermandad –o «camaradería masculina»– fue, para ellos, una condición de supervivencia en un país excesivamente largo y ajeno.

Tal hermandad reemplazó a la familia que no existió o que se perdió. Para la pareja «acollerada» significaba, por ejemplo, dormir juntos al borde del desfiladero, en la huella del arriero, en el bosque andino, en descampado. O despresar juntos el vacuno que robaban o comían. O asaltar la hacienda de un «borrego gordo». O robar en los trapiches mineros («cangalla»). O emborracharse en la cantina de la placilla o la chingana del suburbio. O trabajar en sociedad el yacimiento minero que descubrían. O el taller artesanal en la ciudad. Y si eran arrastrados a la guerra, podían atacar ‘de a dos’ o protegerse el

uno al otro. Y si uno de ellos era encarcelado y torturado, jamás el apresado soltaría el nombre de su «collera» libre. En los pueblos, la collera era temible en las riñas de cantina, no sólo porque manejaban con maestría el cuchillo de matanza ganadera o el corvo minero, sino también porque el que peleaba tenía siempre a su espalda la collera protectora.

Pero la hermandad del roto, temible en descampado y en suburbio, y en el robo y en la guerra, perdía prestancia en el poblado, particularmente en presencia de la mujer, a quien no sabía ni pudo tratar nunca con ‘urbanidad’. En la zona minera, donde no había «amancebamientos» ni «familias» mestizas, sólo existían mujeres en la pulpería de la «placilla» (por lo común, argentinas inmigradas de la otra banda). Las que, en realidad, eran prostitutas conchabadas por el pulpero. Los mineros, que trabajaban en soledad durante meses en los cerros, al bajar a la placilla a recibir el pago por sus «pastas», lo gastaban en la pulpería, donde se emborrachaban y enamoraban de alguna de las «sirvientes». Al volver a los cerros, aumentaba su enamoramiento. Pero al volver de nuevo a la placilla, descubrían que ellas eran... «infieles». Frustrados, se enardecían y agredían a la mujer. A menudo, marcándola con su corvo. Estallaban grandes riñas. El pulpero llamaba a la patrulla militar del poblado... El machismo minero fue, sin duda, el más primitivo de todos... Vicuña Mackenna –que conoció esa ‘sociedad’– escribió que la poesía minera era «poesía macha»: maldecía a la mujeres y cantaba, con amargura, su soledad. La hermandad masculina fue la punta de lanza en la conquista minera del norte. Muchos pueblos del desierto, por eso, fueron, durante largo tiempo, pueblos de «hombres solos» (Benjamín Subercaseaux).

Esa hermandad, en zonas rurales, fue menos protagónica, pues en los valles existían «familias» campesinas... Allí, día tras día, el hombre trabajaba (de sol a sol) en potreros, cerros, acequias, arreando animales... De ahí su lenguaje tosco, sus modales bruscos, secos, autoritarios. Sus mujeres, en cambio, desde el rancho, realizando múltiples labores, socializaban con la familia, los patrones, los clérigos, los comerciantes, los diezmeros, los jueces, los transeúntes... Si él se ‘trancó’ en su parquedad huraña, ella sacó, frente a todos, la voz de él, de la familia, de los pobres... Su liderazgo social fue permanente.

La Patria, desde lo alto y para sí misma, glorificó 'sus' triunfos militares y 'sus' exportaciones de trigo, cobre, plata, salitre, ignorando y aun repeliendo el esfuerzo anónimo de la hermandad mestiza... que había logrado todo eso...

LOS HOMBRES - QUE VAGABAN POR CERROS, VALLES Y PASOS CORDILLERANOS - DESCUBRIERON QUE "ANDAR LA TIERRA", PARA ROBAR Y LUCRAR CON LO ROBADO, Y PARA DEFENDERSE, ERA MEJOR "ANDAR DE A DOS". A ESTE ANDAR EN PAREJA SE LE LLAMÓ ANDAR "ACOLLERADOS".



UNA SUERTE DE HERMANDAD DEL "ROTO CHILENO".

8. Las montoneras (1818-1832)

Después de Maipú (1818), el resto del ejército español se dispersó al sur del río Maule, donde vivían numerosos hacendados de origen peninsular, partidarios del Rey. Ellos dieron decidido apoyo al contingente realista en retirada (en Santiago, la aristocracia castellano-vasca había optado por la neutralidad, para salvar su fortuna), lo que originó una guerra de guerrillas que se prolongó hasta 1832.

Los hacendados realistas convirtieron a sus inquilinos y peones en milicias a caballo, las que lanzaron luego contra el ejército patriota de La Frontera. Los jefes realistas (Zapata, Benavides, Pico y Bocardo, entre otros) consiguieron el apoyo de caciques «abajinos» (Mariloan, sobre todo). El bando patriota (dirigido por los generales Freire, Rivera y Prieto, y los coroneles Viel, Beauchef, O'Carrol y Alcázar) logró, a su vez, el apoyo de los caciques Venancio y Colipí. Por su parte, las pobladas mestizas arranchadas en la precordillera de Chillán (comandadas por los hermanos Pincheira) se sumaron a la guerrilla, movidos, sobre todo, por el robo y el saqueo.

Debe tenerse presente que ni el Virreinato del Perú apoyó a los guerrilleros realistas, ni la dictadura de O'Higgins a los guerrilleros patriotas –ambos gobiernos estaban en guerra entre sí, pero en territorio peruano–, de modo que ningún bando guerrillero pudo organizar un ejército formal, capaz de poner fin al conflicto. Por tanto, la guerra se prolongó, sin vencedores ni vencidos, desde 1818 hasta 1826 (derrota definitiva del bando realista), y luego hasta 1832 (derrota definitiva del bando mestizo de los Pincheira). La guerra produjo devastación de cosechas, matanzas de ganado, saqueos pueblo a pueblo, destrucción de ciudades y una dramática disminución de la población. El encarnizamiento no tuvo límites: asesinato sistemático de prisioneros (no se les podía alimentar) y rapto o matanza de mujeres y niños. La hambruna, que también diezmó a la población, arrasó de cordillera a mar. El historiador Vicuña Mackenna la denominó: «la guerra a muerte».

DESPUÉS DE LA BATALLA DE MAIPÚ DE 1818, EL EJÉRCITO ESPAÑOL SE DISPERSÓ HACIA EL SUR, DONDE ABUNDABAN LOS HACENDADOS REALISTAS, CON LOS CUALES SE UNIERON, DANDO LUGAR A UNA GUERRA DE GUERRILLAS QUE SE PROLONGÓ HASTA 1832.



MUCHOS COMBATES SE LUCHARON ENTRE ESCUADRONES ("MONTONERAS") DE 200 A 500 JINETES.

FUE UNA "GUERRA A MUERTE" DONDE LA MONTONERA FORJÓ EL TEMPLE REBELDE Y GUERRERO DEL ROTO MESTIZO.

Los centenares de combates se lucharon entre escuadrones («montoneras») de 200 a 500 jinetes (a veces, uno o dos millares de combatientes por bando), formados, en su mayoría, por mestizos e indígenas, comandados por criollos y españoles. No fue la identidad «ideológica» (patriotas versus realistas) la que primó en la mente de los combatientes, sino la «hermandad de pueblo» (y dentro de ésta, la «hermandad masculina») por la supervivencia. Considérese, además, que era una guerra de todos contra todos (un alto porcentaje de combatientes se pasó de un bando a otro). El frenesí de la guerra era factor de la guerra misma.

Se debe recalcar que el conflicto se luchó en territorio fronterizo, donde convivían diversas identidades étnicas, pero dominado cuantitativamente, desde el siglo XVII, por el pueblo mestizo. El conflicto entre patriotas y realistas empujó esas identidades a guerrear contra sí mismas: así, los mapuche dividieron su apoyo entre Benavides y Freire; los mestizos, entre esos mismos bandos, más los seguidores de Pincheira. Los criollos se dividieron también en tres. Sólo los españoles mantuvieron su unidad étnica, ideológica y social. El bando patriota, a su vez, se dividió políticamente entre el sector comandado por el general Freire (apoyado por la provincia de Concepción) y el dirigido por el Director Bernardo O'Higgins (provincia de Santiago). Fue, pues, una guerra sexagonal, de todos contra todos. Y en ella, el actor central fue la «montonera». La atmósfera fue de muerte, hambre y terror... Al final, la hermandad mestiza fue el factor sobreviviente y, por tanto, determinante. Logró imponer, contra Santiago, el sentido político de la hermandad comunal. El general Freire se jugó, como líder, por esa misma política. Y fue esa hermandad la que gestó el movimiento revolucionario de los pueblos soberanos que derribó en 1822 la dictadura de O'Higgins y proclamó en 1828 la Constitución llamada «popular-representativa».

Fue en la «guerra a muerte» (y en la «montonera») donde se forjó el temple rebelde y guerrero del roto mestizo, temple que se aceró después en las guerras de 1829, 1837, 1839, 1851, 1859, 1862-82, 1879-83, y 1891. La hermandad mestiza se fogueó, pues, en una guerra que, para ella, duró cien años. No en la lid política convencional, sino fuera de ella. Y como el pueblo mestizo, después,

no ha sido 'integrado', esa hermandad no ha muerto, está allí, escondida, como germen de soberanía adormecida, un polvorín político en espera, atento al tiempo en que esa hermandad se convierta en soberanía de verdad.

9. Los cuatrerros (1832-1934)

La historia heroica de la «montonera» terminó en 1832, con la brutal destrucción del «malal» (campamento-pueblo) de los hermanos Pincheira, al interior de Chillán («Lagunas de Epulauquén»), por un ejército dirigido por el general Manuel Bulnes y el respaldo dictatorial del ministro Diego Portales.

El término de la «guerra a muerte» no significó, sin embargo, el fin del «vandalaje», cuya recluta, agazapada a lo largo de la precordillera, crecía constantemente con la desertión de peones de las haciendas del Valle Central. La hermandad mestiza no murió, pues, en las Lagunas de Epulauquén. Mas bien redujo su escala cuantitativa de asociación desde el rango de «montonera» (centenares y aun miles de individuos) a cuatro o cinco (llamados «cuatrerros»), y de diez a veinte (llamados «gavillas»)...

El paso de la montonera al 'cuatrerismo' implicó una drástica reducción de escala, pero, a cambio, aumentó exponencialmente el número de latrocinios. Además, la montonera era visible, por lo que se la combatía militarmente. A los cuatrerros, en cambio, como tenían baja visibilidad, no tenía sentido combatirlos con el ejército, y la policía no podía encarcelar a los miles y miles que, a lo largo del país, se «convidaban» para delinquir y «dispersaban» para desaparecer. El vandalaje, después de 1832, incrementó su impacto en la cara interna de la sociedad.

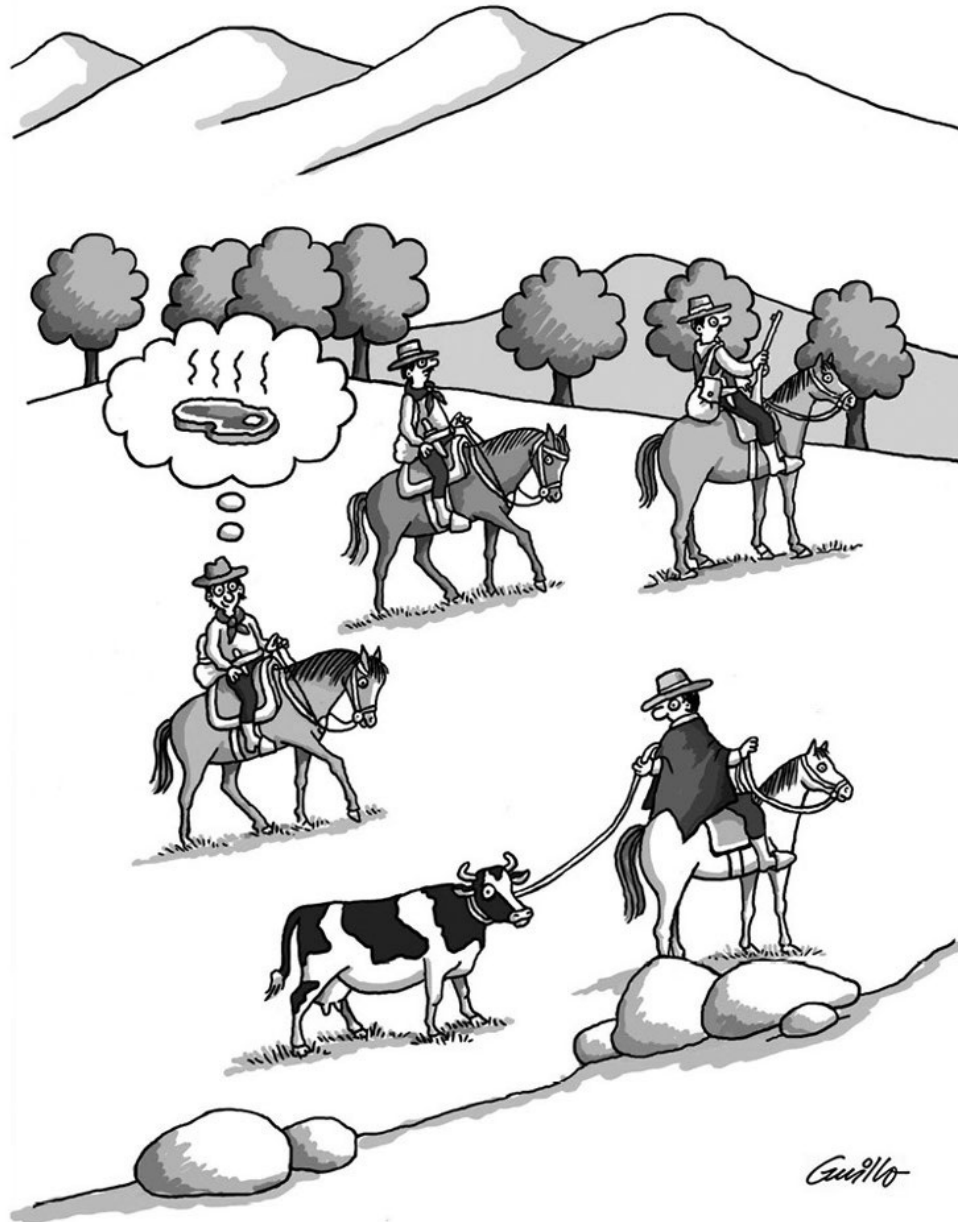
El ejército, por tanto, como función «pretoriana» (represión política), quedó sobredimensionado, y la policía municipal (compuesta en su mayoría de mestizos) probó que estaba subdimensionada, además de que solía sumarse al latrocinio perpetrado por los bandidos (por ejemplo, en el saqueo de San Felipe, 1859), con un agregado significativo: el «pueblo mestizo» inició, pacíficamente, una movida territorial estratégica: la «migración campo-ciudad». Las masas mestizas infiltraron, caso a caso, la capital, hasta formar una «plebe» dispersa que la hostigó cotidianamente, incluso en el selecto «Barrio del Comercio». El «cuatrerismo», por tanto, no fue un simple «relato rural», folklórico, para asustar niños, sino, históricamente, la segunda parte de la «guerra a muerte», pues el

tercer contendor de esa guerra, el mestizaje, la continuó en función de sus propios problemas, lo que lo llevó a invadir paso a paso el territorio de los que lo excluían. Y la invasión fue plenamente exitosa, pues, al miniaturizarse, eludieron tanto al ejército como a los alguaciles de Cabildo... con un refuerzo insólito: la oligarquía mercantil de la capital descubrió (en su avaricia) que si arrendaba sitios urbanos a los mestizos inmigrantes (por «piso») obtendría una «renta urbana» más fácil y expedita que su trabada «renta de la tierra» (hacienda). Por tanto, se opuso a que los invasores, con sus «fraguas y ranchos», fueran expulsados de la ciudad. Con tal protección, la «hermandad mestiza» pobló sin oposición la ciudad 'patricia'. Irrumpía, así, el «roto urbano».

La urbanización del pueblo mestizo (y del vandalaje) fue, por eso, un proceso fluido, sin grandes contratiempos. Esto les dio una sorprendente seguridad en sí mismos... Tanto, que en 1876 celebraron una muy publicitada «conferencia de bandidos» (Colchagua) para decidir cómo iban a combatir a los jueces que estorbaban sus designios de largo alcance. De modo que el cuatrismo rural instaló avanzadas estratégicas cerca de la capital: Cerrillos de Teno, Angostura de Paine, cerros de Batuco, etc., incluso, hasta 1930. Y después, ocupando las tres cuartas partes de la ciudad, en vecindad domiciliaria con sus aristocráticos expoliadores. Por eso, en sus primeras huelgas, los obreros descubrieron con sorpresa que, sin ser invitadas, «masas plebeyas» aparecían, en 'montoneras' («turbas») para ocupar ciudades enteras, y saquearlas, como en la «guerra a muerte». Y fue lógico que, ante la aparición de «turbas urbanas» que tenían la misma 'escala histórica' que la montonera de la «guerra a muerte», el ejército recibiera la orden de ametrallarlas sin asco, como en esa guerra. Así, el gobierno oligárquico, que en el siglo XIX no había podido reprimir a los «cuatreritos» con el ejército, sí pudo hacerlo en el siglo XX contra las 'montoneras urbanas', sellando así las masacres de 1903, 1905, 1906, 1907, 1919, 1921, 1925, 1931, 1934, 1946, 1957, 1966, 1969, etc.

La hermandad 'cerril' de las montoneras originarias se fue transformando, pues, en la hermandad 'pobladora', que generó no sólo a las montoneras urbanas, sino también a los atrevidos «constructores de ciudad» y, el día menos pensado, tal vez, a los 'nuevos' constructores del Estado.

EL TÉRMINO DE LA GUERRA A MUERTE EN 1832 NO SIGNIFICÓ EL FIN DEL "VANDALAJE". A LO LARGO DE LA PRECORDILLERA, LA HERMANDAD MESTIZA SÓLO REDUJO LA CANTIDAD DE PERSONAS QUE SE ASOCIABAN. DE LOS CIENTOS QUE FORMABAN LA MONTONERA, PASARON A CONSTITUIRSE GRUPOS DE CUATRO O CINCO, LLAMADOS CUATREROS.



10. Crisol de identidad ‘popular’:

las chinganas

Las mujeres mestizas no vagabundeaban como los hombres, salvo las forzadas por la «guerra a muerte», que no tenían adónde ir. La mayoría de ellas vivió, pues, en soltería, viudez o abandono. De ahí su nombre: «huachas» o «abandonadas». Y todas, «cargadas de niños».

Por eso, muchas de ellas, para sobrevivir, solicitaron una «caridad de Estado», una petición para recibir, en donación o arrendamiento barato, un «sitio» en los ejidos de la ciudad (tierras comunales, de Cabildo). Ellas prometían, allí, levantar «un ranchito», plantíos de frutales, hornos, telares, alfarería. Las autoridades municipales, al principio, se los otorgaron, y fue la razón por la que, en los arrabales de la ciudad, habitaban más mujeres que hombres, en proporción de 3 a 1. Arranchadas allí –en «consorcios» compuestos de dos hermanas, o de dos o tres amigas– subsistieron vendiendo cazuelas, ponchos, vasijas, chichas, ponches, y dando alojamiento a los transeúntes y viajeros que pasaban.

Desarrollaron, pues, la hospitalidad popular. Y atendieron a peones, inquilinos, criollos en tránsito, viajeros de clase alta y bandidos, pues, por necesidad económica, no discriminaron a nadie. Y no habiendo posadas, ni hoteles, ni restaurantes, su rancho hospitalario jugó un rol social, económico y cultural de importancia estratégica en la formación de la identidad cultural del «bajo pueblo». El Rey español había concedido, a las viudas de los soldados del Ejército Real, el «derecho» a hacer eso mismo, pero con patente oficial: la de «fondista». Las mujeres mestizas hicieron eso, pero sin patente oficial y sin marido (ni vivo ni muerto). Eso les permitió trabajar con desenfado y vitalidad. A ese tipo de rancho se le llamó «chingana» (palabra de origen quechua, que significa «escondite»), un lugar arrabalero, alejado de la plaza solariega, moralmente desinhibido, donde los vagabundos hallaban el ‘hogar’ (con mando

femenino) que nunca tuvieron, o que perdieron; adonde los hombres de clase alta escapaban (como Diego Portales) a relajarse de su moralizada «vida colonial».

**LAS CHINGANAS FUERON LA HOSPITALIDAD POPULAR.
CAZUELAS, CHICHAS, PONCHES Y ALOJAMIENTO ESPERABAN AL
TRANSEÚNTE Y VIAJERO.**



**SE ATENDÍA A LOS PEONES, INQUILINOS, CRIOLLOS EN TRÁNSITO,
VIAJEROS DE CLASE ALTA Y BANDIDOS, PUES, POR NECESIDAD
ECONÓMICA, NO SE DISCRIMINABA A NADIE.**

Sin la menor duda, a mediados del siglo XIX la chingana fue un éxito social y cultural. Era el lugar de recalada y relajo, donde todos podían solazarse con comida «mestiza», zamacueca «mestiza», mostos «mestizos», amor «mestizo», y todo eso junto al fogón, bajo la ramada y en las covachas del fondo del «sitio». Allí, al fin, los vagabundos encontraban lo femenino en plenitud. Pero también el corrillo igualitario, donde todos contaban, de traspas, o a lo largo de días y semanas, sus aventuras, sus recuerdos, sus hazañas, sus mentiras, su fantasía, etc., hasta llegar, con el alcohol y la desinhibición, al frenesí de sentir ardiendo, dentro de sí, la memoria de todos, su conciencia de «pueblo». Por eso, el mestizo volvía allí una y otra vez, pues adquiría, allí, esa ‘vitalidad compartida’ que le daba fuerza para seguir su camino: el recuerdo y la camaradería de la mujer huacha. Por eso volvía, tiempo después, a pagar su «deuda» (ellas, a menudo, no les cobraban por su hospitalidad, pero ellos regresaban con regalos, tarde pero no nunca, a pagar la deuda contraída). Pagar ‘esa’ deuda, era «de machos».

Haciendo eso, ellas consolidaron la identidad sociocultural de ambos. No la identidad de ‘clase’ –como se señaló más arriba–, sino la identidad cultural de ‘pueblo’. Ser un ‘colectivo’ con memoria, lenguaje y costumbres propias. Sin embargo, no faltaban las denuncias por inmoralidad. Las chinganas fueron, a menudo, prohibidas... y las mujeres del «consorcio» –como se dijo– deportadas a la Frontera sur, a servir «a ración y sin salario». Pero a veces los parroquianos pagaban su deuda rescatando de la cárcel, mediante ‘asalto simple’... a sus hermanas chinganeras (San Felipe, 1839).

La extinción de la chingana fue producto de su propio éxito: los especuladores se apoderaron del «negocio» y lo europeizaron. En añadidura, la juventud dorada que se «educaba» en París introdujo, de vuelta en Santiago, «casas de prostitución» estilo parisino y trabajadoras del sexo importadas de Europa... dentro del «camino de cintura». Así, el mestizaje, al que el obispo Alday le había prohibido, durante la Colonia, celebrar ‘carnaval público’ (por eso, la chingana fue un carnaval en escondite, de puertas adentro), no pudo ni ha podido celebrar, como una libre fiesta de identidad, el «carnaval» que ardía (arde) en la hermandad del «bajo pueblo».

11. La hermandad comunera de «los pueblos»

(1800-1891)

A los mestizos que se urbanizaron como microempresarios (los artesanos), cuando su trabajo devino «oficio reconocido», se les consideró «vecinos» y, a la vez, se les reclutó como «milicianos» en la Guardia Cívica. Logrado eso, alcanzaron el estatus de ciudadano con derecho a voto (constituían el 22,5 % de los votantes en 1878) y el derecho a participar en la soberanía comunal de «los pueblos» de entonces, soberanía que, desde 1823, actuó revolucionariamente, desde el Cabildo local y la Asambleas Provinciales de Cabildos, para derribar la dictadura militar (O'Higgins), el monopolio mercantil nacional (Portales) y para dictar una Constitución comunera.

Esa politización fue facilitada por el hecho de que los principios de la 'soberanía comunera' (igualdad, asamblea, deliberación, acuerdo, ejecución) eran mucho más afines a las prácticas de la hermandad mestiza (igualdad, «convite», «combinación», ejecución, «reparto») que a los principios del parlamentarismo liberal (desigualdad, individualismo, partido, elección, representación, Estado). Entre 1823 y 1859, las masas mestizas y criollas tendieron a actuar según la lógica de la soberanía comunera. Que hayan reconocido como líder venerado al general Ramón Freire –que apoyó siempre el desarrollo de esa lógica– prueba lo mismo... Y no es extraño que, desde la muerte de ese jefe (1852), el movimiento plebeyo tendió a perder la tradición comunera, acosado por partidos políticos que actuaban según ideologías liberales francesas.

La soberanía comunera (llamada por los expertos «tradición republicana») surgió tras la caída del Imperio Romano, que dejó a los pueblos sin Estado... Entre los siglos VI y el XV, los pueblos invasores y las poblaciones flotantes tuvieron que 'arrancharse' por sí mismas en lugares apropiados para trabajar la tierra, levantar «aldea, villa o ciudad», defenderse y autogobernarse. El autogobierno se realizó

a través de asambleas vecinales: ayuntamientos, municipios, cabildos, etc. Así surgió la ‘tradición republicana’ (o «soberanía popular comunera»). Sin embargo, los reyezuelos germanos invasores se esforzaron por expandir el territorio de sus ‘reinos’ y para eso necesitaron ejércitos e ideas que justificaran el afán de absolutizar su poder. Entonces anunciaron que ellos eran el brazo terrenal de la soberanía universal de Dios. Y para eso necesitaron lujo, mucho lujo, «para mayor gloria de Dios» (y de ellos mismos). Pero el lujo tuvieron que ‘comprarlo’, a precio monopólico, a los grandes mercaderes.

Se formó así la ‘santa alianza’ del Antiguo Régimen, entre: a) los reyes absolutistas (palacio, corte, burocracia, leyes, ejército real); b) los grandes mercaderes (lujo, dinero, esclavismo, piratería, mercado mundial), y c) la Iglesia de Roma (fe, cruzadas, clérigos, fanatismo, Inquisición). El Antiguo Régimen reinó con mandatos dictatoriales: leyes, bulas, códigos, etc., dictados en primera persona plural: «nosotros (Dios y el Rey) mandamos que»... Con esos ‘mandatos’ se formó el Estado Nacional moderno, el mercado mundial moderno, y el imperialismo moderno, extinguiendo, por doquier, la soberanía local de los «pueblos», subordinando la hidalguía ciudadana y la autonomía comunera, y con ello también la «soberanía popular»... La ofensiva del absolutismo se inició, tímidamente, en el siglo XIV: los reyes dictaron leyes que, cuando se referían a «los pueblos», agregaban la glosa: «obedézcase, pero si viola las costumbres y los fueros del pueblo, no se cumpla»... Pero violentamente después, desde que Carlos V aplastó a los «comuneros» en la batalla de Villalar (1521)... Después de Villalar, la situación se tornó insostenible: los jóvenes abandonaron sus pueblos, se echaron al camino, formaron masas de vagabundos y, al final, escapando del Antiguo Régimen, emigraron por millones a América del Norte y del Sur, desde el siglo XVI al XVIII. Por eso, la «conquista» de América fue, también, la emigración liberadora de los comuneros oprimidos. Y por eso, la tradición comunera y los cabildos soberanos reaparecieron en toda América, los que, hacia 1810, tomaron su revancha cuando los cabildos acaudillaron la Independencia contra el Antiguo Régimen. No es extraño, pues, que después de Maipú (1818), todos los «pueblos» (menos Santiago) decidieran restaurar la soberanía comunera: derribaron la dictadura de O’Higgins, quebraron el monopolio nacional de ‘Portales, Cea & Co.’ y dictaron la Constitución ‘comunera’ de 1828. Promovieron, pues, un proceso ‘constituyente’ –no «anárquico»– que culminó con el dictamen de esa Constitución... la misma que, menos de un año después (1830), fue abolida por un golpe militar de la aristocracia mercantil de Santiago. Contra esa aristocracia, el movimiento comunero luchó, sin éxito, hasta 1891.

CUANDO LOS JÓVENES COMUNEROS DE EUROPA Y SU ESPÍRITU REPUBLICANO DE AUTOGOBIERNO FUERON DERROTADOS Y PERSEGUIDOS POR LOS REYES, MERCADERES Y LA IGLESIA DE ROMA, EMIGRARON A AMÉRICA. CON ELLOS TAMBIÉN ARRIBARON LAS IDEAS LIBERADORAS DE ESOS COMUNEROS OPRIMIDOS.



CUANDO A LOS MESTIZOS ARTESANOS SE LES RECONOCIÓ SU OFICIO, LOGRARON TENER DERECHO A VOTO Y EL DERECHO A PARTICIPAR EN LA SOBERANÍA COMUNAL DE LOS PUEBLOS DE ENTONCES, DESDE EL CABILDO LOCAL Y LAS ASAMBLEAS PROVINCIALES DE CABILDOS.



12. La hermandad mutua (1825-1931)

El régimen patronal de «conchabamiento» se extendió de 1700 a 1931 y desde la zona minera en el norte a la zona ganadera en el sur. El pueblo mestizo respondió desarrollando, mismo tiempo y misma extensión, diferentes formas de hermandad y ayuda mutua: en el trabajo («doblas» mineras, «consorcios de mujeres», «colleras»), en el vandalaje (cuatrерismo, montonera), y en el plano social y cultural (camaradería, «chingana», poesía popular). La «hermandad popular» desarrolló, pues, formas asociativas para luchar contra la explotación («negar la negación»: Karl Marx) y para potenciar su propia hermandad (afirmar la afirmación). Si por un lado activó ‘el vandalismo’, por otro asumió la «soberanía comunera» y el «fondo de comunidad» contenido en el derecho ‘comunero’ español.

En ese derecho, el salario tenía ‘doble’ receptor: el individuo trabajador, y la comunidad («pueblo») a la que pertenecía aquél. La ‘identidad’ tenía, pues, naturaleza dual. Por eso, quien tenía apellido y domicilio ‘reconocidos’, tenía identidad e «hidalguía»; esto es: nobleza comunera. El Derecho Indiano dictado por el Consejo de Indias obligó a los patrones, por tanto, a pagar el salario al indígena ‘encomendado’ y, a la vez, al «pueblo de indios». Esto último constituía el «fondo de comunidad», que se invertía en el bienestar del «pueblo de indios» correspondiente. Lo administraba un «corregidor» nombrado por el Rey.

EL ÍNFAME CONCHABAMIENTO SE EXTENDIÓ DE 1700 A 1931.
EL PUEBLO RESPONDIÓ DESARROLLANDO FORMAS DE HERMANDAD Y
AYUDA MUTUA. ES QUE LA SOLIDARIDAD ESTÁ EN EL ALMA DEL
PUEBLO MESTIZO.



LA LÍMOSNA ES
UNA GENEROSIDAD DE
ARRIBA HACIA ABAJO



LA SOLIDARIDAD
ES ENTRE IGUALES

Guillmo

LOS GREMIOS DESARROLLARON FONDOS DE COMUNIDAD, CON LOS QUE
FINANCIARON PREVISIÓN SOCIAL Y OTRAS FORMAS DE AYUDA MUTUA.



Guillmo

CON ESTAS ACCIONES SOLIDARIAS DESARROLLARON LOS
COMPONENTES MATERIALES Y CULTURALES DE LA
SOBERANÍA POPULAR.



Cuando, en 1825, al ‘pueblo’ de Valparaíso (campesinos, lancheros y jornaleros del Almendral) el gobierno le impuso tarifas fiscales para terminar con las ‘tarifas propias’ que el pueblo estaba imponiendo a los capitanes de barco por la carga y descarga de bultos, la comunidad entera se rebeló: fue la primera huelga portuaria de pueblo completo. Hubo vandalismo... El Gobierno cedió y redactó entonces el Reglamento del Gremio de Lancheros y Jornaleros (ya esbozado para los trabajadores de Talcahuano), donde la viga maestra fue el salario dual: incluyó, pues, el «fondo de comunidad», bajo administración del comandante del gremio. El Fondo financiaba la previsión social de los portuarios, pero sus excedentes constituían un ‘fondo de préstamos’ (teóricamente, al 5 %) para municipios, hacendados y mercaderes. Como no existían bancos, los portuarios se convirtieron en el gremio ‘financieramente’ más poderoso de Chile en todos sus puertos. Y su organización le permitió, en caso de huelga, paralizar el país.

Cuando los artesanos de ‘rancho, fragua y acequia’ fueron expulsados –entre 1840 y 1850– de la «ciudad culta» y marginados por la competencia de comerciantes e industriales extranjeros, perdieron sus medios de producción, pero no su hermandad ni su cultura comunera. Por eso, frente a la crisis, convirtieron su hermandad en prácticas de ayuda mutua y organizaron (patrones excluidos) múltiples fondos de comunidad. Queda la duda de si hicieron eso por creatividad propia, emulando a los trabajadores portuarios, o siguiendo las ideas del cooperativismo francés, vía Fermín Vivaceta. Como quiera que sea, la asociación en base a un fondo autogestionado se popularizó rápidamente después de 1850.

Como el patriciado chileno traicionó el destino industrial de su ‘acumulación mercantil’ (por el afán reaccionario de ser aristocracia de Antiguo Régimen), no creó una estructura capitalista capaz de convertir las hermandades ‘de pueblo’ en identidades ‘de clase’. La «politización» del mestizaje tomó entonces el rumbo marcado por sus hermandades ‘de pueblo’ –no por las todavía fetales identidades de ‘clase’–, y al optar por autogestionar un fondo de comunidad propio, desarrolló los factores materiales y culturales de la soberanía popular: principio de igualdad, deliberación colectiva, mandato, y capacidad para administrar

recursos propios.

Por eso, el 'movimiento mutual': a) lo gestó el movimiento portuario, b) lo politizó la soberanía comunera (que se levantó 17 veces contra la Constitución de 1833), c) y lo proyectó como cultura revolucionaria Luis Emilio Recabarren, en dos fases: primero, hacia el control del Municipio (creación de «mancomunales», 1891-1910), y d) segundo, hacia el control del 'poder constituyente' y del Estado («asambleas nacionales», 1908-1925).

13. Hermandad revolucionaria: las ‘asambleas nacionales’ (1908-1925)

El pueblo mestizo ‘combinó’ distintas tácticas de supervivencia. La más importante fue la decisión propia (soberana, no inducida) de emigrar del campo a la ciudad... Que no fue, en sí, una decisión «política», pero generó hechos políticos trascendentales para la historia, por ejemplo, de la ‘centralizadora’ capital de Chile. Instalada en ella, la masa inmigrante, invitada o no, participó espontáneamente –desde la calle, por supuesto– en el incipiente movimiento ‘político’ del sector criollo y mestizo-urbanizado del pueblo-ciudadano (artesanos, obreros, profesores, estudiantes, etc.).

Su modo de participar –callejero y vandálico–, si no agregó «calidad política y militancia» a las organizaciones populares, revivió a cambio, en la oligarquía dominante, su viejo temor físico (no político) a los asaltos y saqueos perpetrados por el «bajo pueblo». Sobre todo después que «la plebe» ocupó vandálicamente el puerto principal (Valparaíso, 1903), la capital (Santiago, 1905) y pacíficamente el puerto exportador de salitre (Iquique, 1907). El temor físico impulsó al Gobierno a mandar a su ejército (pretoriano) a masacrar ‘rotos alzados’. Pero ese triple estallido plebeyo (que tenía un trasfondo exorbitante de miseria) también despertó, en la misma oligarquía, una cuádruple sensibilidad social en: a) la juventud oligárquica (fundación de la FECH, 1906); b) los intelectuales católicos (fundación de la FOCH, 1908); c) las mujeres de clase alta (multiplicación de las «fundaciones de caridad», desde 1905), y d) los oficiales jóvenes del Ejército (deliberación antioligárquica, desde 1907). Las ‘montoneras urbanas’ (mestizas) gatillaron, pues, a su manera, el proceso de cambio estructural que se inició en 1907 y culminó en 1925. Esos impactos, sin duda, fueron más profundos que las (inocuas) aventuras electorales del Partido Democrático y del Obrero Socialista, que no produjeron ni daño estructural, ni miedo físico, ni sensibilización social, ni en la Sociedad ni en el Estado de entonces.

El hecho trascendental era, sin embargo, que el régimen oligárquico impuesto en 1833 estaba viviendo, en sí mismo, una seguidilla de crisis letales: económica (denunciada por Francisco A. Encina), social (Julio Valdés Canje), moral (Enrique Mc Iver) y política (Alberto Edwards), que en conjunto configuraban una grave crisis terminal (Luis E. Recabarren). Por tanto, se requería un cambio estructural del régimen dominante. Así lo asumieron, de diversos modos, los ‘actores sociales’ organizados: los industriales, los militares, los trabajadores, los regidores, los estudiantes, los profesores, los ingenieros, etc. Y nadie pensó en un cambio legislativo, sino en un cambio constitucional, lo que implicaba prescindir de los partidos políticos ‘pelucones’ (representaban el régimen) y ‘liberal-democráticos’ (se habían «fusionado» con los pelucones). Lo anunciaron o no, los ‘actores sociales’ tomaron la misma bandera del movimiento ‘comunero’ (armado) del siglo XIX: cambiar la Constitución de 1833... para que actuara la soberanía popular y se convocara a una legítima Asamblea Constituyente. Pero no utilizaron ni cabildos comunales, ni motines armados, ni partidos políticos, sino asambleas nacionales de ciudadanos en disposición constituyente.

Esa disposición tuvieron las asambleas de la Federación de Estudiantes de Chile (1906), de la Federación Obrera de Chile (1908), la Asociación de Municipalidades (1914), la Liga de Arrendatarios (1914), la Convención de la FOCH (1917), la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (1918), la Asamblea Nacional de Industriales (1921), la Asamblea de Obreros, Estudiantes y Profesores (1924), la Junta Militar Revolucionaria (1924) y la Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales (1925). No es extraño que la ciudadanía apoyara con entusiasmo el golpe de Estado que asestaron los ‘oficiales jóvenes’ entre el 4 y el 11 de septiembre de 1924, cuando disolvieron el Congreso, empujaron al destierro al presidente Arturo Alessandri y convocaron a una libre Asamblea Constituyente para que el pueblo hiciera valer su voluntad soberana en la redacción de un nuevo texto constitucional.

Era la segunda vez que el pueblo ciudadano y el Ejército concordaban en convocar a la soberanía popular para que definiera el destino del país. En 1830 la

aristocracia santiaguina destruyó de modo sangriento ese movimiento. En 1925, esa misma oligarquía, convertida ya en una decadente 'clase política profesional', fue salvada por la traición sucesiva que perpetraron Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez del Campo contra el movimiento cívico-militar. De esa traición surgió un sistema político liberal que, de un lado, desarticuló – momentáneamente– el régimen laboral de «conchabamiento», pero de otro creó un régimen político que, al usurpar de nuevo la soberanía popular, dio vía libre a un sistema de conchabamiento electoral que expolió políticamente a la ciudadanía y a las comunidades locales.

EL PUEBLO MESTIZO DECIDIÓ EMIGRAR DEL CAMPO A LA CIUDAD.



EL MOVIMIENTO POPULAR SOBERANO DE 1907 A 1925 TUVO UNA GRAN BASE DE APOYO TRANSVERSAL. MUCHA GENTE SE SUMÓ CON ENTUSIASMO:



**Y SURGIÓ ENTONCES LA IDEA DE LA SOBERANÍA POPULAR:
"MEJOR QUE CAMBIAR LAS LEYES ES CAMBIAR LA CONSTITUCIÓN DE 1833".**

**¿HARÍAN VALER SU VOLUNTAD SOBERANA?
ESTABAN ESPERANZADOS, PERO NO
CONTABAN CON ARTURO ALESSANDRI Y
POSTERIORMENTE CARLOS IBÁÑEZ DEL
CAMPO.**



Tercera Parte

Institucionalización de la hermandad popular: sindicatos, partidos, «masas» (1931-1973)

Introducción

En todo el mundo, los trabajadores enganchados bajo un régimen laboral premoderno (como el «conchabaje» y el «pueblo de compañía», por ejemplo) opusieron una tenaz resistencia a que esos regímenes continuaran después de 1880. En Chile, esa resistencia dio lugar a un ciclo de huelgas, motines y tomas de ciudades que tuvo, como respuesta invariable, un contraciclo de represión sangrienta (1890-1946, aproximadamente), con uso de ametralladoras e, incluso, cañones (caso de La Coruña). Ese mismo tipo de conflicto, en Rusia, 1917, dio lugar a una revolución proletaria formal que puso fin al «antiguo régimen» del trabajo asalariado.

Las potencias liberales (capitalistas) decidieron entonces racionalizar las relaciones entre «capital y trabajo». A ese efecto, durante el Tratado de Versalles y secuelas (1919 en adelante), se aprobó una legislación laboral única, centrada en la legalización de los contratos de trabajo, que reemplazara el ‘conflicto’ con una negociación racional, obligatoria e institucional. Ahí se aprobó la norma estratégica según la cual los trabajadores debían organizarse sólo –y tan sólo– para negociar con el patrón respectivo. Y esa organización debía ser, y fue, el ‘sindicato moderno’. Se postuló que el sindicato defendía los intereses laborales frente a los intereses del capital. Y muchos creyeron que el sindicato ‘Versalles’ era (es) la legítima arma proletaria de la «lucha de clases». En sentido estrictamente económico, lo ha sido. En sentido estrictamente sociopolítico, no. Pues los sagaces autores de esa propuesta (liberales todos) determinaron que el sindicato sólo podía negociar el «contrato de trabajo» y nada más. Le quedó prohibido, por tanto, presionar directamente al Estado. De este modo, si bien se otorgó al sindicato «poder de negociación» (en lo laboral), se le prohibió usar su poder colectivo contra la Constitución, el Estado y los políticos (como, en cambio, lo habían hecho los cabildos y las sociedades mutuales). Así, mientras el Código del Trabajo de 1931 (ilegítimo, porque fue un decreto dictatorial, sin participación de trabajadores) despolitizaba al sindicato como tal, la Constitución (ilegítima) de 1925 entregaba el monopolio de lo político a los partidos con presencia parlamentaria.

El resultado concreto del sindicato 'Versalles' fue que los trabajadores 'delegaron' en los partidos su ser político y, por inercia, su soberanía. De modo que, frente al patrón, actuaban colectivamente, pero frente al Estado, sólo como individuos (votante y demandante). Y por lo mismo, de darse una coyuntura revolucionaria –con impacto constituyente en el 'sistema político'–, no podían actuar sino como masa en la calle, pues la tarea revolucionaria, como tal, era concebida y ejecutada por los partidos dentro del Estado y de acuerdo a la Constitución (ilegítima) de 1925.

14. Constitución Política (1925) y Código del Trabajo (1931): la hermandad popular enjaulada

Debido a las traiciones sucesivas de Arturo Alessandri Palma y Carlos Ibáñez del Campo al movimiento constituyente cívico-militar del bienio 1924-1925, los ciudadanos quedaron subordinados a una Constitución ‘liberal’ (ilegítima) y a un Código del Trabajo ‘liberal’ (ilegítimo), y liderados por una clase política que, como en el siglo XIX, actuó como si radicara en ella la soberanía popular. Por eso los ejercicios soberanos del pueblo, tanto de inicios del siglo XIX («revolución de los pueblos») como de inicios del siglo XX («asambleas nacionales») fueron olvidados tras los «pliegos de petición» y el «voto secreto individual», pues no existía ninguna instancia institucional de deliberación colectiva donde la ciudadanía acordara mandatos soberanos (los Cabildos y las Asambleas Provinciales fueron abolidos desde 1833 y nunca más repuestos).

Producto de eso, la lucha «de clases» se dividió en dos: a) la lucha legal-parlamentaria, en la que jugaron todos los partidos políticos, sin excepción, y b) la lucha legal-sindical en la que se empeñaron los trabajadores frente a cada uno de sus patrones. Hacia 1973, eso condujo, por arriba, al encierro constitucional de los políticos ‘revolucionarios’ del pueblo, y por abajo: al encierro económico del sindicalismo apolítico. La soberanía popular terminó, así, paralizada en lo nacional, y la lucha sindical despolitizada en lo local y lo nacional. Debajo de eso, el ciudadano corriente quedó aislado, como individuo, en lo electoral y en lo deliberativo.

Alguien dijo: esa ‘bifurcación’ (lo sindical divorciado de lo político, por un lado, y la soberanía divorciada del pueblo, por otro) permitía realizar un movimiento ‘envolvente’ de las posiciones enemigas. Lo trágico fue que ese ‘movimiento’ no permitió el reencuentro de la masa trabajadora con su soberanía ni permitió a los políticos ‘del pueblo’ romper la jaula constitucional, ni vencer la defensa legal

que hizo de esa jaula la clase política beneficiada por el statu quo histórico.

La ‘institucionalidad’ vigente obligaba a los trabajadores a continuar ad infinitum con su libreto callejero: marchas, contramarchas, consignas, y lealtad a ‘los caudillos’ («¡compañero Presidente: el pueblo te defiende!»), etc. Pero si el pueblo era sólo ‘masa acompañante’, no tenía ni incidencia ni responsabilidad en lo que le sucediera a ‘su’ liderazgo político (hallarse en un callejón sin salida, por ejemplo), porque el pueblo era y debía seguir siendo sólo ‘acompañante’ ¿Acompañante de qué?... ¿En qué se estaba gastando la histórica «hermandad soberana» del pueblo?

La ‘masa en la calle’ no delibera jamás –sentenciaron todos los teóricos de ‘las masas’: G. Le Bon, J. Ortega y Gasset, K. Jaspers, J. Goebbels, S. Moscovici, etc.– y por eso necesita y debe ser dirigida y conducida... por un caudillo, una vanguardia, una ideología. Los políticos chilenos, con más fe que maestría, trataron de liderar y hacer revoluciones, dirigiendo «partidos de masas» y, a la vez, ¡respetando una Constitución ilegítima! Nunca como entonces la clase política chilena buscó tanto la adhesión electoral de «las masas» ni proclamó tanto su infalibilidad conductora del ‘pueblo’. Y el pueblo, ingenuamente, creyó en ella como nunca antes, y nunca después... Fue la ‘edad de oro’ de los políticos (1938-1973). Allí surgieron ‘líderes’ populares como Pedro Aguirre, Carlos Ibáñez, Eduardo Frei M., Salvador Allende, Radomiro Tomic, Gladys Marín, Raúl Rettig, etc. Pero, adherido a esa creencia, se acumuló un negro nubarrón ideológico, en guerrilla tóxica consigo mismo, e importado, íntegro, del extranjero, nube que sofocó la libre deliberación del pueblo e hizo olvidar las astutas «combinaciones» de la vieja ‘hermandad mestiza’.

Con todo, si bien la ‘masa’ no delibera, los ‘pueblos’, en cada momento de su vida, recuerdan lo que son, han sido y lo que deberían ser. Y por eso su ‘hermandad’ no muere: mientras más ‘encarcelados’ están (como estuvieron, por ejemplo, bajo la Constitución ilegítima de 1833), más libres se sienten, para liberarse... o delinquir. Por eso, en el siglo XIX, los pueblos lucharon todas las veces con armas en la mano.

Y por eso mismo, hacia fines de 1972, mientras más impotentes se sentían los líderes ‘del pueblo’ en el Estado Constitucional, sus masas acompañantes –que sintieron dentro de sí la necesidad urgente de recuperar su ‘hermandad comunera’– hicieron valer, localmente, sus viejas «combinaciones» y se «convidaron» para los «cordones industriales» y «comandos comunales», células madres de soberanía, la misma que invocaron cuando se mandataron a sí mismas: «¡crear, crear, poder popular!»... porque la hermandad mestiza no sabe morir.

DESPUÉS DE LA TRAICIÓN DE ALESSANDRI E IBÁÑEZ DEL CAMPO,
LOS CIUDADANOS QUEDARON SUBORDINADOS A UNA CONSTITUCIÓN
ILEGÍTIMA Y A UN CÓDIGO DEL TRABAJO ILEGÍTIMO.



LOS TRABAJADORES CONTINUARON MARCHANDO, GRITANDO
CONSIGNAS Y SIGUIENDO A SUS "JEFES POLÍTICOS" DE LOS PARTIDOS.



15. Movimientos de «masas»:

¿comparsa o soberanía? (1936-1973)

Entre 1936 y 1973, por acción del Estado Liberal, la Corporación de Fomento a la Producción (CORFO) y de otras entidades estatales, se impulsó el desarrollo de la producción industrial y agrícola. El empleo tuvo un aumento considerable, mientras el desempleo disminuía a un promedio de 4,6 % anual. En complemento, las leyes sociales promovieron contratos de trabajo estables y un incremento del estándar de vida de la población. Hubo, por tanto, un aumento de la ‘integración nacional’ y una reducción de la ‘marginalidad’. Es lo que los economistas denominaron: «desarrollo hacia adentro» (A. Pinto S.C.).

Ese «desarrollo» fue gestionado por el Estado Liberal, los partidos políticos de centro-izquierda («populistas») e inspirados en las teorías del Desarrollo (Comisión Económica para América Latina, Cepal) y de la Dependencia (economistas criollos universitarios, con guiños a los ‘borradores’ de Karl Marx). Y que fuera el Estado Liberal el motor central de los ‘cambios estructurales’ (y no el pueblo) se debió a que todos los partidos políticos asumieron que la Constitución de 1925 era legítima y por tanto, intocable, lo que los convertía, desde el Estado, en ‘conductores exclusivos’ del proceso. La clase popular debió asumir, obligada, el rol pasivo de ‘comparsa callejera’ y ‘beneficiaria final’ del proceso. La soberanía popular se convirtió en un paquete de ‘derechos accesorios’: a petición, a votar, marchar, apoyar y... a esperar, lo que acrecentaba la hegemonía de la clase política y el anonadamiento de la deliberación ciudadana. Nunca antes el pueblo-ciudadano estuvo tan divorciado de su conciencia soberana.

**TODOS LOS PARTIDOS POLÍTICOS DURANTE ESTE PERÍODO
ASUMIERON QUE LA CONSTITUCIÓN DE 1925 ERA LEGÍTIMA.**



ADEMÁS, EL ESTADO SERÍA EL MOTOR CENTRAL DE "LOS CAMBIOS ESTRUCTURALES". ¿EL PUEBLO? DEBÍA SER SÓLO UN APOYO A LOS PARTIDOS Y AL "GOBIERNO" DEL PUEBLO, TENER UN ROL PASIVO EN LA POLÍTICA NACIONAL Y DEDICARSE A PEDIR AL ESTADO LO QUE NECESITARA.



LOS POLÍTICOS SE CONVERTÍAN EN LOS CONDUCTORES EXCLUSIVOS DEL PROCESO POLÍTICO.



Sin embargo, la planificación «desarrollista» enfrentó, desde el principio (1938), grandes dificultades: que la Constitución no «daba el ancho» y que las indispensables «facultades extraordinarias», la Derecha, desde el Senado, jamás las aprobó; que Estados Unidos prefería reconstruir Europa antes que desarrollar América Latina; que no vendió medios de producción a precio ‘fraternal’ ni concedió créditos libres para financiar el crecimiento industrial; que eso generaba ‘subdesarrollo’ y no ‘desarrollo’; que la obsesión de los partidos de Gobierno por preparar la próxima elección, descuidando la gestión desarrollista del Presidente, etc. En ese contexto, el país fue presa de una espiral inflacionaria record mundial, sobre todo entre 1954 y 1974 (peaks: 79,7 % en 1954, y 515,0 % en 1974). Mientras que, atraídos por la propaganda ‘desarrollista’ y sus éxitos electorales, el flujo migratorio campo-ciudad del pueblo mestizo aumentó en proporción geométrica, lo que generó un gigantesco déficit habitacional (500.000 viviendas).

El populismo desarrollista no provocó, pues, ni el take off (despegue económico), ni la integración nacional (absorción del pueblo mestizo), ni la revolución socialista, pero sí, y con creces, la llamada «revolución de las expectativas», pues el pueblo creyó y esperó mucho más de lo que de hecho podía esperar y recibir de sus (maniatados) «representantes». Por eso la frustración gatilló el «estallido popular» de 1957 y el consiguiente turbión de huelgas legales e ilegales; o sea, los llamados «flujos y reflujos del movimiento de masas». Frenéticos, los partidos se radicalizaron ideológicamente y proclamaron LA REVOLUCIÓN, con mayúsculas... pero sin cambiar la Constitución ilegítima de 1925 –que, mal que mal, protegía su estatus de ‘clase política’– y sin convocar la acción soberana del pueblo: creían que ellos encarnaban la ‘legalidad’ (que confundían con soberanía); por tanto, creían también que ellos, y sólo ellos, encarnaban el ‘poder revolucionario’.

Desde 1936 hasta 1973, los trabajadores, desde la urna y la calle, apoyaron fielmente a sus ‘representantes’: a los partidos y al «gobierno» del pueblo. Cumplieron, a cabalidad, con el libretto ‘asignado’ y por décadas estuvieron allí: marchando, votando, esperando. Y para el registro historiográfico quedaron los

«paros nacionales», las huelgas de todo tipo, enormes concentraciones electorales en apoyo al candidato «del pueblo» (1938, 1952, 1958, 1964, 1970) Pero el libreto asignado era, en verdad, nimio, para un pueblo que traía en su morral la hermandad histórica de la soberanía popular... forjada en una guerra de cien años.

Así llegó el momento en que esa 'hermandad' sintió que debía recobrase a sí misma. Un aviso premonitorio fue el «estallido social» de abril de 1957: la irrupción de los «mestizos» en el escenario político... que culminó a fines de 1972, tras el «paro patronal de octubre» (lock out) y con la ofensiva soberana del «poder popular», a contrapelo, incluso, de lo que se 'mandaba' en La Moneda.

16. Apogeo de la clase política:

«nunca más»...

Desde 1900 hasta 1925, desde que el poder del Partido Democrático declinó en las urnas (se embriagó de «parlamentarismo»), la acción local de los trabajadores comenzó a predominar sobre la acción nacional de ese partido, pues la relación federativa ‘mutual-mancomunal’ continuó siendo la matriz fraternal del movimiento popular. Por eso –señaló Recabarren–, el Parlamento era sólo una tribuna secundaria, no ‘estratégica’, pues la verdadera ‘tribuna’ (foro deliberante) estaba en las comunas donde el pueblo vivía, trabajaba y donde deliberaba consigo mismo, donde era ‘autónomo’. Fue esta matriz local la que impulsó el movimiento popular a actuar en disposición ‘soberana’ en las asambleas nacionales de 1918, 1924 y 1925.

Pero esa matriz se debilitó gravemente después que los poderes nacionales dictaron la Constitución de 1925 y el Código de 1931. En efecto, desde 1936, los partidos políticos monopolizaron férreamente la política nacional de los trabajadores, al obligarlos a ‘bajar’ al encierro de lo puramente ‘gremial’. Este cambio produjo: a) la extinción de las sociedades mutuales (la «sindicalización» fue legalmente compulsiva); b) la toma de control de los «fondos de comunidad» –de autogestión obrera– por parte del Estado y los Bancos, a través de la Caja del Seguro Obrero; c) la desaparición del periodismo crítico-social local (obrero); d) el cierre de las escuelas «rationales» administradas por la FOCH, y e) el eclipse progresivo de las asambleas populares nacionales, locales y de base, etc. El advenimiento del centralismo político-partidario fue acompañado, pues, por una sucesión de amputaciones cualitativas y cuantitativas a la soberanía popular, que preparó el terreno para el advenimiento de la inocua «sociedad de masas». Por eso la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), creada en 1936, fue, desde el principio, subordinada a los partidos del Frente Popular. Y por la misma razón, la Central Única de Trabajadores (CUT), que nació autónoma en 1953, fue subordinada en 1961 a los partidos políticos de izquierda cuando éstos se negaron a apoyar el «paro nacional» convocado por Clotario

Blest.

Todo lo amputado fue centralizado (fagocitado) por el Estado: la deliberación, los fondos de comunidad, la crítica social, la educación, la soberanía, etc. Por eso el Estado se convirtió, desde 1932 hasta 1973, en el patriarca-protagonista de la historia nacional: fue el educador ('Estado Docente': Aguirre Cerda), el industrializador y desarrollista ('Estado Empresario': CORFO, Partido Radical), el protector de los desvalidos ('Estado Social-Benefactor': centro-izquierda), el planificador y ejecutor de cambios desarrollistas ('Estado Reformista': Frei Montalva), el conductor y ejecutor del cambio final ('Estado Revolucionario': Allende Gossens). Todas las tareas 'nacionales' que reclamaba la ciudadanía, las asumió, por sí mismo, el Estado... menos la de cambiar la Constitución ilegítima de 1925.

Y si el Estado, al fagocitar esos residuos, devino en el dictador de la historia de Chile, todos los partidos políticos, con fraternidad 'gremial', fagocitaron para sí mismos el Estado que habían creado. No es, por tanto, apropiado calificar ese régimen como «presidencialista», como se acostumbra. Porque los presidentes que señorearon ese régimen (Aguirre Cerda, Ibáñez del Campo, Alessandri Rodríguez, Frei Montalva y Allende Gossens) declararon, en su último mensaje al Congreso, o en entrevistas posteriores, que ellos no habían podido implementar el programa prometido al pueblo debido a la frivolidad ideológica del juego parlamentario, al chovinismo competitivo de los partidos, a la obsesión de los políticos por las elecciones y su desidia para ejecutar lo prometido a la nación, etc. Por tanto –concluyeron todos– era necesario reformar el régimen político vigente y convocar al pueblo para que, en ejercicio de su voluntad soberana, redactara una nueva Constitución.

Así, mientras el pueblo luchaba contra la inflación, la frustración y los patrones, los políticos profesionalizaban la 'representación' popular, legislaban en el Parlamento y administraban (como directores o ejecutivos) las 'empresas' fiscales y semifiscales; se reelegían cuantas veces 'fuera necesario', e incluso formaban dinastías familiares dentro del Estado, etc. Así atacó, usurpadora, «la

clase política». Pero el rasgo incendiario de sus ideologías y la propaganda de sus campañas generó, a todo nivel, expectativas extremistas más próximas a la violencia en sí que a la realidad histórica del país, excesos que provenían, también, de las grandes potencias. Como el aprendiz de brujo, la clase política chilena, al 'jugar' con la soberanía popular por sí y para sí misma, perdió el control racional del proceso y desató un caos político que hoy ningún ciudadano quiere repetir.

DESDE 1936, LOS PARTIDOS POLÍTICOS MONOPOLIZARON LA POLÍTICA LOCAL Y NACIONAL. LOS TRABAJADORES FUERON DEJADOS DE LADO, PRODUCIÉNDOSE, UNA VEZ MÁS, LA USURPACIÓN DE LA SOBERANÍA POPULAR.

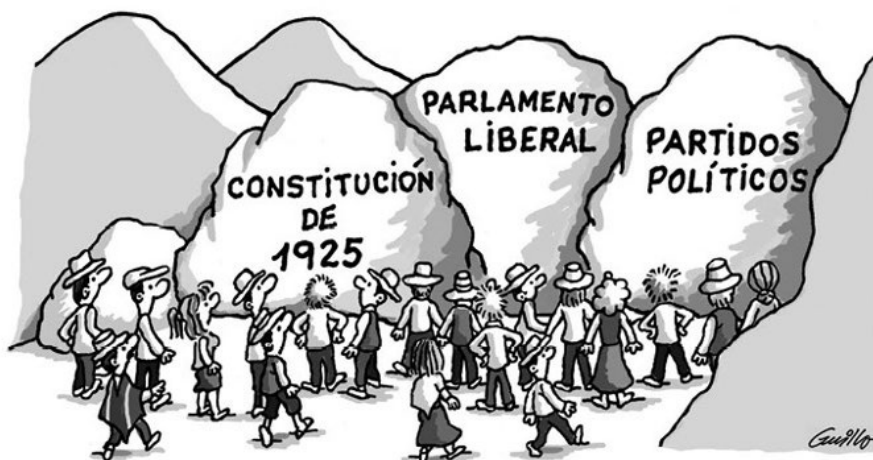
TODOS PARA EL PUEBLO
PERO SIN EL PUEBLO



LOS POLÍTICOS PROFESIONALIZABAN SU CARGO PARLAMENTARIO.



LA CONSTITUCIÓN LIBERAL ILEGÍTIMA DE 1925 SE CONSTITUYÓ EN UN OBSTÁCULO AL AVANCE DE LAS DEMANDAS DE LOS TRABAJADORES.



UN CAMBIO REAL ERA DIFÍCIL E IMPOSIBLE.

17. El shock treatment:

geopolítica de la tiranía militar (1970-1990)

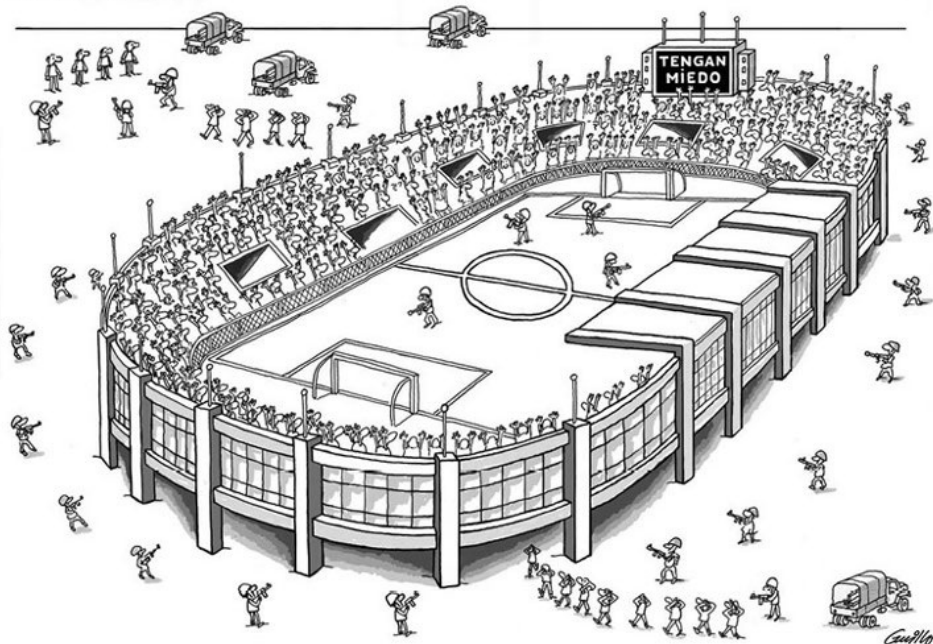
El «populismo» chileno (legalidad liberal, pretexto desarrollista, promesa socialrevolucionaria, gobiernos de centro-izquierda), particularmente en la forma que lo practicó Salvador Allende, constituyó, en el contexto internacional de los años setenta, una amenaza política letal para el sistema liberal-capitalista puro. Porque ese sistema, de hecho, estaba reducido a Estados Unidos.

Europa, después de la Segunda Guerra, se reconstruyó como bloque social-demócrata, mientras en el oriente la Unión Soviética adoptaba el ‘socialismo de Estado’, lo mismo que China. Los países del sudeste asiático, que habían logrado realizar el take off industrial (teniendo a Japón como modelo), lo hicieron mediante una hábil intervención del Estado. Y América Latina, desde 1948, se jugaba por el nacional-desarrollismo, a través del Estado o de caudillos populistas. En ese contexto, el gobierno de Salvador Allende, de triunfar su propuesta ‘liberal-revolucionaria’, se convertiría en un explosivo modelo democrático a ser imitado en Europa, América Latina y aun en Asia, lo que condenaría al modelo liberal puro, prácticamente, al aislamiento y la extinción.

EL ALLENDISMO ES UNA AMENAZA PARA EL SISTEMA LIBERAL-CAPITALISTA. EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973 SE COMETE EL ATENTADO TERRORISTA CONTRA EL PALACIO DE LA MONEDA Y EL GOBIERNO DEL PRESIDENTE ALLENDE.



LA TAREA DE LOS GOLPISTAS ERA CONSTRUIR UN MODELO NEOLIBERAL PERFECTO, "SUPERIOR", EVOLUCIONADO. PERO, ¿CÓMO ARRANCAR DE LA MEMORIA Y LAS MENTES DE LOS CHILENOS Y LAS CHILENAS LA IDEA DE LA SOBERANÍA POPULAR? CON EL TERRORISMO, EXTENDIENDO EL MIEDO A LA MUERTE A TODA LA POBLACIÓN.



ENTRE 1973 Y 1989 SE APLICÓ EN TODO EL PAÍS LA DOCTRINA DEL SHOCK, ESPECIALMENTE A LOS JÓVENES, PERO ¿PODRÁ ESTE MODELO NEOLIBERAL DISOLVER LA HERMANDAD MESTIZA?

¿Podía Estados Unidos permitir eso en plena Guerra Fría?... Ciertamente, no. Había que destruir al allendismo, sí o sí. Con mayor razón, si el Gobierno de la Unidad Popular había nacionalizado el cobre sin indemnización para las compañías norteamericanas. Pero no se trataba sólo de Allende, sino de destruir también la cultura política estatal-desarrollista que se había enquistado en todos los continentes. Y tampoco era sólo eso: había que construir como alternativa, precisamente en Chile (se le consideraba un laboratorio político), un modelo liberal evolucionado, perfecto, que lograra realizar lo que ningún régimen liberal había logrado, ni en el siglo XIX ni en el siglo XX: el desarrollo económico y social de los países del Tercer Mundo (coloniales). Había que refutar la tesis de que el modelo liberal no generaba desarrollo, sino subdesarrollo (es lo que los teóricos del Tercer Mundo proclamaron desde la década de 1960), pues el modelo liberal ni estaba aislado ni en extinción, sino preparando un modelo neoliberal, que superaría el fatídico subdesarrollo.

Por tanto, no se trataba sólo de derrocar a Allende, sino además –era el objetivo estratégico de la operación– destruir el modelo ‘nacional-desarrollista’ para construir sobre sus ruinas un modelo liberal superior. Derribar a Allende era una operación fácil, de rutina militar. Pero arrancar de la memoria y la conciencia de los chilenos las ideas-fuerza del desarrollo, la revolución y el «poder popular» era otra cosa... ¿Cómo se podía alcanzar ese objetivo? Los técnicos de la CIA dijeron: ‘extendiendo el miedo a la muerte a toda la población, porque así optarán por salvar su vida y no sus ideas’... ¿Más específico?... extendiendo y masificando la persecución, la exoneración, la prisión, la tortura, la muerte y el exilio, imponiendo todo eso como acción de guerra. Sin contemplaciones. Sin respetar ni leyes vigentes ni derechos humanos. Esa táctica («tiranía» pura) generaría el vacío mental necesario para predicar, allí, el evangelio neoliberal, la cultura social y política del individualismo, y el milagro mercantil de alcanzar el ‘desarrollo’ consumiendo mercancías importadas (del Mercado Mundial) sin producirlas en el propio país metodología que una periodista –best seller mundial: Naomi Klein– denominó «doctrina del shock treatment», ensayada en los laboratorios de la CIA y puesta en práctica en Argelia e Indonesia. Misma que ‘aplicaron’ al pie de la letra los militares chilenos (1973-1989), con ensañamiento hacia la generación joven que demostró ser más consecuente con las utopías revolucionarias. Fue, técnicamente, tiranía militar, no «terrorismo de

Estado» (para que haya 'Estado' debe permanecer una franja vital de «estado de Derecho», pero en Chile los militares partieron, precisamente, violando la Constitución, las leyes fundamentales e, incluso, los derechos humanos, apoderándose, al paso, del «poder constituyente»).

La ejecución de esa 'metodología' por parte de los militares chilenos fue tan eficiente, que sus objetivos, estratégicos y tácticos fueron alcanzados. El Mercado aplaudió de pie: Chile 'era' (ya) un 'modelo a seguir'. Por tanto fue invitado a integrarse a los países (consagrados) de la OCDE. Numerosos países se han convertido después al 'modelo neoliberal', pero sin 'shock treatment'... Lo que está pendiente es si el modelo neoliberal chileno realizará la 'hazaña nacional' de integrar al «bajo pueblo» y disolver la hermandad mestiza que, todavía, por todas las ciudades del país, agita sus células ('huachas', sí, pero siempre 'germinales') de soberanía popular.

18. El shock treatment y los trabajadores:

¿qué quedó en la memoria?

La «doctrina del shock» apuntaba contra el modelo estatal-desarrollista –en particular, la ‘versión’ Allende–, porque ese modelo, al profundizar el aislamiento de Estados Unidos, fortalecía la posición del «comunismo internacional»... Pues en Chile, toda la centro-izquierda, pese a que acataba la legalidad ‘liberal’ (‘burguesa’), promovía de hecho ese modelo, sin alinearse en la Guerra Fría. El problema fue que el ‘estatal-desarrollismo’ era (¿es?) la antesala natural del ‘socialismo de Estado’. El «reformismo» no era, pues, neutro: su futuro era peligroso. Por eso, en el ajedrez internacional, la movida de Allende anunciaba ‘jaque mate’ a tres jugadas. Sin embargo, el Partido Comunista chileno, en sí mismo, no era peligro inmediato. Tampoco lo era el MIR, cuya propuesta revolucionaria, muerto el Che Guevara (1967), tenía poco destino. Esto explica por qué, en los documentos desclasificados de Estados Unidos sobre Chile, ni el PC ni el MIR figuran como factores de peligro inmediato. En cambio sí aparece como objetivo a destruir, una y otra vez, el gobierno de Allende.

El shock debía, pues, aplicarse de modo diferenciado a los actores del proceso chileno: a la Democracia Cristiana, de un modo; a los partidos de izquierda no-marxista, de otro modo; a los marxistas mismos, a los gremios, de otro, etc. Cabe la pregunta: ¿era la clase trabajadora chilena un objetivo central a destruir?

La ‘clase trabajadora’ chilena, en esos años, estaba compuesta por: a) una clase obrera industrial ‘clásica’ (modelo Marx), pero enganchada a inestables fábricas «dependientes»; b) un campesinado típico de Antiguo Régimen (inquilinos); c) una heterogénea clase asalariada no-industrial (pública y privada, de empleados y peones); d) un atrevido movimiento de «pobladores» (con presencia atávica del pueblo mestizo), y e) un histórico «bajo fondo», presente en las redes de

prostitución, delito y alcohol, pero sin protagonismo político notorio.

En ese cuadro, el proletariado industrial estaba en una posición peculiar: disciplinado ‘gremialmente’ por un Código del Trabajo capitalista-liberal (Versalles, 1931), y ‘políticamente’ por partidos que acataban una Constitución también capitalista-liberal (1925). No era, pues, un movimiento popular-revolucionario frente al Estado (como la FOCH). El ‘empresariado industrial’ mismo, incipiente y fomentado por el Estado, dependía de la maquinaria que le ‘vendiera’ Estados Unidos. La clase obrera no era, pues, un enemigo compacto ni directo. El shock no la atacaría de frente, sino de rebote. Más aun: en los planes de Chicago, la industria no estaba contemplada para el nuevo Chile: se fomentaría el ‘consumo industrial’ (importado), no la ‘producción industrial’ (nacional); el mall, no la fábrica... De hecho, para el proletariado industrial, el shock no traía futuro, salvo su eclipse político.

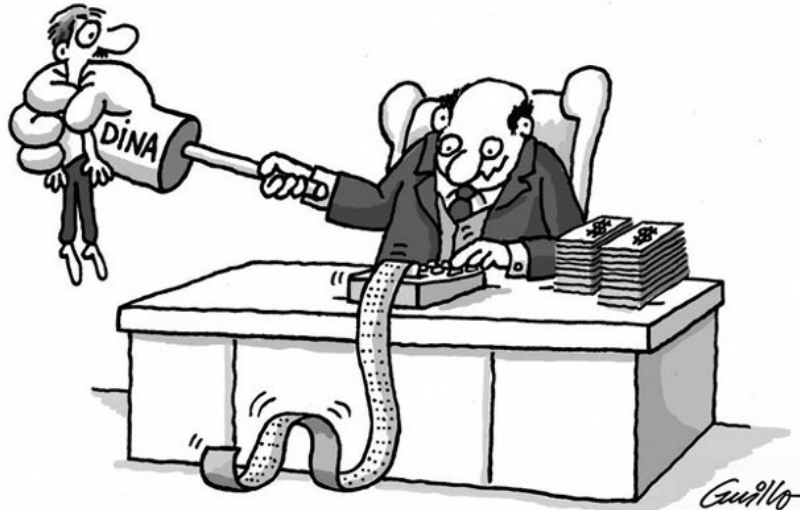
Si los dirigentes ‘obreros’ fueron perseguidos, torturados y/o asesinados, no fue, pues, por su condición ‘proletaria’, sino por su militancia en partidos con planes o ideologías peligrosas, o por su activismo personal en esa línea. Además, la táctica de extender al máximo el «miedo a la muerte» se dejó caer, masivamente, en «las poblaciones» y sobre los ‘activistas’ que había en ellas.

Los ‘torturadores’, por eso, aplicaron criterios diferenciados al ‘administrar’ el shock, ya que éste obedecía a una estrategia política, no a un mero salvajismo imperialista. Estrategia que provenía de laboratorios ‘políticos’: de la CIA, el Pentágono y la Universidad de Chicago. Así lo entendió el general Manuel Contreras. y por eso, los ‘torturadores’ de la DINA se presentaron con orgullo ante los jueces diciendo que eran «analistas» (desempeñaban «tareas de información», utilizaban «categorías de análisis»). Pero más allá de la tortura, los obreros tendrían que obedecer las normas ‘neoliberales’ del nuevo Código del Trabajo, que incluirían un nuevo tipo de «conchabamiento» y un nuevo mandato de no hacer política desde el «sindicato».

¿Qué quedó, después del shock, en la memoria viva de los trabajadores?:

a) el recuerdo (amargo) de que el 11 de septiembre de 1973 el pueblo llegó a «los focos de resistencia», pero las directivas partidarias no; b) que las promesas revolucionarias de los partidos populares, después de 1990, «se disolvieron en el aire» (neoliberal); c) que el poder popular que resistió en las calles después de 1983, fue una alianza de pobladores, mujeres, trabajadores y estudiantes, regida por la «hermandad mestiza» más que por orgánicas partidarias; d) el divorcio creciente entre el pueblo-ciudadano y la clase política general; y e) el renacer de la autonomía popular bajo la tiranía del general Pinochet (la «fuerza de los ochenta»).

LA POLÍTICA DE SHOCK APLICADA EN CHILE SE REFIERE AL APROVECHAMIENTO POR PARTE DE LA DERECHA DEL GOLPE DE ESTADO QUE DIERON CONTRA EL PRESIDENTE ALLENDE, PARA IMPONER A LOS CHILENOS REFORMAS IMPOPULARES Y ABUSIVAS. SIN LA REPRESIÓN BRUTAL Y EL TERRORISMO DE LA DICTADURA NO SE PODRÍAN HABER REALIZADO.



LA INDUSTRIA NACIONAL NO ESTABA CONTEMPLADA EN EL NUEVO CHILE DE LA DICTADURA.



Cuarta Parte

Los pensadores autóctonos del movimiento popular (siglos XIX y XX)

Introducción

En Chile, sobre todo después de 1921, las ideas políticas y sindicales que –se supone– ‘representaron’ a los trabajadores, no las pensaron ellos mismos, sino, principalmente, pensadores extranjeros o instituciones internacionales, a pretexto de que esas ideas tenían validez internacional, o por sí mismas, o porque políticos chilenos las asumieron así... Y tal vez por esto, cuando se ha tratado de estudiar las ideas políticas y sindicales del movimiento laboral chileno, se habla de pensadores influidos por ideas o experiencias extranjeras. Ha sido el caso de Francisco Bilbao, Antonio Arcos, Fermín Vivaceta, Moisés Poblete Troncoso, y los historiadores que trabajaron con inspiración soviética, alemana, cubana, china e incluso peruana. Por tanto, así como la oligarquía chilena, para dirigir el país, se inspiró en modelos extranjeros, quienes han luchado durante dos siglos contra ella han hecho, en gran medida, lo mismo.

Podría decirse –cuidando los matices– que la mentalidad colonizada ha regido todo el pensamiento político chileno, a todo nivel y en todos los bandos. De modo que los que pensaron políticamente a partir de la realidad nacional y local, si han sido ‘mencionados’, han sido ‘des-utilizados’ y arrumbados en la pre-historia de la política chilena. Ha sido el caso, por ejemplo, de Francisco Antonio Encina, olvidado por la derecha chilena, o de Luis Emilio Recabarren, expresamente «desautorizado» por la izquierda partidaria. «El primer mal nuestro –dijo Eduardo Frei Montalva en 1937– es el internacionalismo intelectual... siempre importamos lo dudoso y lo peor». Y hoy mismo (2021) las universidades están privilegiando la «internacionalización» y el «multiculturalismo», y no la realidad local, que la ciudadanía necesita ‘procesar’ constituyentemente.

«No hemos sido capaces –dijo el historiador Encina en 1911– de levantar la teoría de nuestra propia situación. De aquí deriva nuestra inferioridad económica». Los pueblos, especialmente los de origen colonial, necesitan, para descolonizarse plenamente, realizar un ejercicio profundo de deliberación

soberana, y eso implica levantar una legítima «teoría de la propia situación». Pretender, a priori, descolonizar un país a partir de una deliberación ‘colonizada’, sólo conduce a otro episodio de ‘re-colonización’, como en 1973. En este apartado se ‘recordará’ a los pensadores autóctonos que elaboraron, desde el interior del movimiento ciudadano chileno y en coyunturas históricas chilenas, propuestas de acción política de origen cívico-social y de proyección, por tanto, legítimamente soberana.

19. Del siglo XIX

Durante el siglo XIX, Chile estuvo atravesado, de comienzo a fin, por movimientos ciudadanos tendientes a construir y reconstruir soberanamente el Estado nacional. Al principio (1810-1828), para construirlo; después (1830-1891), para reconstruirlo... Desde 1830, esos movimientos fueron repelidos a sangre y fuego por la élite de Santiago; resultado: guerras civiles de 1830, 1837, 1851, 1859 y 1891. Más la «pacificación de la Araucanía» (1860-1882), porque en esta guerra el pueblo mapuche defendió la soberanía de su territorio. Ciudadanos y rotos lucharon, pues, cien años para hacer valer –inútilmente– su dignidad soberana.

Aquí se recordará a dos grupos de actores que ‘teorizaron’ sobre esas luchas: a) la pareja ‘comunera’: fray Antonio de Orihuela (franciscano) y fray Camilo Henríquez («ministro de la buena muerte»), y b) la pléyade ‘constituyente’: Ramón Freire, Melchor de Concha y Toro, Domingo Santa María, Federico Errázuriz, Pedro Félix Vicuña, Benjamín Vicuña Mackenna, Pedro Pablo Figueroa y José Manuel Balmaceda.

EN EL SIGLO XIX HUBO DIVERSOS MOVIMIENTOS CIUDADANOS TENDIENTES A CONSTRUIR Y RECONSTRUIR SOBERANAMENTE EL ESTADO DE CHILE. ESTOS ACTORES-PENSADORES TEORIZARON SOBRE ESAS LUCHAS POPULARES.



**FRAY CAMILO
HENRÍQUEZ**



ESTE SEÑOR ABOGÓ PARA QUE LOS
PUEBLOS DE CHILE DICTARAN SU
PROPIA CONSTITUCIÓN Y DEJARAN
DE SER ESCLAVOS



**DOMINGO
SANTA MARÍA**

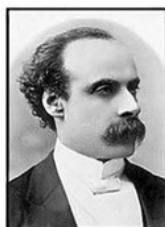


**MELCHOR DE
CONCHA Y TORO**

INTENTÓ ORGANIZAR UNA
ASAMBLEA CONSTITUYENTE
LIBRE Y SOBERANA EN 1828



**RAMÓN
FREIRE**



**JOSÉ MANUEL
BALMACEDA**



EL PRESIDENTE BALMACEDA
CONVOCÓ A LA ASAMBLEA
CONSTITUYENTE DE 1891



**PEDRO FÉLIX
VICUÑA**

EL GRAN REVOLUCIONARIO-HISTORIADOR
FUE VICUÑA MACKENNA, PERO EL GRAN
REVOLUCIONARIO-TEÓRICO FUE SU PADRE
PEDRO FÉLIX VICUÑA



**FEDERICO
ERRÁZURIZ**



**PEDRO PABLO
FIGUEROA**



**BENJAMÍN
VICUÑA MACKENNA**

Fray Antonio de Orihuela (1781-1817) escribió para el «bajo pueblo» (Concepción, 1811) una «proclama» revolucionaria en la que denunció la miseria de los inquilinos, pirquineros y peones, a los que exhortó para que destruyeran a la «nobleza» que los oprimía. Sus frases finales son contundentes: «Con vosotros hablo, infelices... que formáis el bajo pueblo. Despertad y reclamad vuestros derechos usurpados. Borrada si es posible del número de los vivientes a esos seres malvados que se oponen a vuestra dicha, y levantad sobre sus ruinas un monumento eterno a la igualdad», frases que no evocan a la Ilustración francesa, sino las revueltas populares de los siglos XIV al XVI, conocidas como «jacqueries», o sea: matanza de nobles e incendio de castillos, a manos de los ‘comuneros’ (campesinos, artesanos y sans-culottes, o «rotos»). Fray Orihuela ‘interpretó’, pues, políticamente, al «vandalaje», que utilizaba la jacquerie como forma ‘habitual’ de subsistencia y lucha. Fray Camilo Henríquez (1769-1825), con más estudios, leyó a J.J. Rousseau y aplicó su concepto de «pacto social» a la lucha de «los pueblos» de Chile, para que dictaran ‘su’ Constitución, y dejaran de ser «esclavos». Su proclama de 1811 lo situó en la línea política del general Ramón Freire, en cuyo gobierno figuró después. Fray Orihuela y Fray Henríquez centralizaron políticamente, pues, la «hermandad mestiza» y la «soberanía comunera», que inspiraron el proceso de migración-colonización de América hasta provocar su «independencia».

La «pléyade revolucionaria» del siglo XIX la inició, en 1823, el general Ramón Freire y los «pueblos» que se unieron a él para organizar una Asamblea Constituyente libre y soberana. Este movimiento logró aprobar la Constitución «popular-representativa» de 1828, que fue abolida por el golpe militar de 1830 y sustituida por la Constitución ‘ilegítima’ de 1833. Ante eso, grupos liberales, «pueblos» y sectores del «bajo pueblo» organizaron decenas de motines armados contra las «tiranías» amparadas por esa Constitución. Exigían realizar una nueva y ‘libre’ Asamblea Constituyente. Concluidas las «tiranías» (hacia 1861), algunos políticos liberales (citados arriba), redactaron ‘memorias históricas’ de ese período que fueron publicadas entre 1862 y 1882. En ellas se realiza un desmenuzado análisis del movimiento ciudadano-constituyente del período 1823-1859. Incluye relatos, documentos, cartas, proclamas, discursos, etc. Y contiene, de algún modo, la «teoría de la soberanía popular chilena» de entonces. El movimiento, abierto por el general Freire en 1823, lo cerró el presidente

Balmaceda en 1891, al convocar a una Asamblea Constituyente y escribir su testamento político.

El gran historiador de ese proceso fue Benjamín Vicuña Mackenna (del que se citan sólo sus obras políticamente ‘neutras’). Pero el gran teórico fue su padre: Pedro Félix Vicuña. Miembro de la ‘élite’ liberal, publicista connotado (fundó El Mercurio), activista revolucionario, perseguido, exiliado y senador «díscolo», Vicuña –que no se consideró «girondino»– no arengó al «bajo pueblo» ni habló de «pacto social», pero estudió y criticó (1858) el capitalismo mercantil chileno. Señaló que ese sistema, centrado en el monopolio del crédito público controlado por los mercaderes-banqueros, expoliaba a Chile por medio de una usura escandalosa. De allí surgió –señaló Vicuña– una gigantesca masa menesterosa que, en cualquier momento, haría estallar una jacquerie devastadora. Para evitar eso y hacer justicia social, propuso crear un gran fondo de capital público que industrializara el país e incrementara el empleo asalariado.

Cabe concluir señalando que la obra intelectual de la ‘pléyade constituyente’ no ha sido reeditada después de 1882. Así, la teoría soberana de los pueblos chilenos del siglo XIX no se ha difundido ni está incorporada en la memoria política de los trabajadores actuales.

20. Del siglo XX

Entre 1921 y 2007, aproximadamente, Chile recibió, importó y absorbió una masa abrumadora de ideologías y teorías provenientes del resto del mundo.

De América Latina: el ideario político de Haya de la Torre y José C. Mariátegui (Perú); el «justicialismo», de Juan D. Perón (Argentina); la Teoría del Desarrollo (CEPAL); el castro-guevarismo (Cuba)... De Europa: el anarquismo, el marxismo, el leninismo, el trotskismo, el socialcristianismo, el fascismo, el modelo socialdemócrata... De Estados Unidos: la democracia electoral-individualista, la teoría monetaria (FMI, Universidad de Chicago), la defensa hemisférica «anticomunista», el modelo neoliberal. De Asia: el maoísmo, las tácticas de lucha vietnamitas, el shock treatment (Indonesia), el neocapitalismo (Japón, Taiwán, Corea del Sur), etc.

La mayoría de esas «importaciones» fueron asumidas en artículo de fe por los partidos políticos... y también por instituciones estatales, eclesiásticas, militares y universitarias. Algunas venían atadas a ‘tratados internacionales’ de libre comercio y defensa; otras, a ‘convenios bilaterales’ entre: University of Chicago & Universidad Católica, que engendró a los Chicago Boys; o Interamerican Defense College & Fuerzas Armadas, que engendró a los Pinochet’s Boys. Agréguese las «misiones de expertos» contratadas para ‘rectificar’ la economía nacional: Edwin Kemmerer (1925), CEPAL (1949-1950), Klein-Saks (1955-58), Milton Friedman (1975). Al final, el país entero quedó bajo control de una entidad internacional ‘supervisora’: la OCDE (2010). En esa misma línea, los gobiernos de la ‘Concertación’ definieron la Política de Defensa y Seguridad (entre 1994 y 2017) en base a la integración estratégica de Chile al ciberespacio globalizado.

Bajo ese aluvión, la libre deliberación ciudadana, la ciencia autóctona y la

soberanía cultural, asfixiadas, tuvieron escasas posibilidades de desarrollo propio. Por eso se optó por la pedantería intelectual (la sapiencia ‘ideológica’ de las directivas políticas de entonces) y no por la capacidad natural del pueblo para construir la «teoría de su propia situación». Cada liderazgo político, antes de 1973, tuvo detrás un intelectual consejero que ‘importaba’ teoría, y leía y escribía por y para ‘el jefe’. Hoy, los líderes creen tener ‘suficiencia intelectual’ utilizando el conocimiento enciclopédico del streaming cultural digitalizado, así que ya no necesitan ni ciencia, ni ideología, ni cultura humanista, ni intelectuales de cabecera. Les basta la pedantería globalizada.

Sin embargo, algunos líderes sindicales del siglo XX valoraron la reflexión colectiva y la «acción directa» de los trabajadores, eludiendo el aluvión importado y desafiando la legalidad. Su intento traía resabios de ‘soberanía’, de las luchas cívicas del siglo XIX. Recordemos a Luis E. Recabarren, Clotario Blest y Alberto Hurtado S.J.

Luis E. Recabarren asumió de lleno la ‘hermandad mutualista’ y valoró la vida política comunal (donde el pueblo vivía, trabajaba y deliberaba consigo mismo) más que ‘la política nacional’. Privilegió la autoeducación popular para desarrollar la «inteligencia del pueblo» y su capacidad para administrar colectiva y eficientemente sus propios recursos (el fondo mutual), ‘capacidad’ que servía también para «gobernar»... primero el Municipio (fondo comunal) y luego el Estado (fondo nacional). El socialismo avanzaba, con él, desde lo local a lo nacional. Y en lo ‘nacional’, proponía una Constitución Política basada en el poder local del pueblo. Pero Recabarren tuvo un ‘interludio internacionalista’: en Rusia se encandiló con el bolchevismo y el internacionalismo proletario. Entusiasmado, fundó el Partido Comunista (1921), pero comprendió pronto que ese internacionalismo, en manos de los ‘nuevos’ comunistas, traía un centralismo autoritario que desautorizó su reflexión y lo marginó como ‘pensador’. Se suicidó en diciembre de 1924. Hoy se le recuerda sólo como ‘patriarca fundador’ de los partidos ‘marxistas’ de Chile.

Clotario Blest promovió un sindicalismo que operaba en dirección opuesta al

Código del Trabajo, pues impulsó a los trabajadores no sólo a ‘negociar’, sino a hacer política por sí mismos. Exaltó la autonomía de la «acción directa», sin intermediación de partidos o del Estado. Acogió al ‘movimiento de pobladores’, que no se regía por códigos ni leyes ‘constitucionales’. Fundó dos grandes federaciones sindicales (la CUT y la ANEF) y colaboró con movimientos políticos no-parlamentarios. En 1961, los partidos de izquierda desacataron su convocatoria a un «paro nacional» y lo destituyeron. Desde entonces, se convirtió en un ‘venerado’ líder simbólico. Por su parte, Alberto Hurtado S.J., a contrapelo de la jerarquía eclesiástica, unió a los trabajadores cristianos para luchar, desde sí mismos, por la justicia.

A los tres se les ha desconocido, pues, su reflexión y su liderazgo soberanista. Y son, ahora, meros ‘fundadores’ de organizaciones que, después de devaluarlos, acataron las «posiciones correctas». Es decir: la ortodoxia importada.

EN EL SIGLO XX ALGUNOS LÍDERES SINDICALES VALORARON LA REFLEXIÓN COLECTIVA Y LA ACCIÓN DIRECTA DE LOS TRABAJADORES DESAFIANDO LA "LEGALIDAD" DEL SISTEMA.



LUIS EMILIO
RECABARREN

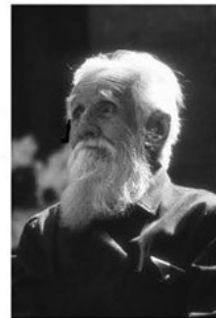
VALORÓ LA VIDA POLÍTICA
COMUNAL DONDE EL PUEBLO
VIVÍA, TRABAJABA Y DELIBERABA



IMPULSÓ LA AUTO EDUCACIÓN
POPULAR PARA DESARROLLAR
LA INTELIGENCIA DEL PUEBLO

PROMOVIO EL SINDICALISMO
QUE OPERABA EN OPOSICIÓN
AL CÓDIGO DEL TRABAJO
ILEGÍTIMO DE 1931

LOS INSTÓ A
HACER POLÍTICA
POR SÍ MISMOS



CLOTARIO
BLEST



ALBERTO
HURTADO S.J.

LLAMÓ A LOS TRABAJADORES
CRISTIANOS A LUCHAR POR
LA JUSTICIA SOCIAL



Quinta Parte

Del «viejo topo» de la historia: irrupción del «Poder popular» (1957-2000)

Introducción

Los Estados liberal-electoralistas interpretan los movimientos «callejeros» de la ciudadanía según si van dentro o fuera de la ley. Leen políticamente al pueblo con el monóculo del texto constitucional, con el «ojo único y panóptico del poder» (Michel Foucault). Así, releen las letras de la ley, no la historicidad viva del pueblo. Tampoco leen la ‘memoria social’ que, dentro de aquél, trabaja «combinando» recuerdos para tomar decisiones propias y ‘reajustar’ la vida. Y por eso, el día menos pensado la ciudadanía hace estallar, a los pies del ‘sistema’, todo lo que el «monóculo de la ley» no está habilitado para (o no quiere) ver.

Porque la memoria ‘viva’ del pueblo no se queda atrás, atada al pasado ‘en sí’, sino montada sobre el impulso viviente que contiene futuro. Por eso, a veces, si el pueblo recuerda el pasado, es para trascenderlo. Y para eso «combina» recuerdos, a efecto de reajustar su accionar presente-futuro, personal y/o social. En esto radica la historicidad viva del pueblo-ciudadano. La Ley, en esa historicidad, tiende a retrasarse como un «invitado de piedra»... estorbando.

La ‘historicidad soberana’ es, pues, un movimiento regido por la lógica interna del pueblo-ciudadano, no por el sistema institucional exterior. Y si éste se mira a sí mismo para preservarse a sí mismo, queda ciego para ver lo que se fragua en la conciencia histórica de la ciudadanía. Por eso, la deliberación soberana del pueblo-ciudadano es invisible para ‘el sistema’, como un lejano, lento y ciego temblor subterráneo, diferente a las interacciones rápidas del espacio institucional (siempre a fecha fija), cuyo avance (de circuito cerrado) va de presente a presente, iluminado por el sol cenital del «estado de derecho». El proceso de la soberanía popular, por el contrario, a paso lento, viene desde el pasado hacia el futuro, en la sombra ciega de lo que aun no es.

Un conocido investigador del siglo XIX, Karl Marx, reconoció la importancia de estos movimientos subterráneos en los procesos revolucionarios (de Francia). Y sobre uno de ellos, citando el Hamlet de Shakespeare, exclamó: «¡Bien has hozado, viejo topo!».

La memoria social del pueblo-ciudadano está, pues, en constante fermentación, pugnando por moverse a ciegas («hozando») hacia una meta que todavía no ve. Es lo que han hecho siempre, en Chile, la memoria «vándala» del pueblo mestizo, la memoria «atávica» del pueblo mapuche, y la memoria «ensangrentada» de la soberanía ciudadana. Y esos «viejos topos» están, todavía, aquí.

21. Trayectoria de la ‘soberanía subterránea’: de vagamundo a poblador (1850-1973)

Sólo una fracción del ‘pueblo mestizo’ trabajó en las ciudades antes de 1850: la mayoría siguió siendo masa marginal, o ‘conchabando’ en los fundos del Valle Central. Aun así, un gran número luchó en la «guerra a muerte» (1819-1825), o/y en las ocho guerras externas e internas del período 1829-1891. Y miles, al inicio del siglo XX, fueron, además, ametrallados en las calles de Chile. Por eso, tras un siglo de ser soldado y víctima de ‘guerras’, ese pueblo se convirtió en un «roto alzado, insolente, borracho y pendenciero» que inquietó a toda la República.

Y ese pueblo, si no tenía soberanía ciudadana ‘constitucional’, la tenía –y mucha– en sí y por sí mismo... Soberanía subterránea, de «viejo topo» de la historia... que disparaba, donde quiera que fuera, ‘autonomía de acción rebelde’, cultivada en tres siglos de marginalidad, la misma que, tras luchar a muerte en nueve guerras «por la patria», colisionó de frente con esa misma ‘patria’ cuando ésta dio de baja al ejército vencedor (1884), reenviándolo a la miseria y a su endémico estatus de «enemigo interno».

Y esa ‘colisión’ se agudizó al extremo con: a) la ocupación bélica de la Araucanía, y b) la catastrófica crisis comercial, financiera, social y política del período 1874-1934, pues el pueblo mestizo se halló entonces: a) sin territorio mapuche donde refugiarse; b) sin empleo; c) sin reconocimiento de su ‘topo’ soberano, y d) sin armas a la mano... En ese trance, el rotaje «combinó» recuerdos –como siempre– y tomó la decisión soberana de «emigrar del campo a la ciudad».

**ANTE EL DÉFICIT DE VIVIENDAS, LOS ALLEGADOS
INICIARON LAS TOMAS DE LOS SITIOS URBANOS QUE
NECESITABAN.**



**ESA SOBERANÍA SUBTERRÁNEA DEL PUEBLO MESTIZO
EMPAPÓ AL RESTO DEL PUEBLO: CAMPESINOS, OBREROS
Y A LOS ESTUDIANTES. EN 1967 LOS ESTUDIANTES
DE LA U.C. SE LA TOMARON EXIGIENDO UNA UNIVERSIDAD
VINCULADA CON EL PUEBLO Y LA SOCIEDAD.**



¿Se trataba de invadir la capital? Tal vez, pero lo importante fue que la aristocracia santiaguina ¡permitió la invasión... sin resistir! Y si la permitió, no urbanizó a los invasores como proletariado industrial, sino como ‘allegados’ («pobladores»), pues los integró como arrendadores de sitio, pagando «renta urbana», la misma que se acumuló geométricamente, al pasar del arriendo de «pisos» (ranchos) al arriendo de «piezas» (conventillos), y al de «casas y departamentos» (población, con calles, veredas, agua, alcantarillado, etc.); al tiempo que el «rentista» (pasivo) se convertía en «empresario constructor» (de conventillos, villas y poblaciones), luego en «socio contratista» del Estado, y finalmente en «grupo económico» (Cámara Chilena de la Construcción), constructor de ‘conventillos’ de 40 pisos. El capitalismo urbanizador (inflado por el flujo permanente de migrantes ‘marginales’) alucinó a la élite chilena, que creyó estar viviendo su ascenso formal a clase propiamente capitalista: moderna, globalizada y neoliberal.

Invertir en una ciudad entera para dar albergue al «enemigo interno» ha sido un pingüe negocio ‘mercantil’, ya que no integró productivamente al inmigrante. Éste, en consecuencia, no olvidó el hozar erosivo de su topo soberano. La renta urbana, por eso, ha sido también una gran inversión para un estallido socio-político diferido.

Porque, no habiendo desarrollo productivo, el flujo migratorio ahogó la capacidad urbanizadora de la ‘ciudad-albergue’. El flujo no se detuvo, y estalló el «déficit de viviendas» (500.000, hacia 1970), déficit que torturó a los inmigrantes, no a los empresarios. Un desafío ‘nuevo’, pues, para las combinaciones del ‘viejo’ topo. ¿Qué hacer?... En 1915, ante la explosión de pobreza urbana, la caridad cristiana se declaró impotente, y el Estado, acto seguido, en bancarrota. Los «allegados» decidieron que, si en el siglo XIX ocupaban espacios enemigos para luego retirarse (maloca), ahora, cuando no habría «retirada», debían tomarse el espacio que necesitaban (conquista)... tal como actuaba la soberanía ‘nacional’ en la guerra exterior (donde se habían formado).

Por eso, por «conquista», se inició, hacia 1930, la toma espontánea de sitios urbanos. Así fueron surgiendo las «callampas», células-madres de la ciudad mestiza. Y como eso no bastó, estalló, desde 1957, la toma planificada, «violenta» (La Victoria) y la irrupción desafiante de los «campamentos» (republiquetas fuera de la Ley). Con «los campamentos» aparecieron las células-madres de la sociedad mestiza. Se observa que, al entrar en acción, el «movimiento de pobladores» no se enredó con el Código del Trabajo ni reverenció la Constitución Política, pues obedecía sólo a la ‘soberanía enterrada’ de su memoria marginal. Y bajo tierra, esa soberanía empapó al resto del pueblo: a los campesinos (tomas de fundos), a los obreros (tomas de fábricas), a los estudiantes (tomas de todo), al vecindario (tomas de «comunidades»).

El «poder popular» urbano, por tanto, fue el reaflorecimiento de soberanías hundidas en la memoria mestiza... el estallido ‘primaveral’ de una nueva ciudadanía.

22. Del «Poder popular» a «¡La asamblea manda!» (1970-2015)

La historia de Chile muestra categóricamente, por un lado, que la oligarquía mercantil de Santiago, durante el siglo XIX, usurpó la soberanía ciudadana, y que después de 1925 no promovió la soberanía colectiva, sino la soberanía individual... que es otra forma de usurpar soberanía. Y muestra también que el «bajo pueblo», al pasar del siglo XIX al XX, fue transformando su ‘autonomía de acción’, desde: a) su etapa vandálica (1819-1880); b) al «ciclo migratorio campo-ciudad» (1850-1973); c) a la «toma de sitios urbanos» (1930-1973); d) a la «toma deliberada de comunas» (1969-1973), y e) a las «jornadas nacionales de protesta» contra la tiranía militar (1983-1987).

Después de 1950, el movimiento sindicalista (‘legalizado’, pero acicateado por una espiral inflacionaria y una agitación ideológica sin precedentes), y el masivo movimiento de pobladores (no-legalizado, pero impulsado por el aguerrido ‘accionar autónomo’ del pueblo mestizo) lograron «combinarse» y acumular, por primera vez, una memoria histórica compartida y enriquecida. Porque las delimitadas asambleas sindicales entraron en contacto con las ilimitadas asambleas de los «sin casa», uniendo el legalismo de unas con la ilegalidad de las otras. Así, en las entrañas de los topos latió, por fin, el palpito unitario de la soberanía popular, de modo que la deliberación en asamblea de los sindicatos se integró, en la calle, a la deliberación en asamblea de «los sin casa». Así, la soberanía popular apareció de modo natural durante el paro patronal de octubre de 1972, en los «comandos comunales», como «control obrero de la producción» (en las fábricas) y «control de la distribución de productos y alimentos» (en las poblaciones). El «estado de asamblea» se esparció como reguero de pólvora, por ejemplo, en la comuna de Maipú entre 1972 y 1973. Las multiseculares «combinaciones» mestizas, transformadas, reaparecieron bajo forma de cabildos y asambleas locales.

Y mientras se multiplicaban las asambleas –a contrapelo de lo que querían los «líderes»–, el «viejo topo» fue cambiando su ‘ceguera hozadora’ por una visión colectiva que se apropió del horizonte. Y así, ‘vio’ un camino paralelo al trazado por el «monóculo legal» del gobierno revolucionario (‘constitucional’). Sólo ese cambio de visión puede explicar, por ejemplo, la porfiada presión de los obreros de Yarur sobre Salvador Allende para estatizar la fábrica, pese a la negativa del Presidente, quien, como se sabe, cedió.

¿Dónde quedó registrado y asimilado, paso a paso, el avance de las asambleas ‘mixtas’ en la apertura de la «visión histórica» (autónoma) de los ‘topos’ urbanizados? ¿En los informes de partido? ¿En las monografías académicas? ¿En las crónicas del periodismo?... Los ‘recuerdos vivos’ señalan que, entre 1957 y 1990, los que vieron de cerca (en el propio hogar) el avance de ese ‘proyecto colectivo’ fueron los hijos y nietos de la generación protagónica del «poder popular»... niños y adolescentes... Pues ¿cómo se explica que 45.000 estudiantes secundarios de Santiago salieron a la calle en 2001 a manifestarse contra el «modelo» gritando la consigna: «¡La asamblea manda!»...? ¿Y que 1.400.000 estudiantes secundarios de todo Chile salieran a las calles en 2006 repitiendo la misma consigna?... Si el «mochilazo» adolescente de 2001 no conmovió a la clase política, el «pingüinazo» de 2006 sí, porque fue un auténtico trompetazo histórico. Tanto más si en 2011, la ‘misma’ generación –ahora universitaria– remeció a todo el país con la ‘misma’ consigna. Los adolescentes de Chile les recordaron tres veces, pues, a los adultos por dónde debían caminar –de recorrer «las grandes alamedas»– al futuro. «Los jóvenes –dice un proverbio árabe– se parecen más a su tiempo que a sus padres»... son «pajarillos libertarios» (Violeta Parra) que entonan su clarín de guerra al amanecer.

Por eso, entre 2013 y 2016, como un eco fraterno del triple clarín, surgieron en Chile las «asambleas territoriales», que deliberaron y lucharon, exitosamente, contra el capitalismo globalizado, haciendo valer la autonomía local (Freirina, Magallanes, Aysén, Chiloé, Calama, etc.). El multitudinario ojo comunitario de los topos ensanchó y profundizó, pues, el alcance de la mirada... y apareció, ante todos, la ‘causa escrita’ de los problemas del pueblo: la ilegitimidad de las constituciones políticas de 1980, de 1925, de 1833. Fue cuando toda la energía contenida en la memoria popular, toda, desde el 18 de octubre de 2019, se

derramó sobre todas las ciudades de Chile, destapando todo el contenido de la consigna adolescente: ¡sólo la asamblea popular-constituyente manda!

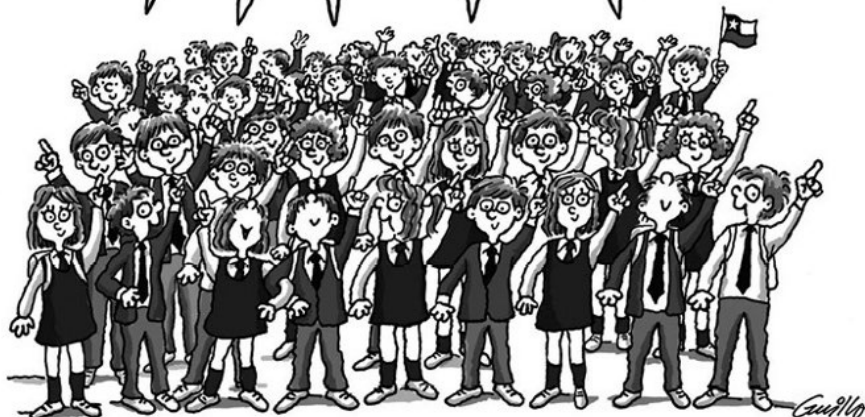
LOS QUE VIERON, INTERNALIZARON Y ASUMIERON LA VISIÓN
COLECTIVA DEL CAMBIO DEL MODELO INDIVIDUALISTA POR UNA
SOBERANÍA COLECTIVA FUERON LOS HIJOS Y LOS NIETOS DE LA
GENERACIÓN REVOLUCIONARIA DE LOS AÑOS SETENTA.

¡Mochilas del mundo, uníos!



LA ENERGÍA CONTENIDA EN LA MEMORIA POPULAR SE LIBERÓ
DESTAPANDO TODO EL CONTENIDO DE LA CONSIGNA ADOLESCENTE:
¡SÓLO LA ASAMBLEA POPULAR-CONSTITUYENTE MANDA!

¡LA ASAMBLEA MANDA!



Sexta Parte

Neoliberalismo y Código del Trabajo: el nuevo peonaje

Introducción

El capital mercantil chileno ha integrado a la ‘modernidad plena’ sólo una fracción mínima de la fuerza de trabajo. Como siempre, su tendencia histórica ha sido operar con grandes masas de ‘temporeros’, de contrato precario. Porque nunca renunciará al «conchabamiento».

En el ‘largo’ siglo XIX chileno (1800-1930) el trabajador típico (hombre y mujer) fue el «peón-gañán», que ganaba tanto como comía un preso; que disponía, en lo demás, de «autonomía de acción». En el ‘breve’ siglo XX chileno, regido por el Código del Trabajo (1931-1973), el «peón-gañán» fue sustituido por el «operario» (salario vital ajustable) y el «empleado» (sueldo profesional ajustable), que tenían derecho a petición, voto individual secreto, y a ser «masa en la calle». Y en el inconcluso siglo XXI (1973-2021), «operarios» y «profesionales» (grupos mestizos y clases medias) se rigen ahora por un mismo contrato precario, a merced de las dictatoriales «necesidades de empresa» y las usureras «tasas de endeudamiento». Y no tienen –aunque no lo crean– ni federaciones sindicales ni partidos políticos que, de verdad, representen su ‘mandato’.

El fantasma colonial del «conchabamiento», de modo brutal, ha descargado de nuevo todo su peso patronal, desdibujando el emergente perfil soberano de los trabajadores del siglo XXI. Y su aparición, de nuevo, ha precarizado la vida popular y fragmentado, letalmente, su hermandad ‘sindical’. Es un retorno forzado al pasado pre-moderno de Chile, un zarpazo despótico de ‘re-colonización’ mercantil... el mismo que sepultó, de paso, al movimiento industrializador liderado por la CORFO. Un retorno que no incluyó, esta vez, el de esa élite oligárquico-patronal que, hacia 1915, aparentó (algo hipócritamente) practicar la ‘filantropía cristiana’. Porque hoy las élites patronales son especuladoras «de nacimiento», sin ética que se conozca: ni caballerescas, ni cultas, ni ciudadanas. ¿Corroerán también, letalmente, la ética subterránea de la «hermandad mestiza»? ¿el cordón umbilical de la soberanía popular?

¿O deberá la ciudadanía reeducarlas?

23. El Código Liberal de 1931-1973:

traición a la soberanía popular

Desde 1919, terminada la Primera Guerra Mundial, las grandes potencias decidieron racionalizar sus relaciones recíprocas, y también las del capital-trabajo, para evitar otra guerra mundial y otra revolución proletaria como la de 1917, en Rusia. Para evitar lo último, se decidió abolir todas las prácticas laborales cuasiesclavistas (como el «conchabamiento» y los «pueblos-compañía») por el riesgo ‘moscovita’ implicado en su explosividad social. Se realizaron, a ese efecto, grandes conferencias internacionales (París, Nueva York, etc.) que crearon la Organización Internacional del Trabajo (OIT), para administrar el ‘nuevo trato’ a la clase trabajadora, y supervisar los flamantes Códigos del Trabajo que aparecieron por doquier. Por eso, desde 1920, en muchos países las relaciones capital-trabajo comenzaron a regirse por la normativa liberal neocapitalista.

Sin embargo, mientras esa normativa se discutía en la esfera internacional, en Chile los trabajadores (junto a otros actores sociales) realizaban conferencias nacionales para abolir no sólo el régimen de conchabamiento que reinaba en el país, sino también la oligárquica Constitución Política de 1833. Sobresalieron, en este sentido, la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN, 1918), la Asamblea Nacional de la Federación Obrera (FOCH, 1919) y la Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales (ACAI, 1925), en las que los trabajadores-ciudadanos exhibieron una decidida actitud soberana.

En el agitado escenario político que eso produjo, tanto Arturo Alessandri Palma (caudillo de la clase política civil chilena) como Carlos Ibáñez del Campo (caudillo del movimiento militar por una Nueva Constitución) impusieron, en postas y para todo Chile, la normativa internacional (liberal) sobre el trabajo, traicionando la voluntad soberana y revolucionaria que animaba al movimiento

cívico-militar. Entre ambos «legitimaron tardíamente» (J. Habermas) el Código del Trabajo que redactó el abogado Moisés Poblete Troncoso (exsecretario personal de Alessandri y funcionario estable de la OIT). Carlos Ibáñez promulgó ese Código en 1931, mediante un dictatorial Decreto con Fuerza de Ley (DFL). Sin deliberación parlamentaria, ni ciudadana... Por tanto, doblemente ilegítimo.

LA CONSTITUCIÓN QUE ARTURO ALESSANDRI IMPUSO EN 1925 FUE DISEÑADA PARA DEBILITAR Y ANULAR EL GRAN MOVIMIENTO POPULAR CÍVICO Y MILITAR QUE SE HABÍA GESTADO.

LOS TRABAJADORES TUVIERON QUE CARGAR CON UNA PESADA MOCHILA Y UNA CONSTITUCIÓN ILEGÍTIMA Y TRUCHA POR MUCHOS AÑOS.



EL MOVIMIENTO POPULAR-CIUDADANO SE CONVIRTIÓ EN UN MOVIMIENTO DE MASAS CALLEJERAS SUBORDINADAS A LOS PARTIDOS POLÍTICOS.



POSTERIORMENTE, CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO IMPUSO EL CÓDIGO DEL TRABAJO DE 1931.

ESE CÓDIGO DEL TRABAJO NO TUVO A NINGÚN TRABAJADOR EN SU CONSTRUCCIÓN.

Como se dijo más arriba, ese Código, hermanado en intenciones con la Constitución (ilegítima) de 1925, convirtió el movimiento popular-ciudadano en un movimiento de masas callejeras subordinado al neoparlamentarismo de los partidos, con trabajadores no-deliberantes, con derecho a voto individual y petición colectiva. Contrariando esa tendencia, Clotario Blest convocó en 1953 a una Asamblea Nacional para fundar la Central Única de Trabajadores (CUT), para que tuviera el mismo carácter que la que refundó la FOCH (1919): preconstituyente, revolucionaria, con los trabajadores en actitud soberana. Sin embargo, esa CUT fue transformada por las directivas de los partidos de izquierda (1961) en un apéndice del liderazgo de los políticos y, por tanto, en ‘otro’ títere de la Constitución (ilegítima) de 1925.

La traición a la naturaleza soberana del movimiento cívico-militar (ciudadano) de 1919-1925, perpetrada por: a) los «caudillos nacionales» que impusieron entre 1920 y 1931 la «normativa internacional» (capitalista) sobre el trabajo, y b) los partidos políticos que en 1961 hicieron valer el Código (ilegítimo) de 1931 y la Constitución (ilegítima) de 1925 para destruir el movimiento soberanista de Clotario Blest y la CUT, ha sido comprobada no sólo por estudiosos extranjeros de la historia de Chile, sino también por importantes dirigentes nacionales de los trabajadores. Se anota un breve resumen de esos juicios:

Afirmó James Morris (de EEUU): «La CUT es débil: la autoridad centralizada que posee deriva de la obediencia partidista». Alan Angell (inglés): «El movimiento obrero chileno depende mucho más de los partidos políticos que en otros países». Peter de Shazo (EEUU): «Los sindicatos carecen de una entidad permanente que represente sus intereses en el Congreso nacional». Patrick Peppe (EEUU): «Desde la tercera década del siglo XX, los sindicatos se han vuelto dependientes de los partidos políticos». Paul Drake (EEUU): «Después de 1930, la institucionalización de la política popular se sobrepuso a la movilización popular». Manuel Bustos (chileno, dirigente sindical): «La mayoría de los partidos han estado más preocupados de sus problemas que del devenir del movimiento sindical». Manuel Jiménez (dirigente sindical): «Mi impresión es que los partidos de la Concertación no están interesados en reformas sindicales».

Hernol Flores (dirigente sindical): «Se llegó a un extremo de subordinación del movimiento sindical al Congreso Nacional y a los partidos políticos». Waldo Aránguiz: (dirigente sindical): «El sindicalismo debe tener una conducción autónoma y una misión propia».

El soterrado «topo de la historia» no pudo menos que re-sentir, frustrado, esa larga alienación... y creyó necesario realizar una nueva «combinación».

24. El Código Neoliberal de 1979-2002:

nuevo peonaje y nueva hermandad cívica

El ‘principio’ que articuló el ‘modelo laboral’ propuesto por la OIT desde 1919, fue evitar ‘conflictos extremos’ mediante una ‘negociación normada’ que estableciera «armonía» entre intereses contrapuestos... (Alessandri Palma tradujo: «¡El odio nada engendra: sólo el amor es fecundo!»). Esa ‘armonía’ se aplicó en Chile con un decreto dictatorial cuyo objetivo era despolitizar el movimiento sindical (Artículo 371, Código del Trabajo 1931) y anular su capacidad para administrar sus recursos (Artículo 402). Eso implicaba castrar la soberanía popular, asegurar el futuro del orden capitalista liberal, y camuflar todo eso tras la «legislación social» del período 1924-1973.

Sin embargo, el «desarrollo del subdesarrollo» y las food riots (revueltas del hambre) que estallaron a fines del siglo XX demostraron que esa ‘armonía’ no fue eficiente, ni para empresarios (sobrepeso ‘anticapitalista’ de la previsión social), ni para trabajadores (insuficiencia del desarrollo real). Sin embargo, como las «food riots» no fueron políticamente soberanas (sólo fueron «revueltas»), las potencias liberales no se demoraron en imponer, globalmente, el modelo neoliberal. ¿Cuál es el ‘principio’ articulador de ese modelo? No la negociación racional ni la ‘armonía social’, sino la imposición unilateral de un régimen neoprecarista, que anuló los frágiles «derechos» establecidos por el Código de 1931. El nuevo ‘principio’, que no se deliberó en conferencias versallescas, sino en los cubículos de planificación central del mercado libre, ni se tramitó parlamentariamente, ni como Decreto Ley... se aplicó o con bélicos golpes de Estado (década de 1970) o con el chantaje involucrado en las ‘recetas financieras’ del Fondo Monetario Internacional (desde 1980). Por tanto, sin participación constituyente, ni de ciudadanos, ni de trabajadores.

En Chile, el ‘nuevo’ Código carece de un esquema coherente, pues no

transparenta sus objetivos. Es un cuadro Dorian Gray: penumbroso, para no ser explícito... Se inició su caótica redacción en 1979 («tiranía militar»), ‘culminó’ en 2002 («autocomplacencia democrática») y hoy, 2021 (asamblea constituyente), agoniza sin remedio. Si es neoliberal, no supera al código liberal de 1931, pues, insidiosamente, reintroduce el «conchabamiento» que cuasiesclavizó al peonaje del siglo XIX.

Tiene en común con el Código de 1931 –aparte de su ilegitimidad–: a) que ‘instituye’ el sindicato como una entidad puramente económica (contrato capital-trabajo), pues excluye los componentes políticos, sociales y culturales del problema global que afecta al trabajador; así, despolitiza al sindicalismo y restablece el monopolio partidista de la política; b) que impone una lógica organizativa superestructural, anulando la voluntad autoorganizativa de los trabajadores (Libro III, capítulos I a XI). Pero, al contrario del Código de 1931: c) estructura el modelo en base a la precariedad del empleo, dando omnipotencia contractual a las «necesidades de la empresa»; d) extiende la precariedad laboral a empleados y profesionales (Título V, artículos 159 a 183), y e) privatiza el «fondo social» de los trabajadores para crear el gran mercado financiero del país (AFP & Isapres) y reforzar la deficitaria capacidad autoacumulativa del modelo neoliberal.

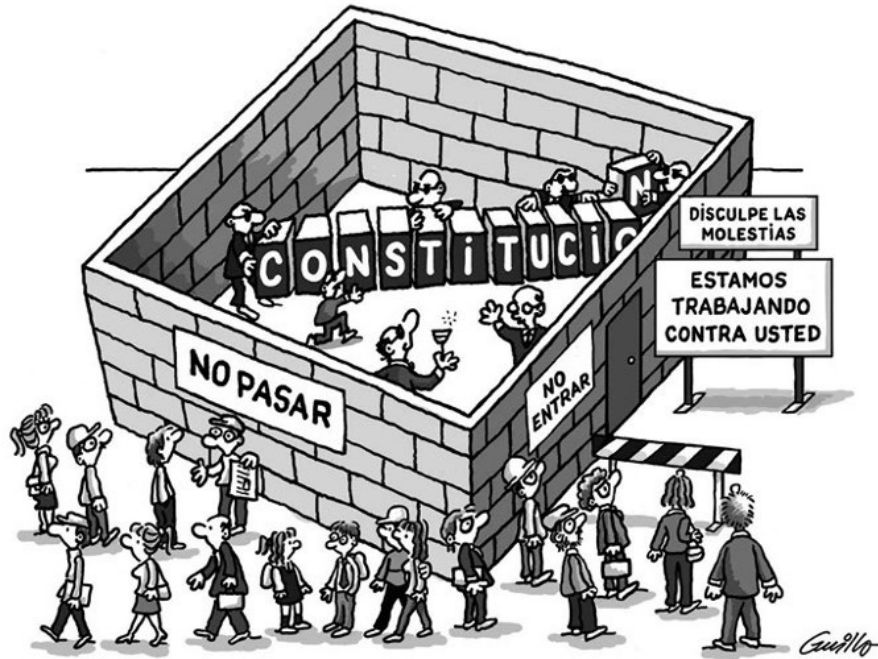
La debilidad acumulativa de la empresa mercantil la obliga a maximizar su omnipotencia contractual frente a trabajadores y deudores. Eso hicieron los «hacendados» con sus inquilinos y peones, y los «habilitadores mineros», con sus pirquineros y peones. Con esto, el Código neoliberal restablece el sistema de conchabamiento, con tres diferencias: a) la versión actual no es explícita, sino hipócrita y encubierta; b) no es sólo para mestizos: incluye a criollos, clases medias y toda la nación, y c) lo aplica cuando no sólo los mestizos, sino el 90 % de la ciudadanía ya no confía ni en constituciones ilegítimas ni en políticos sin representatividad.

Con soberanía usurpada, con carrera ocupacional fragmentada, con valores sociales mercantilizados, con atiborramiento consumista, sin metas nacionales

conjuntas, sin «bloques de acero ideológico», sin iglesias puras de corazón y vida, sin solidaridades de acción utópica, sin líderes respetables, sin universidades amigas, sin desarrollo real del ‘bajo pueblo’... «todo lo sólido se disuelve en el aire» (Karl Marx). Así, el pueblo-ciudadano flota en una «sociedad líquida» (Zygmunt Bauman). Acosado por «riesgos indirectos» (Ulrich Beck).

Por todo eso, la ciudadanía se encontró envuelta en la ‘camisa de fuerza’ del «pueblo mestizo». Y en el sótano de su memoria histórica encontró, sólo, al legendario «roto alzado»... y sus hermandades armables y desarmables, su «maloca» de dignidad (humana), de justicia (social), su hambre de soberanía (popular). El Presidente, atemorizado, gritó: «¡vandalaje!». Pudo decir: Ciudadanos, alegrémonos: el viejo topo de la historia... ¡ha vuelto!

LA ILEGÍTIMA CONSTITUCIÓN DE 1925, COMO LA IMPUESTA EN DICTADURA EN 1980, FUERON CONCEBIDAS PARA PONER UN CANDADO A LOS DERECHOS DE LA CIUDADANÍA Y A SU PARTICIPACIÓN EN LAS DECISIONES POLÍTICAS DEL ESTADO.



ASÍ MISMO, EL CÓDIGO DEL TRABAJO DE 1931 COMO EL DE 1979, TENÍAN COMO OBJETIVO LA DESPOLITIZACIÓN DE LOS TRABAJADORES Y ANULAR SU FUERZA Y PODER DE NEGOCIACIÓN CON LA EMPRESA.



25. El Sindicato de los Trabajadores de la Construcción (SINTEC): transformación

Entre 1300 y 1700, en las grandes ciudades europeas, los ‘trabajadores de la construcción’ fueron altamente respetados, por su habilidad ‘artística’ en el levantamiento de palacios, museos, catedrales góticas, etc., a pesar de su violento conflicto sociopolítico con la aristocracia. Y en la cultura «comunera» de villas, aldeas y puertos, fue el gremio (de carpinteros, herreros, albañiles, pintores, canteros, escultores, etc.) más numeroso y respetado. Allí eran miembros de cofradías, municipios y, por su prestigio laboral, desfilaban en lugar de honor y tenida solemne. Sabían, pues, de arte, organización y soberanía popular. Por eso, muchos formaron parte –según Alfonso X el Sabio– de la «nobleza ciudadana» (hidalgos) por sus grandes servicios a la comunidad en que vivían.

En Hispanoamérica, sin embargo, muchos de ellos abandonaron su oficio original para convertirse en «señores» (Pedro de Valdivia); es decir, en dueños de estancias, fundos, placeres auríferos, «encomenderos» de mano de obra indígena. Convertidos en «mercaderes» (exportadores de sebo, cueros, trigo, etc.), acumularon dinero (oro) y poderío local. Por eso, algunos se «aburguesaron» y otros se «aristocratizaron». De ese modo, los oficios manuales («menestrales») fueron quedando desiertos. Hasta que se arrancharon los trabajadores mestizos que no traían tradiciones «artísticas», sino, principalmente, su necesidad de trabajar. Fueron despreciados y maltratados (Diego Portales los encerró en jaulas de hierro para hacerlos trabajar en los caminos). Además, la arquitectura colonial no era ni renacentista ni gótica, sino, sólo, simplista y funcional. El ‘arte’ y el ‘lujo’, en consecuencia, debieron importarse comercialmente desde Europa. Aun así, cuando se les expulsó de la capital, los artesanos firmaron sus reclamos como: «los artistas». Por todo eso, la oligarquía mercantil chilena no se asoció con el artesanado para impulsar ‘juntos’ la gran aventura de la revolución industrial, como ocurrió en Inglaterra. En vez de eso, hubo entre ellos una larga «guerra civil».

EN LA DICTADURA DE LA DERECHA Y DE PINOCHET LOS SÍNDICATOS VIVIERON EL PEOR PERÍODO DE SU HISTORIA POLÍTICA. UN PERÍODO NEGRO.



SÍNTEC PROPONE SUPERAR ESE OSCURANTISMO.



SÍNTEC HA SIDO EL ÚNICO SÍNDICATO CON PRESENCIA ACTIVA EN EL PROCESO CÍVICO TRANSFORMADOR INICIADO EL 2019.



La situación cambió cuando, a fines del siglo XIX, los millonarios comenzaron a construir palacios y casonas de estilo europeo y oriental, y el Estado, obras públicas de tipo moderno (puertos, ferrocarriles, estaciones, edificios estatales, puentes, escuelas, hospitales, etc.). Para cubrir eso se trajeron a Chile firmas constructoras extranjeras, que contrataron «peones» de acuerdo al «enganche» salarial de tipo industrial, desechando el «conchabamiento» colonial (Henry Meiggs, etc.). El sindicalismo moderno se instaló en Chile, por eso, derivado del modelo liberal-industrial (europeo), no del modo mutual, o «comunero» (mestizo).

Por eso, si la primera organización de trabajadores de la construcción (1924, anterior al Código de 1931) surgió, típicamente, de grupos anarquistas... todas las siguientes se adaptaron a ese Código (CUC, MUNT, FIEM). El gran problema debatido entre 1931 y 1972 fue el «tarifado» y el tipo de «negociación» por obra y por empresa. Destacó, en ese período, sin embargo, el Convenio especial firmado con el presidente Allende para construir el edificio de la Unctad en 1972. En ese tiempo, el gremio tenía una sindicalización próxima al 50%, de modo que fue un período importante, con muchas huelgas legítimas, pero agarrotado por su inescapable subordinación política a los partidos parlamentaristas.

La tiranía militar y la ‘democracia neoliberal’ abolieron el Convenio Nacional Tripartito, reimpusieron el ‘neoconchabamiento’ y el viejo tarifado. Y continuó – ya sin emoción– el patronazgo inmutable de los partidos políticos, lo que ha significado que los sindicatos vivieran el peor período político de su historia... En este contexto se formaron dos federaciones sindicales nuevas: la CNTC (1980), aun bajo dominación partidaria, y la Fetracoma (1997), que buscó la independencia y unidad del gremio. De esta última se desprendió, en 2007, el Sindicato Inter-Empresa Nacional de Trabajadores de la Construcción y Montaje Industrial (SINTEC).

EL SINTEC se propone superar los problemas planteados por: a) los sindicatos

‘de empresa’; b) los contratos por obra; c) la subordinación a partidos políticos; d) los déficits en la democracia sindical (directa), y e) la insuficiente formación política de los trabajadores. Se propone, por lo mismo, convertirse en un «sindicato por rama de producción completa» (construcción, mantención de edificios, obras públicas, montaje industrial, minería) y en un actor socio-político nacional. De hecho, fue el único sindicato que ha tenido presencia activa en el proceso cívico iniciado en 2019, junto al gremio de trabajadores portuarios. Tiene 15.000 afiliados estables y un número creciente de mujeres, sobre todo en el área de «mantención». Por eso, «queremos jugarnos por Chile, no sólo por el Sindicato» (Jorge Hernández).

26. Ocaso del sindicalismo liberal, aurora de la «inteligencia popular»

El modelo neoliberal está ‘armado’ sobre: a) la Constitución Política de 1980 (ilegítima); b) el Código del Trabajo 1979-2002 (ilegítimo), y c) los Tratados Internacionales de Defensa y Comercio (2000-2018) (ilegítimos), una pirámide dictatorial –más internacional que nacional– de trabajosa reforma y difícil erradicación (para la ciudadanía).... que blindo y protege, desde ‘lo global’, el (colonial) neoconchabamiento, extendido ahora a las clases medias... y a la nación.

¿Qué armas sociales, culturales y políticas cabría utilizar contra esa fortaleza? Los viejos «bloques de acero ideológico» están esterilizados, inermes, a los pies de la pirámide. Los ‘partidos políticos’ han visto caer, descascaradas, sus caretas de credibilidad. Las ‘políticas reformistas’ se derriten al contacto parlamentario con las ‘políticas globalizadas’. Los ‘sindicatos’, perforados por las «necesidades de la empresa», por el eclipse del proletariado industrial y la anemia desmovilizadora que heredaron de su maridaje con partidos políticos (1936-2019), permanecen, en su mayoría, hozando, en las madrigueras del topo de la historia.

¿Qué cabe oponer contra esa fortaleza? ¿Qué hay, qué queda, en el ‘saqueo’ arsenal político ciudadano? Dado el carácter retrógrado del código neoliberal (trajo de vuelta el ‘conchabamiento’), sólo sirve el sótano de la memoria histórica (el período anterior a 1907), y de allí, sólo sirve el indomable «roto alzado». Y dentro de éste, su lógica dialéctica de la historia, que reza: «convite-combinación-acción-reparto-dispersión». Repetible cuantas veces sea necesario. Y hoy sirve no sólo su versión vandálica original, sino, principalmente, la que desarrolló en el siglo XX: la autonomía política del «poder popular» (ver Hito 22). Autonomía que creció en proporción directa a la acumulación de ‘problemas históricos no-resueltos’ por el Estado... pero sufridos por la Sociedad. De modo

que, cuando dicha ‘acumulación’ copó la paciencia ciudadana (octubre 18, 2019), estalló el gatillo ‘corto’ (de repetición automática) de la dialéctica del roto alzado: ‘convite, acción, dispersión’... pero ahora, de algún modo, apuntando a un ‘blanco’ lejano, pero fijo: el cambio de la Constitución Política del ‘neoconchabamiento’, objetivo estratégico que exige calibrar al máximo la puntería, justo, de la fase de «combinación» (‘deliberación’), antes de la «acción» decisiva... y antes del «reparto» (equitativo) del producto bruto nacional.

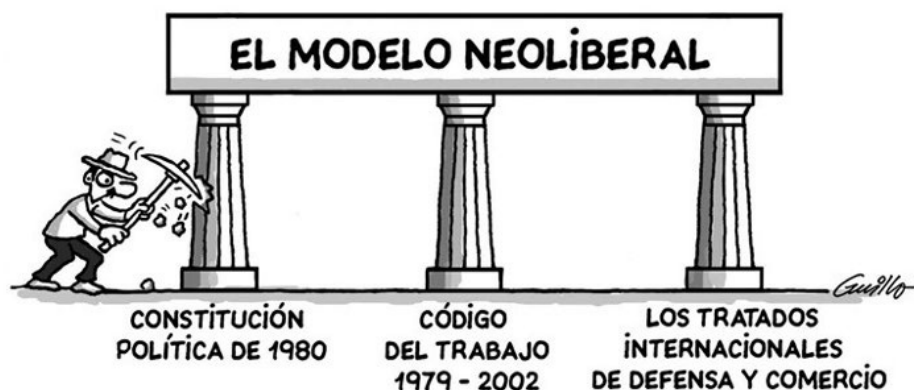
Los trabajadores afrontan, pues, un problema de doble avenida: uno ‘de bajada’: la decadencia del sindicalismo creado, sucesivamente, por el código ‘dictatorial’ de 1931, y el ‘tiránico’ de 1979-2002, y otro ‘de subida’: cumplir el triple ‘mandato adolescente’, de 2001, 2006 y 2011: desarrollar la ‘soberanía’ en las asambleas (‘hermandades’) de base territorial.

El sindicalismo «de bajada» sufre un severo crepúsculo histórico (la actividad huelguística decreció, del período 1961-1973 al de 1979-2002 en un 70,3 %). Y lo ha demostrado su impotencia para orientar y liderar, después de 2015, el movimiento ciudadano, tras el colapso de los partidos políticos. Sus «mesas de unidad social» –honestas y bien intencionadas– no han ejercido el liderazgo ‘revolucionario’ exigido por la coyuntura constituyente. Las masas ciudadanas, ‘combinándose’ por doquier en cabildos y asambleas locales, no reconocen ningún liderazgo que esté timbrado por la ‘vieja’ constitucionalidad político-sindical. Sólo confían en sí mismas.

La tarea que enfrenta el sindicalismo ‘de subida’ no es, pues, fácil ni expedita. Porque no es, estrictamente, una tarea sindical, sino ciudadana, de «pueblo» entero. Y además, porque ha sido frenada por una ‘huelga de soberanía’ (forzada) que duró cien años (1925-2019). El «convite», por tanto, no puede ser, sólo, de mestizo a mestizo, o de organización a organización, sino de todo el pueblo-trabajador a sí mismo. Sin dejar de ser ‘trabajador’ (‘activo’ o ‘cesante’), se requiere, hoy, ponerse el «overall» del trabajo ciudadano, por el tiempo que sea necesario. Para ‘combinar’, entre todos, soberanamente, el código profundo

de la vida comunal y solidaria. Se requiere, hoy, ser ciudadano soberano para ser trabajador de estatus integral, humanamente realizador y realizado.

Es imprescindible, pues, perfeccionar la «combinación» (deliberación), para potenciar el arsenal y la eficiencia de la «acción». La acción «vandálica» va a estar allí, de seguro, sin claudicar. Pero no bastará, pues la ‘soberanía’ no realiza sólo saqueos puntuales, sino la reconstrucción completa de la sociedad. Y eso exige desarrollar al máximo «la inteligencia popular» (Luis Emilio Recabarren). En deliberación. En acción. Si las pirámides liberales mandaron el pueblo a la calle (votar, pedir, protestar), la tarea de la «inteligencia popular» es mandar la ciudadanía a mandarse a sí misma (autoeducándose) para así co-mandar el futuro del país.



¿QUÉ CABE Oponer CONTRA ESA CONSTRUCCIÓN Y SUS PILARES DE ABUSO? SÓLO SIRVE LA MEMORIA HISTÓRICA DEL ÍNDOMABLE ROTO CHILENO ALZADO Y LA AUTONOMÍA DEL PODER POPULAR URBANO.

EL 18 DE OCTUBRE DE 2019 SE COLMÓ LA PACIENCIA DEL PUEBLO.



A DESARROLLAR LA SOBERANÍA DEL PUEBLO EN LAS ASAMBLEAS LOCALES Y COMUNALES.

A DESARROLLAR LA INTELIGENCIA POPULAR PARA COMANDAR EL FUTURO DEL PAÍS.



Séptima Parte

De la ‘autonomía de nacimiento’ a la ‘ciudadanía soberana’

Introducción

A los mestizos chilenos, por voluntad política del Rey, se les impidió ser ‘sujetos de derecho’ (por eso, fueron «gente sin Dios ni Ley»). Sin embargo, terminaron constituyendo, en la sociedad chilena, su estrato social más numeroso, sólo que en condición de pueblo marginal y estigmatizado (algo menos y algo más que una ‘clase’), pero libre de la presión acosadora del derecho, con autonomía de nacimiento para sobrevivir del modo que fuera posible... Y lo posible era: ‘fuera’ de la legalidad y, progresivamente, ‘contra’ ella (debido al sesgo delictual inevitable de vivir con «estigma» de nacimiento). Esa mezcla de pecado originario y autonomía originaria los condenaría a constituirse como el «enemigo interno» de la sociedad colonial... y postcolonial.

Lo importante de esa situación es que un pueblo ‘sin derechos’ –y por tanto ‘con autonomía’ de vida– es más proclive a tener sentimientos de soberanía que los pueblos que llevan siglos disciplinados bajo un «estado de derecho» (el derecho, a la larga, encubre y/o sustituye a la soberanía). Por eso, por su situación, los mestizos desarrollaron acciones y relaciones de hermandad y comunidad ‘naturales’ (es decir: no prerreguladas) que, precisamente, son las precondiciones fundantes de la soberanía popular. Desde esa autonomía marginal, el pueblo mestizo ha remecido la historia chilena desde el siglo XVII al XXI, pues nunca, ni fue ‘integrado’, ni pudo ‘integrarse’ en la sociedad principal. Porque esa ‘autonomía’ no fue reconocida como tal, sino como un rasgo delictual propio del ‘ser’ (ontológico) del «roto alzado» (de donde vino la expresión: ladrones «de nacimiento»). La larga vida de la ‘autonomía marginal’ mestiza es, pues, comparable a la ‘soberanía natural’ del pueblo mapuche, donde ambas son distintas a la soberanía ‘constitucionalizada’ (usurpada) de la nación chilena.

Por su compulsión de nacimiento a practicar esa autonomía ‘natural’ para sobrevivir, el pueblo mestizo tuvo que: a) robar y saquear («vandalaje»); b) desacatar la autoridad constituida («plebe amotinada»); c) desarrollar su hermandad local («poder popular»); d) resolver por sí mismo sus problemas de

urbanización («toma de terrenos, fábricas y comunas»); e) ‘combinarse’ en comunidad («asambleas locales y nacionales»), etc... Sus decididas ‘respuestas’ a los ‘desafíos’ (Arnold Toynbee) que debió enfrentar, sumadas en línea histórica, trazan el proceso de desarrollo de esa ‘soberanía natural’, desde su estado inicial de ‘vagabundaje’ a su estado (actual) de ‘ciudadanía constituyente’.

27. Convidarse y combinarse: el «convite» del 18 de octubre

La soberanía local que ejerció el «poder popular» durante el gobierno del presidente Allende (1972-1973), sumada a la capacidad de resistencia, transformación y supervivencia que ese poder desarrolló durante la tiranía militar (1980-1987), y luego a su mutismo desconfiado ante la llamada «transición a la democracia» (1988-1998), acumularon experiencias colectivas que forjaron una ‘nueva memoria histórica’... Es decir: una plataforma cultural más evolucionada sobre la cual podían tejerse nuevas y más trascendentes «combinaciones» político-populares. Pues, para alcanzar ese nivel, fue necesario dejar atrás la obsesión ‘reivindicativa’ del movimiento de masas y el hábito (también de masas) de ‘subordinación militante’ a los partidos y gobiernos ‘constitucionales’ del período 1938-1998.

La «nueva memoria» marcó el ocaso simultáneo del populismo, las ideologías y las ‘masas seguidoras’, y el alba contagiosa de la ciudadanía deliberante, la soberanía popular y el poder constituyente. La ruptura entre la vieja y la nueva memoria histórica se produjo, subterráneamente, entre 1993 («año del desencanto» según los testimonios juveniles de la época) y 2001 (año del primer «mochilazo» escolar).

¿Qué conservó del pasado ese ‘proceso subterráneo’ (que Marx llamó «viejo topo» en 1856, y el PNUD «ciudadanización de la política en Chile» en 1998)? De lo que se puede ‘constatar’, nada, o poco, de la ‘memoria oficial’ del Estado, de la ‘legalidad política’ o de la ‘infalibilidad dogmática’ de las ideologías. Pero mucho –de lo que se puede ‘sentir’– de la memoria atávica del pueblo mestizo («roto alzado») y de la memoria autónoma del «poder popular». Nada es completamente nuevo ni absolutamente viejo en la memoria del «bajo pueblo» y la «ciudadanía» en Chile. Y de lo viejo que sigue nuevo está la compulsión a

«convidarse» (reunirse, reagruparse) cuando la opresión es extrema y la paciencia está agotada. Cuando el peligro arrecia, el 'rebaño' se protege, aglomerándose. Pero los rebaños 'cívicos' no sólo se juntan para protegerse: lo hacen también para «combinarse» (deliberar) y fraguar el contragolpe.

EL "CONVITE" DEL 18 DE OCTUBRE DE 2019 NO FUE UN LLAMADO DE CAUDILLOS NI DE LÍDERES, SINO DEL PUEBLO MISMO, CANSADO E INDIGNADO. EL ABUSO NO SE TOLERABA MÁS.



EL CONVITE FUE UN ÉXITO TOTAL. AHORA HABÍA QUE COMBINARSE (DELIBERAR), PERO ESTA DELIBERACIÓN NO HA SIDO UN ÉXITO COMO EL CONVITE. ES SÓLO UNA POTENCIALIDAD DE SOBERANÍA.



Desde 1936 hasta 1983, el pueblo, ante las tormentas históricas, fue ‘convidado’ por líderes de «piño» (electoralmente), no por el «rebaño» mismo; simultáneamente, por tres, cuatro... veinte ‘caudillos’, o más, donde cada cual decía tener brújula segura, norte exclusivo y poder de fuego en su ombligo ‘organizado’. Por eso, en vez de ‘reunir’ el rebaño ante el peligro, lo dispersaron, corneándose, incluso, entre ellos mismos. Y la tormenta histórica se desplegó entonces, implacable, sobre todos.

El «convite» del 18 de octubre de 2019 no fue un llamado de ‘caudillos’, ni de ‘piños’, ni de ‘candidatos’, sino del pueblo a sí mismo. Y no hubo dispersión, sino convergencia. Los ‘líderes’, desatendidos, corrieron, para alcanzar... porque en la sensibilidad de todos ardió, concéntricamente, el cortocircuito –mudo– de la «unidad», la llama ‘pentecostal’ del rebaño reunido, la luz horizontal de la «soberanía» (una inteligencia viva, colectiva, no individual, ni institucional).

Desde el 18 de octubre de 2019, y por seis meses seguidos, el «convite» fue un éxito total, embriagador... Y por eso, desde fines de octubre sentimos todos dentro de sí –algo confusamente– que había que «combinarse» (deliberar)... El ‘rebaño’ estaba reunido –¡lo supo todo el mundo!–... pero ¿para qué? Había algo, sin embargo, que todos ya sabíamos: «¡la asamblea manda!». Y por eso, como un reguero de pólvora, Chile se repobló de cabildos abiertos, grupos de estudio, talleres «on line», «conversatorios», asambleas regionales, etc. El «poder –señaló Hannah Arendt– viene a nosotros cuando nos juntamos». Y el ‘poder’ –podría agregarse–, al latir colectivamente, promueve la acción ‘proyectiva’... A «combinarse». A deliberar juntos... Y los ciudadanos hemos estado deliberando desde noviembre de 2019 a marzo-junio de 2021, a lo largo y ancho de la pandemia Covid-19. ¿Y ha sido esta deliberación, también, un éxito clamoroso?

La respuesta, en crudeza histórica, es: ¡no! Y la razón es: el «convite» a reunión a todo el rebaño, generando así la ‘potencialidad’ de la soberanía, Pero la «combinación» (deliberación) lo dispersó de nuevo. Y el rebaño, ‘re-apeñado’ en

cada rincón del país y sin ‘unión federativa’, descubrió que los políticos, desde atrás, habían saltado como gamos a la vanguardia y, aprovechando la ‘dispersión deliberante’, dictaron un decreto ilegal para jinetear ellos (poniendo riendas a la soberanía) el proceso constituyente. Tomado de sorpresa, el ‘rebaño’ aceptó el decreto... ¡y no se ‘convidó’ a sí mismo para abolir el decreto ilegítimo que maniataba su poder!

28. Convidarse y combinarse:

la «deliberación» maniatada (2019-2021)

El vandalaje mestizo del siglo XIX sabía que, si se «convidaban» (unían) para hacer ‘algo’, la unión debía permanecer inalterable en las fases siguientes de «combinación» y «acción», de lo contrario, la factibilidad del «reparto» y la «dispersión» final sería nula... La ‘hermandad’ debía ser ‘unión permanente’.

La ciudadanía chilena, por el contrario, salvo su estallido del 18 de octubre (y otros de otra época), no ha tenido ‘facilitadores’ institucionales ni culturales, ni mucho menos ‘de partido’, para ser unitaria (irónicamente, la ‘unidad’ la han proclamado todas las constituciones ‘ilegítimas’ del país). Jamás ha sido un ‘rebaño’ unitario. Fue criada y educada («la letra con sangre entra») para vivir dividida en diversos ‘rebaños étnicos’ (pueblos), en polarizadas ‘clases sociales’, y en miles de ‘piños ideológicos’. ¿Cómo, entonces, la ‘protesta’ unitaria del 18 de octubre de 2019 podía proyectar unidad a la improvisada ‘combinación’ (deliberación) del año siguiente?

Al entrar fragmentada por la «gran alameda», la ciudadanía divisó, en la polvareda de su propio tropel, que «le salía gente al camino»... y no supo con certeza si la asaltaban o la apoyaban. Sólo un sector captó que sí, que era un «atracó en forma» perpetrado por ‘cuatreritos’ descolgados de los ‘cerros del Estado’... que sustrajeron, del bagaje de los ‘caminantes’, cronogramas políticos, GPS de ruta, y el bombo de la soberanía, dejándolos constituyentemente semidesnudos. Por eso la ciudadanía se encontró, después del 15 de noviembre, no unida marchando por la «gran alameda» de la deliberación, sino: a) fragmentada en un 80 % de ciudadanos «independientes»; b) deliberando en miles de «piños» improvisados; c) a tientas por los pasillos del Servicio Electoral; d) gobernada por un ‘piño’ neoliberal, y e) amenazada por un «estado de excepción».

El «hozar» de los topos cumple, con su ‘rezongar crítico’ (subterráneo, acumulativo y convergente), la función de corroer el fundamento socio-cultural del sistema de dominación y su ‘aglomeración unitaria’ («convite» en el espacio público) es, sólo, una ‘exhibición’ callejera de la ‘envergadura’ del poder cívico y de que hay ‘otra’ visión (legítima) del horizonte. Por eso, los ‘topos’ son sólo ‘profetas’: preparan el advenimiento de una nueva etapa histórica... pero no completan el proceso de cambio, a menos que, hasta el final del aquél, mantengan su unidad... deliberando, no sólo ‘murmurando’... impulsando un «poder en movimiento» (Sidney Tarrow)... Porque el éxito del poder ‘en sí’ (juntarse) y de su consiguiente «movimiento» (deliberación, acción) dependen de la unidad. Si hay acciones dispersas, sin ‘poder’ interno (sin «unidad»), sería ‘agitación’, no ‘movimiento’... Y sin movimiento real, no hay soberanía... Nunca.

El trabajo ‘constituyente’ se inicia sólo cuando la deliberación («combinación») de todo el pueblo reunido acomete una doble tarea: a) identificar con precisión histórica y anatómica la ubicación estructural de las funciones anti-sociales, y los bolsones de ética gangrenada que se deben «extirpar», y b) definir, con precisión científica, los fundamentos históricos, éticos y la factibilidad del ‘modelo’ que se propone a cambio, respecto a cada dimensión específica.

Magna tarea, sin duda, para la cual la ciudadanía no tiene memoria escrita. Por eso, necesita «combinarse» al más alto nivel posible. Como los «rotos», que resolvieron en terreno, «combinándose» entre sí, los problemas más complejos del tendido de ferrocarriles, superando al obrero europeo (Henry Meiggs)... como el pueblo mestizo que, «sin Dios ni Ley», ha tenido en jaque a la oligarquía mercantil durante cuatro siglos. O los trabajadores que inutilizaron el paro patronal de octubre de 1972, practicando el «control obrero de la producción»... misma razón por la que Luis Emilio Recabarren planteó que era posible «desarrollar la inteligencia popular» para gobernar.

El problema ‘estratégico’ a resolver hoy es el deterioro que trae la hermandad

ciudadana, su unidad, Pues ha sido descuartizada: a) por la endogamia ideológica de los partidos políticos (1921-2015), que inyectó en sus militantes la ambición individualista del ‘liderazgo de piños’, la ‘campaña electoral’ y, sobre todo, la ‘carrera política’, y b) por la impregnación del modelo neoliberal individualista en todos los poros de la sociedad (praxis política, tipo de consumo, educación por competencia, universidad internacionalista, etc.). Entre 1980 y 1990, bajo tiranía, el ‘pueblo’ reconstruyó el «tejido social». Hoy, el pueblo-ciudadano necesita reconstituir el tejido ético-solidario, la comunidad local y la federación intercomunal.

La soberanía unitaria sólo existe, como posibilidad histórica, en la comuna. Es la única base sólida para su proyección sobre el Estado ‘nacional’.

**EL PROCESO DE CAMBIO ESTRUCTURAL DEL PAÍS NO SE COMPLETARÁ
A MENOS QUE, HASTA EL FINAL, SE MANTENGA LA UNIDAD.**

**APARECEN LOS CONVIDADOS DE
PIEDRA EN LA CELEBRACIÓN,
PONENDO EN RIESGO
ESA NECESARIA UNIDAD**



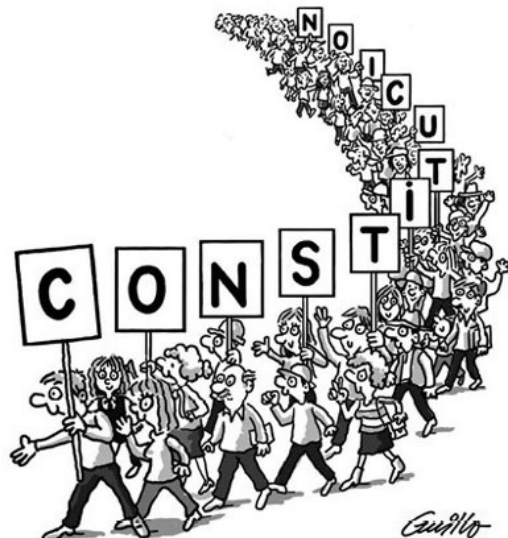
Carrillo

**DISPERSOS Y SIN UNIDAD NO SE CONSTRUYE MOVIMIENTO, Y
SIN MOVIMIENTO REAL Y UNITARIO, NO HAY SOBERANÍA. NO HAY NADA.**



Carrillo

PARA ELLO SE REQUIERE DESARROLLAR UNA INTELIGENCIA POPULAR.



Carrillo

**ENTRE 1980 Y 1990, EL PUEBLO RECONSTRUYÓ EL TEJIDO SOCIAL.
HOY, EL PUEBLO-CIUDADANO NECESITA RECONSTRUIR EL TEJIDO
ÉTICO-CIUDADANO.**

29. Memoria social y deliberación:

los problemas históricos no-resueltos

Los políticos ‘profesionales’ creen que, para ‘conducir’ a un pueblo colonizado en su tormentosa navegación histórica, basta la sapiencia política parlamentaria... es decir: el arte de extraer ‘leyes’ nuevas de ‘constituciones’ viejas... arte que encierra, según se ve, el Derecho dentro de sí mismo... en órbita ‘separada’ del planeta histórico. Por eso, el ‘sistema’, al volverse hacia adentro, desecha la ‘traslación’, para quedarse sólo con la ‘rotación’, protegiendo la estructura ‘interior’ del Estado, imantando el proceso político hacia un norte fijo, claveteado, maniático, y congelando la ‘brújula libre’ de la historicidad popular.

La vida histórico-social contiene, sin embargo, debajo del aparato estatal institucionalizado, un parlamento íntimo, libre... compuesto de una ancha «memoria colectiva», y miles (millones) de «corrillos dialogantes»: grupos familiares, pandillas de barrio, compañeros de colegio, redes de raperos, sedes sindicales, sedes de partido, y tertulias de salón, cantina, cafetería, club o restorán, etc. Allí, en esa intimidad cálida, los recuerdos afloran a borbotones, hirviendo, salpicando negaciones y afirmaciones en toda dirección, inyectadas de frustración, rabia, reflexión, alegría, o de cada utopía de cada dialogante. Y así nacen las ideas, los juicios, las críticas y las propuestas que, tramadas en diálogo libre, estructuran la ‘conciencia social’. Si el Derecho funciona extrayendo lo nuevo de lo viejo (círculo inmóvil), la Soberanía extrae su accionar nuevo, vivamente, de su memoria ‘dialogante’.

Por eso, el día menos pensado, se confrontan, cara a cara, de un lado, la autoridad inmóvil del Derecho, y de otro, el «poder en movimiento» (Sidney Tarrow) de la Soberanía... El Derecho no ‘navega’: es ancla. La Soberanía, sí: es historicidad... El Derecho no ‘piensa’: manda... La Soberanía ‘es’ la reflexión

colectiva que rige «la construcción social de la realidad» (P. Berger & T. Luckman).

EN LA HISTORIA DE LOS PUEBLOS, EL DÍA MENOS PENSADO SE CONFRONTAN, DE UN LADO, LA ESFERA INMÓVIL DEL SISTEMA Y DEL DERECHO ESTABLECIDO, Y DEL OTRO LADO, EL PODER EN MOVIMIENTO DE LA SOBERANÍA.



EN CHILE, LA "MEMORIA SOCIAL" TRANSPORTA UNA CARGA DE PROBLEMAS HISTÓRICOS NO RESUELTOS, DE DISTINTAS ÉPOCAS. ESTOS PROBLEMAS HISTÓRICOS IMPIDEN Y ANULAN LOS ESFUERZOS DE INTEGRACIÓN Y DESARROLLO DE LA SOCIEDAD.

EL 18 DE OCTUBRE DE 2019 APARECIERON ANTE TODOS, LOS PROBLEMAS QUE TENÍA ACUMULADOS EL PUEBLO: LA ILEGITIMIDAD DE LAS CONSTITUCIONES DE 1980... DE 1925... DE 1833. EL DESCONTENTO CIUDADANO SE DERRAMÓ SOBRE TODAS LAS CIUDADES DEL PAÍS.



Y la inteligencia dialógica, en un momento dado, constata que, en la ‘memoria de todos’, se revuelca una ‘carga trituradora’ (la «Roca de Sísifo») compuesta de problemas históricos no-resueltos... que es insoportable cargarla, e imposible, empujándola, subirla al horizonte superior, ideal, de la vida. Y que es imperativo, por tanto, arrojarla del camino.

En Chile, la ‘memoria social’ carga problemas históricos no-resueltos de ‘todas’ las épocas, que han triturado todos y cada uno de los esfuerzos de integración y desarrollo de la sociedad, tanto, como para pensar que la ‘deliberación re-constituyente’ de un pueblo sólo puede iniciarse cuando se tiene ‘identificados’ todos y cada uno de esos problemas... pues sólo ese ‘conocimiento’ hará posible descascarar y pulverizar la Roca que frena su marcha hacia la cumbre. Se necesita, pues, construir una carta histórica general de sus componentes para posibilitar su eliminación y orientar la deliberación constituyente. Un primer esbozo de esa ‘carta’ mostraría:

1) Problemas que se arrastran del período colonial, premoderno (siglos XVI a XVIII): a) el ‘despojo’ del territorio mapuche; b) la ‘marginalidad del pueblo mestizo’ («vandalaje»); c) el sistema laboral de «conchabamientos»; d) la obsesión oligárquica de que sólo las potencias imperiales, y sólo ellas, constituyen el ‘modelo supremo’ de la identidad nacional.

2) Problemas que se arrastran del período moderno (siglos XIX y XX): a) la ‘ausencia de un sector industrial desarrollado’ (tres movimientos de industrialización han sido abortados); b) el ‘centralismo hegemónico’ de Santiago; c) la hemorrágica ‘apertura librecambista’ a las grandes potencias; d) la ‘imposición ilegítima’ de Constituciones Políticas y Códigos del Trabajo; e) el ‘imperativo oligárquico’ que obliga al Ejército a obedecer Constituciones ilegítimas y a no-deliberar como ciudadano; f) la aplicación de modelos ideológicos y educativos ‘importados’ (desechando la capacidad creativa y deliberativa de la población), y g) la ‘usurpación de la soberanía popular’ por las élites políticas y económicas.

3) Problemas derivados del presente postmoderno o neoliberal (siglo XXI) a): el 'sistema de trabajo ultraprecarizado' (neoconchabamientos); b) los 'créditos de consumo' (ilusión de desarrollo y plusvalía mercantil); c) la 'privatización del fondo previsional' de trabajadores, para suplir el déficit de acumulación capitalista neoliberal; d) la 'internacionalización del quehacer universitario' (que deja al pueblo constituyente sin 'ciencia local'); e) la 'mercantilización' de la salud, la educación, la cultura-objeto; f) la 'magnificación del individualismo competitivo' (deterioro de la hermandad); y g) la 'privatización de la naturaleza' (agua, ríos, glaciales, bosques).

No será fácil descascarar toda la «Roca de Sísifo». Tampoco será fácil construir 'soluciones alternativas' para cada componente, y más aun 'cambiar' todo lo que hay que cambiar. Sólo el autodesarrollo de la «inteligencia popular» (Luis E. Recabarren) puede asegurar un avance progresivo.

30. El proceso constituyente 2019-2021:

¿cuál y cuánta soberanía?

En el siglo XIX, desde 1810 hasta 1891, primero «los pueblos» (cabildos), después regiones y grupos de ciudadanos y, finalmente, personajes relevantes (José Manuel Balmaceda) lucharon para resolver los problemas de Chile a través de una Asamblea Constituyente netamente ciudadana. Sin embargo, sus seis intentos sistemáticos fueron aplastados a sangre y fuego por el Ejército ‘oligárquico’ de entonces. El intento similar realizado por ‘actores sociales’ y oficiales del Ejército entre 1907 y 1925, fue a su vez alevosamente traicionado por la clase política civil (jefe: Arturo Alessandri Palma) y el jefe de la clase política militar (Carlos Ibáñez del Campo).

Tras un siglo completo, pues, de frustraciones en ese sentido, el pueblo-ciudadano, entre 1936 y 2001, perdió la memoria política de su soberanía. Y siendo ahora ‘masa en la calle’, habilitada sólo para «pedir, votar y protestar», dejó de «combinarse» (deliberar) para manejar por sí mismo el poder constituyente. A cambio, cuando la inmigración mestiza se convirtió en «montonera urbana», la capital se encontró, a la vuelta de la esquina, con las legendarias «malocas vandálicas». Ante esa fantasmal aparición, la clase política civil, más atemorizada que inteligente, la asumió como un fatal, inexplicable, pero temible «estallido social», atribuible al vandalismo endémico del «bajo pueblo». Y blandió contra él la Ley de Seguridad Interior del Estado. Y, según mandaba esa ley... convocó, puntualmente, al Ejército.

El estallido ‘típico’ –según esos recuentos oficiales– fue el que, por sorpresa, asoló la capital desde diciembre de 1956 a abril de 1957, que culminó con el saqueo del centro comercial por frenéticos grupos de «callamperos» (pobladores), y el Ejército disparando en las calles (se devaluó la importancia histórica de ese estallido al bautizarlo como «la revolución de la chaucha»). Un

estallido de mayor significado –pero no «sensacionalista»– fue el que se inició en octubre de 1972 y terminó en septiembre de 1973: la «toma simultánea» de fábricas, sitios, fundos y universidades por parte del «poder popular». Y entre 1983 y 1987 hubo veintidós sorprendentes «estallidos populares» –plena tiranía militar–, sobre todo en las poblaciones de la capital, dirigidos, explícitamente, contra esa tiranía.

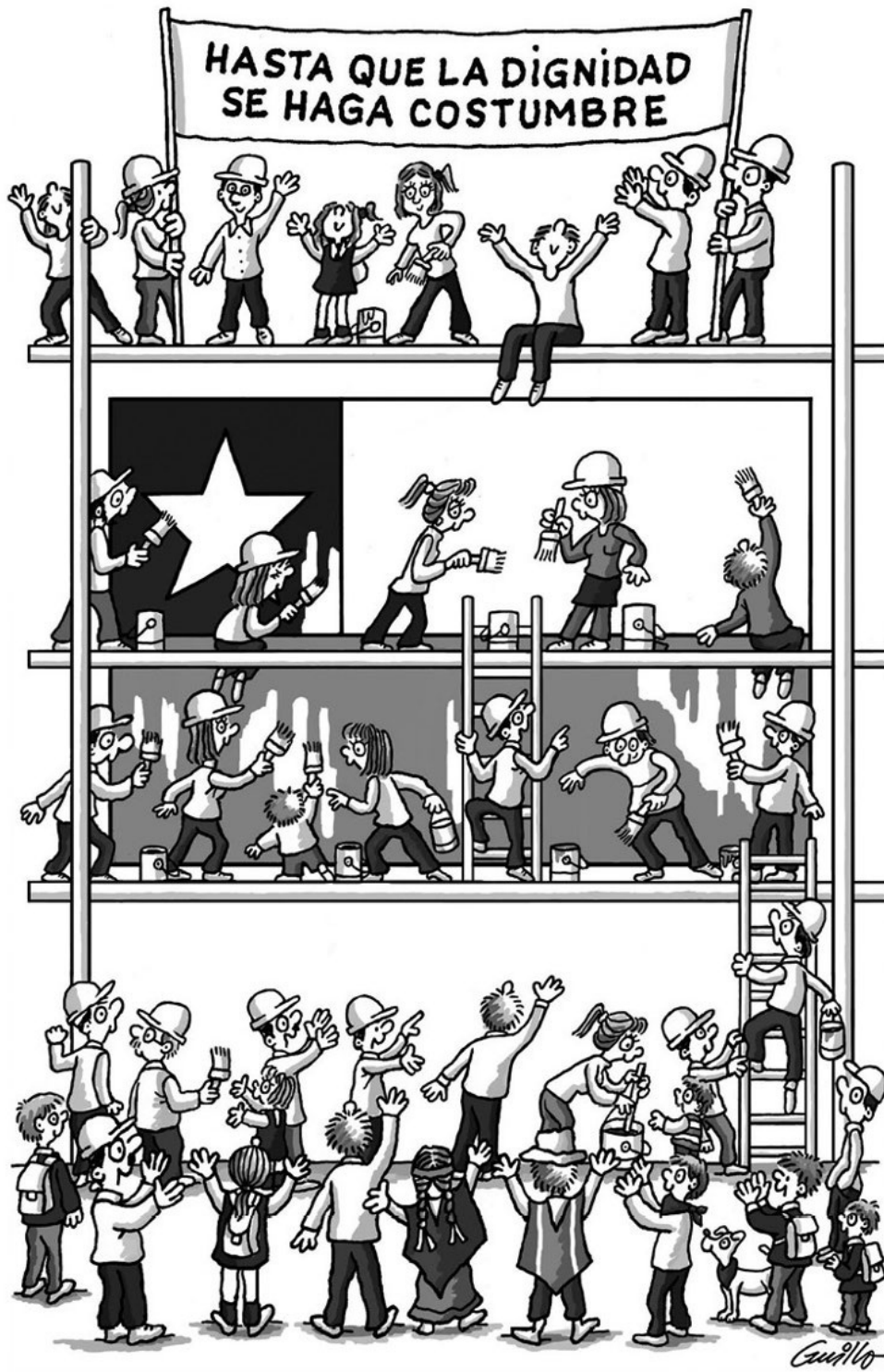
Todos esos ‘estallidos’ –exceptuando, en parte, el de 1972-1973– tuvieron en común que fueron regidos por la lógica improvisada del pueblo mestizo: convite, combinación, acción (en terreno), dispersión. Fueron reacciones desesperadas («reventones») ante la opresión inaguantable ejercida por la «Roca de Sísifo» (problemas históricos no resueltos), para reponer, al menos, la «dignidad humana» y resolver, en lo inmediato, el problema de la subsistencia.

En cambio, en los «estallidos sociales» de 2001, 2006, 2011, 2013 y 2019, por encima de la lógica improvisada del ‘mestizaje’, apareció, cada vez más ‘visible’, la lógica social de la soberanía popular («¡la asamblea manda!»). El hozar del «viejo topo» ha logrado, pues, en sesenta años, reajustar su lógica de acción histórica, y ha restaurado la lógica de acción soberana esgrimida a lo largo siglo XIX.

Por eso, su problema de hoy es: ¿cómo combinar la lógica del «estallido» (mestiza) con la lógica de la «soberanía» (ciudadana)? ¿Cuál de ellas debe tener «primacía»? ¿Y cómo, en qué proporción, bajo qué criterio, y cuándo administrar cada una?... Es claro que el poder del «estallido» (mestizo) es importante y, aun, decisivo, pero también es claro que el poder de la «soberanía» (deliberación, acción, constitución) es el que debe primar en la etapa final del proceso. Podría decirse, como hipótesis, que el poder del «estallido» (mestizo) proporciona 1/3 de la soberanía necesaria para desencadenar un proceso constituyente, y que el poder deliberante y constituyente de la «soberanía» (ciudadana) debe proporcionar los 2/3 restantes.

Podría decirse, además, que, entre octubre de 2019 y marzo de 2020, el poder mestizo del estallido cumplió su tarea inicial... y que el poder deliberante de la soberanía está hoy frenado a medio camino por las astutas maniobras ‘parlamentarias’ de sus «enemigos de siempre». Es que, lo mucho que el pueblo-ciudadano aprendió de ‘soberanía’ constituyente en el siglo XIX está borronado, en su conciencia, por los envolventes decretos de la «memoria oficial». Y porque, además, las ciencias sociales no han colaborado ‘esencialmente’ con el pueblo. Todo indica que la tarea de reconstruir –a toda prisa– los 2/3 del poder soberano faltantes recae, de lleno, sobre la «inteligencia popular» (Luis Emilio Recabarren) y sobre la inagotable capacidad «combinatoria» que demostró el «roto alzado» a lo largo del siglo XIX chileno.

Santiago, Enero-Junio de 2021



Entrevista a Jorge Hernández Presidente del SINTEC

I. La vocación

El tema de la organización de los trabajadores y la formación de sindicatos es una idea que tengo desde los 13 o 14 años, más o menos. Durante toda mi educación secundaria tuve la intención de, a mi salida, dedicarme a la organización sindical. Toda mi formación personal estuvo orientada a aprender cómo organizar a los trabajadores. Entré a un liceo industrial para aprender un oficio que, en el caso, fue electricidad.

Ese ‘aprendizaje’ fue obviamente guiado por las discusiones que teníamos con otros compañeros, la mayoría de mi misma generación, pero adolescentes. Esas discusiones nos llevaron a pensar que la clave de todo era la organización de los trabajadores ... pero no desde y para un partido político... yo jamás he tenido militancia en términos de partido. Mi papá, menos. Los papás de mis amigos tampoco. Siendo adolescentes, y con ideas de izquierda, decidimos que la clave de todo era organizar a los trabajadores.

Cuento corto: entré a estudiar en la Universidad, y en el afán de prepararme, me inscribí en Trabajo Social. Allí estuve un año y medio. Pero, estudiando allí, se me dio la posibilidad de trabajar en la construcción. Estaba en una reunión cuando alguien me dijo: «Oye, ¿sabís?, hay pega en la construcción». Yo dije: «Esto es lo mío», y me fui a trabajar y no volví más a estudiar. Y cuando estaba ya trabajando, me dije: «Voy a buscar algún sindicato de los trabajadores de la construcción», y así llegué a la FETRACOMA (Federación de Trabajadores de la Construcción). Ahí empecé a participar, a militar en cierta medida, pero el problema era que no había ningún sindicato de los obreros mismos de la construcción. Lo que había eran sindicatos de empresa y sindicatos provinciales,

como los de Aysén, Valdivia y San Felipe. Empecé entonces a participar en la Federación, una suerte de militancia activista, obrera, pero no podía yo, allí, hacer ninguna acción propiamente sindical. Sin embargo, estando en la Federación, pude tener una aproximación real al mundo sindical, pues se daban discusiones concretas sobre la «negociación por rama», por ejemplo, o sobre la importancia de la democracia interna en las organizaciones sindicales de base. Y también sobre la independencia del sindicalismo respecto a los partidos políticos.

Mi impulso interior, repito, era formar un sindicato de trabajadores (no de empresa y no dependiente de partido político). Tuve una primera discusión con los compañeros de la Federación, porque allí los compañeros tendían a formar sindicatos de empresa, alegando que los sindicatos de empresa negociaban colectivamente. Por eso desconfiaban de los sindicatos interempresas y de los sindicatos transitorios. Para nosotros, siempre fue claro que para desarrollar un proyecto sindical propiamente obrero, que perdurara en el tiempo, era necesario que se dieran ciertas condiciones legales mínimas. Una de ellas era tener más de tres contratos en una empresa. O que la empresa no te renovara el contrato de inmediato, porque si no te lo renuevan durante cinco días, tu contrato se transformaba en indefinido. Y si tú firmabas tres contratos consecutivos... tenías la posibilidad de discutir judicialmente que era un contrato indefinido... pues si era indefinido tú podías hacer valer el fuero sindical. Se sabe que en los contratos por obra es muy difícil hacer valer el fuero. Por eso, en ese tiempo, tenías que usar esa ‘fórmula’ para poder formar sindicatos estables frente a las empresas constructoras. Pero siempre, claro, dentro del ámbito de la empresa.

Ahí yo vi que era poco útil armar sindicatos ‘por’ empresa, pues muchos trabajadores que tenían ese tipo de sindicato no podía actuar desde fuera de los márgenes de la empresa. Era mi caso, como el de muchos otros compañeros. Y yo trabajaba, además, en una empresa muy pequeña, que tenía entonces como cien trabajadores: la Constructora Altayo Hermanos Ltda. Y en un momento dado, se dio la situación de que no me renovaron contrato. La empresa se dio cuenta de la irregularidad, y me plantearon firmar un contrato de renovación a plazo fijo. Entonces me dije: «Este es el momento que he esperado toda la vida, o lo hago ahora, o no lo hago nunca»... Entonces no firmé el nuevo contrato. Yo

sabía que tenía diez días para constituir el nuevo sindicato. Si lograba constituir el nuevo sindicato dentro de esos diez días, iba a poder seguir mi actividad como dirigente, o si no, iba a morir en el intento. Así que me aventuré; le dije a la empresa que no iba a firmar el nuevo contrato. Me despidieron de forma verbal, y me fui a la Inspección del Trabajo a poner la denuncia, porque yo ya estaba constituyendo un sindicato y por eso me habían desvinculado. Si bien la causa del despido no obedecía a temas sindicales, era un tema que ya se venía conversando entre los compañeros de la obra. En la Federación había experiencia de cómo constituir sindicatos, cuando aun ya te hubieran despedido. Eso tenía mucho de astucia obrera frente a un empresariado antisindical. La tarea de organizar a «los viejos de la construcción» exigía utilizar muchas fórmulas y escoger la más astuta con tal de asegurar el éxito en la operación, pues veníamos de un proceso de descomposición tremendo en el gremio de la construcción.

II. Problemas y dificultades

Trabajé, antes de la constitución del sindicato, en varias obras y me preocupé de analizar cómo pensaba el trabajador «de edificación», porque los que había en la Federación eran de planta. Todas las empresas constructoras tienen trabajadores de planta que hacen, sobre todo, mantención de equipos (la mayoría de estos talleres está la zona norte de Santiago, sobre todo en Quilicura). La Federación había comenzado a organizar a ese tipo de trabajadores, estimando que era un personal más estable y técnico. Por la misma razón, extendieron ese tipo de organización a los trabajadores de maquinaria pesada, principalmente de obras viales.

El sector que me parecía importante organizar era el del trabajador constructor de edificios habitacionales y edificios públicos, que es donde está «el viejo» más característico de la construcción. Era un sector muy abandonado, que sufría muchos abusos en el tipo de contrato, en la hiperflexibilidad laboral, en los accidentes de todo tipo. Se había producido, sobre todo entre 2006 y 2007, una seguidilla de accidentes del trabajo, alcanzando en ese bienio un record de accidentes. En uno de ellos hubo once compañeros accidentados, tres de los

cuales murieron. Eso ocurrió en las obras de Lyon con Providencia, lo que tornó aun más necesario organizar a ese sector de los trabajadores.

«Los viejos» de verdad sentían esa necesidad, pero tenían mucha desconfianza respecto a la actividad sindical. Al principio, y según el relato de los mismos trabajadores, cuando se planteaba el tema de organizarse, «los viejos» recordaban la represión y el asesinato de compañeros durante la dictadura militar: «Oye, nosotros estábamos organizados y a nuestro delegado lo mataron, o está desaparecido». Y después de los noventa (o sea, después de la «transición a la democracia»), cuando se logró reponer el tema del sindicato de la construcción, la percepción de los viejos era que los sindicatos se vendían al sistema. Había desconfianza.

En ese tiempo (1990-2005, más o menos) no existían tantas obras simultáneas de construcción como ahora. Teníamos sólo tres o cuatro obras emblemáticas que concentraban a gran parte de los trabajadores. Y se utilizaban las listas negras, para excluir a los trabajadores que tenían una identidad política ‘peligrosa’. Muchos de los viejos enlistados en esa época tuvieron gran dificultad después para encontrar trabajo. Fue una de las fórmulas que usó el empresariado para estorbar la reorganización de los trabajadores, sobre todo en la construcción. Pero aun así algunos «viejos» nos decían: «Ustedes vendieron a esos compañeros». Yo les decía: «No me puedo hacer cargo de eso; yo soy nuevo en este mundo y quiero luchar con ideas nuevas».

III. El comienzo del SINTEC

Con todos esos antecedentes, yo ya tenía una idea –todavía vaga– de cómo actuar, pero no teníamos la experiencia real de cómo llevar adelante nuestros planes. Yo estuve trabajando casi un año en la construcción antes de constituir un sindicato, período en que me propuse conocer a fondo la realidad de los trabajadores. De este aprendizaje, y de mi experiencia en FETRACOMA, se fue

forjando esta herramienta que es el SINTEC. En un comienzo todo fue cuesta arriba, ya que los dirigentes de la Federación no estaban de acuerdo en constituir este sindicato. Una vez que se formó, el primer cuestionamiento fue que yo había hecho «paralelismo», porque había armado un sindicato nacional de trabajadores, no uno de empresa, ni regional, ni federado. Otros lo criticaron porque, según ellos, era un sindicato que no podía negociar en la concreta. Me decían que yo estaba alucinando, que estaba armando castillos en el aire, algo que parecía grande cuando no tenía nada.

Yo tenía una empresa ancla en la que estaba trabajando. Desde allí salí a pegar propaganda en distintas obras para motivar a otros compañeros y convencerlos de la necesidad de crear un sindicato nacional de trabajadores de la construcción. En este proceso muchos compañeros y compañeras cercanas a la federación colaboraron pegando papelógrafos y repartiendo volantes.

Finalmente, alcanzamos el quórum de 25 socios (que fueron 31 al momento de la constitución), casi todos de Santiago Centro. Se formó entonces una directiva transitoria, a la espera de que llegaran más compañeros. Después empezamos a hacer la cosa clásica: repartir más propaganda, entusiasmar a más «viejos». Y nos fue bien: en la empresa donde yo trabajaba logramos negociar colectivamente, obteniendo que se reconocieran los años de servicio a los trabajadores. Fue un gol de media cancha que le metimos a esa empresa, pues logramos varias conquistas. Pero había que salir a buscar aun más gente. No había mucha militancia, porque prácticamente la militancia era yo y la gente que tenía ganas de apoyar. Pero al corto plazo llegaron otros compañeros que tenían las mismas inquietudes y con procesos personales similares al mío (desde la adolescencia), y con mucha afinidad con lo que se hacía, tanto en SINTEC como en FETRACOMA. Nos fue pésimo en el trabajo con varias obras, pero comenzamos a acumular experiencia. Ahí empezaron a sumarse algunos compañeros, de los que hoy son dirigentes del sindicato: Sebastián Cubillos, Cristian Vivar y Hernán González, entre otros. Ellos fueron los primeros delegados de las bases.

Al principio, como se dijo, nos fue mal. Sacamos un delegado en una obra, pero lo echaron. Fue difícil establecer delegados en las diferentes obras y empresas. Así anduvimos en varios edificios, perdiendo más bien que ganando. Discutimos el problema, y decidimos irnos a obras públicas. Por un lado, la Federación tenía hartos trabajos institucionales, habíamos estado discutiendo la ley de subcontratación en lo que respecta a condiciones de salud y seguridad, en relación a la cual se había formado una mesa tripartita (era la época de las «mesas de diálogo») para el sector de la construcción. Nosotros nos hicimos parte de esas iniciativas y planteamos la necesidad de abrir el diálogo social en relación al trabajo de la construcción y a los sindicatos de las obras públicas.

En ese contexto, hicimos varias denuncias al Ministerio de OOPP y al MINVU, porque en muchas obras no tenían instalaciones de faena, había malversación de fondos fiscales, etc. Llegamos hasta la Contraloría. Ahí el MOP nos empezó a tomar en cuenta. Al mismo tiempo, cuando el gobierno ratificó uno de los convenios con la OIT –que tiene que ver con la libertad sindical– se promulgó la ley de prácticas antisindicales. Si una empresa que prestaba servicio para el Estado cometía prácticas antisindicales, quedaba dos años imposibilitada de licitar en obras públicas. Para nosotros, los de la Construcción, fue una herramienta útil, porque, si bien es cierto el empleador no estaba obligado a negociar con nosotros, nosotros entendíamos que no-negociar era precisamente una práctica antisindical. Entonces empezamos a jugar con esa figura. Así, cuando la empresa que enganchó trabajadores para la construcción de la ruta Choshuenco-Rucatreba optó por despedirlos, hicimos una denuncia por práctica antisindical. Como sindicato, negociamos con la empresa. De ahí resultó una indemnización para los trabajadores. Fue una pelea de casi dos años. Los trabajadores ya la daban por perdida cuando llegamos nosotros a repartirles la plata a los compañeros que habían estado en esa lucha.

De ese modo, nuestro sindicato fue acumulando pequeñas grandes conquistas, pero también victorias morales (que también son importantes, pues van generando mística dentro de la organización).

Después de toda esa sucesión de derrotas y victorias, ingresé a trabajar en la obra de reconstrucción del GAM (Centro Cultural Gabriela Mistral), mientras otros compañeros lo hacían en las obras del Colector Mapocho Urbano Limpio. En ambas obras logramos que los trabajadores se organizaran. Para nosotros fue importante, porque el GAM (que antes fue la UNCTAD) tenía toda una mística, ya que allí Salvador Allende firmó el Convenio Nacional con los obreros de la construcción, por el cual se les pidió a los obreros que construyeran la obra en menos de un año. Lo que se logró. Para nosotros esa obra es emblemática, no sólo por Allende, sino porque allí los obreros de la construcción realizaron una verdadera hazaña en su lucha contra el tiempo. Es, sin duda, un edificio muy simbólico. Con la empresa que operaba el Colector Mapocho Limpio (OAS), si bien es cierto no logramos negociar colectivamente como queríamos, sí logramos, a cambio, instalar la organización sindical que queríamos, la misma que hizo sentir su presencia en la construcción del Hospital de Rancagua por el mismo grupo empresarial.

IV. Buscando el ‘empoderamiento’.

De ahí en adelante nada de lo que nosotros hemos hecho ha sido azaroso. Todo tiene un grado de planificación y deliberación. Y decidimos, por ejemplo, irnos a una obra emblemática, pública, para poder desde ahí organizar y tener mayor visibilidad, impacto mediático, pues teníamos que realizar acciones de mayor importancia. Mejoramos además nuestra organización interna, sobre todo las finanzas sindicales. Se suele criticar que los sindicatos andan siempre preocupados de cobrar las cuotas, sin preocuparse a cambio por la forma en que se utilizan. Nosotros, para limpiar esa imagen, destinamos parte de lo recaudado en las cuotas para mejorar el bienestar personal de los trabajadores, aparte de los beneficios del convenio colectivo.

Después del GAM, nos fuimos a organizar a los trabajadores de los hospitales que se estaban construyendo. En este frente, me atrevo a decir que el primer conflicto laboral que enfrentó el primer gobierno de Piñera lo generamos nosotros, en las obras del Hospital de Rancagua. Apenas asumió Piñera, vino el

terremoto, y a las dos semanas –más o menos– nos fuimos a huelga. Ocupamos como argumento el tema de la seguridad de los trabajos que se realizaban, porque, efectivamente, había muy malas condiciones. Fue una gran moviflización y nuestra primera gran victoria.

Otra negociación importante fue la que tuvimos en Altayo. Ya teníamos experiencia en el tema de la salud y en la seguridad de las condiciones de trabajo. Por eso empezamos a negociar con el Gobierno, con la Subsecretaría del Trabajo, con la Cámara Chilena de la Construcción, etc. En esa área de problemas nos fuimos convirtiendo, como sindicato, en ‘expertos’.

La primera misión nuestra cuando llegábamos a una obra era detectar las falencias que tenían en salud y seguridad. Según el diagnóstico que hacíamos, una obra podía paralizarse o no. En el caso del GAM, por ejemplo, las condiciones eran tales, que anunciamos que había que parar. Llevé el informe correspondiente al director del Trabajo. Sabíamos que para que se formara la Mesa Tripartita estaba la condición de que el convenio debía firmarse en esa ‘obra’. Y por eso me tocó firmarlo a mí. Entonces anuncié que no lo firmaría si es que la empresa no iba a negociar con nuestro sindicato. Hubo presiones del Ministerio del Trabajo y del de Obras Públicas. Entonces llevé el informe al director del Trabajo de la Región Metropolitana, y le dije: «Sabe, esta obra, por sus condiciones de seguridad, va a tener que paralizar. Le propongo que ustedes hagan una mediación con la empresa, y si la empresa se allana a negociar con nosotros, buscaremos los mecanismos para subsanar los problemas de seguridad». Después de eso, el director del Trabajo le puso la soga al cuello a la empresa, y le dijo que tendrían que negociar con la dirigencia del sindicato de trabajadores. Nuestra decisión era que debíamos actuar firmemente para recobrar la confianza de los trabajadores en la organización sindical.

Por otro lado, los viejos estaban con mucho miedo, porque ya la empresa estaba con el tema de que los iba a despedir. Al que se sindicalizaba, lo amenazaban con las penas del infierno. Pero logramos la negociación, llegamos a un acuerdo y, obviamente, «los viejos» quedaron muy contentos. Eso mismo empezó a

comentarse entre los trabajadores del gremio.

Por eso, después, cuando hicimos las negociaciones en Rancagua, los viejos actuaron empoderados. Ya tenían confianza y seguridad en sí mismos. Sabían que nadie les iba a solucionar los problemas, salvo ellos mismos, a través de la planificación, la participación directa y responsable de cada uno en la movilización respectiva. Así lo han sentido «los viejos» y así aprendimos a pelear. Este giro hacia la seguridad se dio, aproximadamente, hacia 2010.

V. El contexto histórico-cultural

Durante todo el tiempo en que SINTEC se estuvo formando, nuestro trabajo sindical fue, mayoritariamente, hacia adentro, hacia nosotros mismos, hacia la organización que estábamos formando. Tienes que tomar en cuenta que estábamos trabajando durante el largo y oscuro «proceso de transición» (de la dictadura a la «democracia»). Todo lo hacíamos a tientas, entre nosotros y para nosotros mismos. Sólo nos hemos sentido invadidos y desbordados por «el pueblo» mismo, históricamente hablando, después de movimiento del 18 de octubre. Fue este movimiento el que nos hizo mirar hacia afuera de nosotros, a comprometernos en algo que iba más allá de ‘lo sindical’. Tú tienes que pensar que en ese tiempo, sobre todo durante el primer gobierno de Piñera, las organizaciones sociales tuvimos un repliegue profundo. Había miedo de que la derecha, de nuevo en el poder, hiciera lo que hizo Pinochet. Por eso fue emblemático que el 21 de mayo del primer año de ese gobierno, en Valparaíso, no fue casi nadie a la conmemoración... Fueron, a los más, doscientas personas.

Por eso, en ese contexto, la movilización que hicimos en Rancagua bajo el gobierno de Piñera tuvo un carácter excepcional, rupturista. Incluso nos llamaron desde La Moneda. Querían saber cuál era la causa exacta del conflicto y cómo podían ayudar ellos, como gobierno, a solucionarlo... Yo les dije: «Miren, para ustedes es más fácil que para nosotros: usted sale de La Moneda, camina hacia la

izquierda, de ahí dobla de nuevo para la izquierda y va allegar a la esquina donde está el edificio de la Intendencia; entra, busca al intendente –era Fernando Echeverría– que es, a la vez, dueño de la empresa con la que estamos en conflicto, y con él soluciona todo, rápidamente».

Efectivamente hubo entonces participación de las autoridades metropolitanas, que se vieron muy presionadas por el conflicto. Este era un gobierno nuevo, inexperto. La Concertación sabía manejar estos problemas. Sabía quién pesaba y quién no pesaba, aunque siempre les daba mayor protagonismo a los dirigentes de los partidos políticos. Por eso era muy difícil para quienes, como nosotros, no pertenecíamos a ningún partido político ni negociábamos con ellos. En ese tiempo, la Concertación, además, estaba muy «achanchada», sin presencia en el Gobierno y sin contacto activo con la CUT. Por algo el movimiento obrero estaba como estaba. Lo cierto es que, pese a la ‘restauración de la democracia’, ese movimiento vivía una franca caída.

Hoy día tenemos una buena relación con las otras organizaciones sindicales. Se nos mira de buena manera porque hemos llevado adelante varias luchas; estamos siempre haciendo cosas en pro de los trabajadores, en pro de su formación político-sindical, tanto de nuestros dirigentes, delegados y de nuestros militantes de base. Y también porque somos compañeros y compañeras jóvenes, innovadores, si es que se le puede llamar innovación al objetivo nuestro de liberar y desarrollar la política que el movimiento obrero debiera tener, por y para sí mismo, hoy.

Nuestro sindicato, hoy, tiene perfiles de todas las edades, y la dirigencia ha sido y es joven: promedio 30 años. Y cuando SINTEC nació, teníamos todos 20. Por eso, tal vez, el sindicato ha sido un polo de atracción para compañeros que tienen conciencia ‘de clase’, que se interesan por trabajar en la construcción o vincularse a su movimiento. Porque varios compañeros eran de otros rubros y dijeron: hagamos una apuesta, y se vinieron a la construcción y se quedaron acá toda la vida. Entonces tenemos homogeneidad, pero también diversidad, pero la lucha político-sindical (la cosa es con guitarra en la mano) nos une. La realidad

concreta, para casi todos nosotros, es la misma. Cuando partí con la idea del sindicato, yo miraba todo con romanticismo: que el ‘poder’ de los trabajadores, la ‘democracia de base’... y resulta que cuando organizaba las primeras asambleas no hablaba nadie. Silencio... Era re complicado.

Lo mismo ocurría cuando éramos adolescentes: queríamos organizar a nuestros pares, y no había educación ni formación en las personas con las que nos relacionábamos. A diferencia de la izquierda clásica y parlamentaria donde abundaba la clase media, allí, en nuestro vecindario, todos éramos pobres. Yo era pobre, mis pares eran pobres y todos éramos pobres; no teníamos acceso a educación, no teníamos libros, no existía internet, o sea: no teníamos nada. Éramos, con suerte, un grupo de jóvenes soñando con un mundo diferente. No había ningún intelectual que nos ayudara, nadie que pudiera dar algún atisbo de teoría o conocimientos. En ese contexto histórico nos formamos. Era difícil. Todo era difícil. Por eso, después de fracasar tantas veces en nuestros intentos iniciales, nos dijimos: «¿sabes? tendremos que ponernos a estudiar y auto-educarnos, si es que queremos actuar como queremos; porque estamos siendo educados para no actuar como queremos».

VI. La autoeducación

Entonces cuando partimos e hicimos las dos primeras asambleas del sindicato, nos dimos cuenta de que teníamos que hacer todo ese proceso de autoformación antes de querer tener una organización como la que queríamos tener. Y en eso hemos estado todo este tiempo, tratando de formar a los compañeros, de demostrarles que hay alternativas, de que esta forma de democracia –de transparentarnos unos a otros y luchar– trae resultados positivos. Yo creo que el 18 de octubre, en este sentido, fue un punto culminante, clave, porque allí demostramos que el entrenamiento que veníamos desarrollando daba frutos.

Tuve la suerte de conocer a un compañero anarco-sindicalista del Cuero y del

Calzado, que me dijo: «Nosotros, los anarco-sindicalistas, éramos los mejores dirigentes sindicales, porque estábamos comprometidos: íbamos para allá y para acá, llamábamos a los viejos a la huelga. Por eso nos encontraban los más capos... Pero nos mataron, nos exiliaron y los sindicatos murieron. Éramos una auténtica vanguardia». Pero la idea nuestra es no ser sólo un grupo de dirigentes buenos, sino que, además, los trabajadores y el gremio entero también se empoderen, a tal punto que los dirigentes seamos una herramienta y no una élite enquistada en los cargos.

Nosotros, en esa búsqueda por generar conciencia y empoderamiento, basados en un proceso interno de retroalimentación, buscamos la colaboración del profesor Gabriel Salazar, porque algunas de nuestras fórmulas de formación no estaban funcionando. Porque en estos tiempos es muy difícil generar conciencia de clase cuando la identidad social y la conciencia histórica están muy difuminadas: que soy del Colo, que soy de la U, que soy rapero, punki, hiphopero, etc. Hoy día el obrero es convocado desde muchos lados. No es como antes, cuando eras obrero puro y no otra cosa o varias cosas a la vez. En mi ciudad, La Unión, un papá trabajaba en IANSA, otro en la COLUN... y eran, derechamente, eso, y no diez cosas distintas. En estos tiempos las identidades son muchas, y por eso, en este siglo, el pueblo chileno ha carecido de esa identidad histórica, que es la que nos muestra el profesor cuando se refiere al «mestizaje». La mayoría de nosotros nos consideramos ‘chilenos’, pero como hijos o nietos de español, italiano, alemán... Todo el mundo trata de buscar a su abuelo europeo y no a su abuelo indígena. Hoy en día, recién ahora la gente se siente con la libertad de decir: soy mapuche, provengo de un pueblo originario.

Nosotros creíamos y creemos que para que haya una identidad verdadera de pueblo, o de clase, tiene que haber una identidad reconocida y reafirmada. Para nosotros, la identidad como ‘pueblo’ es la identidad mestiza, y es lo que trabaja mucho el profesor. Por eso llegamos a él, para poder profundizar en esa área, y poder decir: «Oye, realmente hay otra historia, que no es la de O’Higgins, Carrera, Prat, Portales, etc., sino la historia nuestra, la del mestizo, del campesino, del obrero, esa es la historia que tenemos y que debemos sentir y cultivar... hacia delante». Y por esta misma razón quisimos publicar este libro, precisamente para reforzar este aspecto de nuestra formación, porque,

lamentablemente, uno no puede estar haciendo escuelas así no más, y profesores como Salazar no van a existir toda la vida.

Lo otro es que nosotros hemos hecho muchas escuelas sindicales, pero, lamentablemente, la desconexión entre los compañeros que son intelectuales y el mundo común de los trabajadores es muy abismante. Los compañeros intelectuales, por más que se esfuercen en tratar de entregar conocimientos y alumbrar a los «des-alumbrados», no resulta... Yo creo que el profe Gabriel es una de las personas que mejor logran transmitir información para gente común y corriente como nosotros.

VII. La tercera etapa

Todo nuestro trabajo de formación, de lucha y organización, se tradujo en nuestro aporte al estallido social de octubre de 2019. Por supuesto, desde nuestra trinchera sindical. Cuando se organizó el comité que sacó la declaración que convocó al «paro nacional» (que reunió a todos los gremios), la reunión se realizó en nuestra sede. Fue un hito histórico. Allí llegaron la CUT, el Movimiento No + AFP, la Coordinadora de Sindicatos Mineros, la Confederación Bancaria, la ANEF, el Colegio de Profesores, la Coordinadora de Sindicatos del Comercio, La Unión Portuaria y, por cierto, el SINTEC. Y allí se vio cómo podíamos unirnos y cómo dar paso a la huelga general. Queríamos que el mundo sindical aportara de ese modo a la lucha que el pueblo había comenzado por medio de los estudiantes secundarios. Ese fue el primer hito. Allí nos pudimos reunir. Llegaron todos, tuvimos un diálogo a la altura de los acontecimientos, y logramos dar pasos de unidad.

Si bien es cierto que la huelga general tuvo un impacto importante el 14 de noviembre de 2019, muchos dirigentes no fueron capaces de movilizar a sus bases. Y la huelga no se pudo sostener en el tiempo ni hacer que trascendiera. La verdad cruda es que el movimiento sindical no estuvo a la altura de los

acontecimientos. Hubo muchos discursos, muchos comunicados, pero no movilización efectiva desde los centros de trabajo. En nuestro caso, creemos que hubo algún fruto del proceso que veníamos realizando, aunque, claramente, también fue insuficiente. Pero muchos «viejos», delegados y dirigentes quedaron convencidos de que había que jugársela por el pueblo, por todo el pueblo y no sólo por el sindicato... pues no se trataba de luchar por unas lucas más, sino por transformar la realidad del país.

También tenemos conciencia, aparte del tema anterior, de que debemos seguir desarrollando nuestros procesos de internos de organización y lucha. La situación actual exige ampliar nuestro horizonte organizativo. Es que dos años atrás estábamos viendo el fenómeno de que las empresas constructoras, de acuerdo al modelo de negocios imperante en España, estaban fusionando el sindicato de Construcción y el de Servicios, y hoy existe el Sindicato de la Construcción y de Servicios. O sea: integraron el sindicato de la Construcción al que ellos denominan de facilites, o de Servicios... Agregaron, al 'negocio' de la Construcción, el 'negocio' de la administración de lo construido. El nuevo 'negocio' consiste en limpiar las calles, hacer el aseo, mantener las áreas verdes y los edificios, vigilar, etc. Entonces han sido los mismos empresarios de la construcción los que han ocupado este nuevo nicho. En Chile se está siguiendo el mismo modelo español en los edificios públicos y privados. Antes, cuando se construía un hospital, le daban a otra empresa la mantención y la limpieza. Ahora se integra todo. En el mismo sector de la construcción industrial se integran, en un mismo negocio, los servicios de campamento, alimentación, guardias, transporte de personal, etc.

Entonces nosotros pensamos que sí, que íbamos a integrar también a nuestro sindicato, a los trabajadores de servicios... pero siempre y cuando operaran bajo la misma empresa constructora. Esa fue nuestra política, pues no queríamos que los trabajadores de servicios sobrepasaran en porcentaje a los trabajadores de la construcción. No podemos terminar siendo un sindicato de puros servicios. Lo que queremos hacer es tener un área de servicios. Pero, en realidad, a los viejos que construyen el edificio los invitan después a que sean parte de la mantención del edificio, porque ya los conocen. Entonces los viejos, desde esa posición, se empezaron a organizar y dijeron: «Llamemos al SINTEC, si éramos socios del

SINTEC, que nos represente nuevamente». Entonces se dio algo natural: fueron los mismos trabajadores los que nos buscaron.

Actualmente estamos en proceso de negociación, con 280 compañeros y compañeras, en la obra del Hospital Félix Bulnes. Esta semana votamos la huelga para irnos a la recta final del proceso de negociación colectiva. También estamos en Sodexo dando una pelea porque despidieron a los delegados. Y es raro lo que ocurre allí, porque los sectores de mantención son muy feminizados, pero tenemos allí puros dirigentes hombres. En los facilites, el 70% de los trabajadores son mujeres y 30% hombres. Tenemos, sin embargo, cuatro dirigentes hombres, y una compañera. Los primeros dirigentes que ellas eligieron fueron puros hombres... Eran los mismos compañeros de la construcción –que ahora son los «maestros» de los edificios: el gasfiter, el carpintero, que hacen la mantención– los que asumieron el liderazgo. Pero es obvio que eso tiene que ir cambiando.

Por eso tenemos una política destinada a dar mayores posibilidades a las compañeras para que vayan ocupando cargos de representatividad. De hecho, tenemos a varias de ellas como dirigentes sindicales. Son como siete, más o menos. Es que nosotros, desde que se empezó a constituir el sindicato, siempre reservamos un puesto en la directiva nacional para las compañeras, aun antes de la ley de paridad de género. Ella fue Ximena Vergara. Pensábamos que todos los sectores debían estar representados. Hoy, el gremio de la Construcción se ha llenado de compañeras. Incluso en las obras y en las terminaciones son muchas las compañeras que están empezando a trabajar.

Tenemos proyectos donde destinamos un sector de la construcción exclusivamente a mano de obra femenina. En el caso del Hospital de Marga Marga, son dos las obras donde ellas se concentran: la Sala-Cuna y el Servicio Médico Legal. En ambos casos la construcción se va a hacer con ciento por ciento de mano de obra femenina. Se han ido capacitando compañeras enfierradoras, carpinteras... Está bonito el proyecto. Ellas también tienen una compañera delegada.

Nosotros partimos –como dijimos antes– en la construcción de edificios en el área privada, pero de ahí nos pasamos a las obras públicas. Luego nos fuimos al sector de la construcción industrial (o «montaje industrial»), el cual, históricamente, siempre ha estado bien organizado. Tiene que ver con la construcción de la infraestructura material para la minería, para la energía y para la industria propiamente tal. Allí nos relacionamos con Codelco, ENAP, las plantas de celulosa, etc. En este sector siempre existió un sindicato histórico, que es el Sinami. Y yo creo que también es importante dar cuenta de nuestra penetración en este sector. Aquí hemos dado varias luchas importantes. Antes que nosotros, en los ochenta y en los noventa, los compañeros antiguos hicieron las primeras huelgas contra Codelco. Así conquistaron el tema del 2,5, el tema del 1x1, los viajes en avión. Pero ese sindicalismo, pese a todo, se fue desgastando, por el uso de algunas malas prácticas, hasta llegar a fragmentarse.

Y mientras se producía eso, nosotros fuimos llegando a las obras del montaje industrial. En la construcción de la mina «Invierno», en la Isla Riesco, en el 2012, por ejemplo, hicimos una huelga importante. Fue la primera vez que le ganamos al sindicato histórico del montaje industrial. Los titulares de la prensa de Magallanes señalaron que había un «enfrentamiento entre los grandes del montaje industrial». Nosotros, en ese tiempo, no éramos nada de grandes, pero la prensa de la zona nos catalogó así. Participamos también en las obras y las luchas en la mina «Ministro Hales», de Codelco; en otra de la Minera Escondida (proyecto W.S.); también en la construcción de la «quinta unidad» de la Termoeléctrica de Guacolda, etc.

Por eso, en el día hoy, SINTEC está operando no solamente en la edificación, en la construcción de infraestructura pública, en el área de mantención y servicios, sino también en la construcción de infraestructura en la industria y en la gran minería. Antes, cada una de esas áreas tenía un sindicato particular. Hoy somos una organización que abarca esos dos grandes sectores. Estamos en la tercera etapa de nuestro desarrollo histórico.

Entrevistó: Isidora Salinas Urrejola

(20/04/2021 – 19:00 a 20:15 horas)

Bibliografía básica

Amunátegui, Domingo y Guillermo Feliú Cruz. La abolición de la esclavitud en Chile: estudio histórico y social (Santiago, 1973. Editorial Universitaria).

Angell, Alan. Partidos políticos y movimiento obrero en Chile (México D.F., 1974. Ediciones Era).

Araya, Alejandra. Ociosos, vagabundos y malentretidos (Santiago, 1999. Dibam, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, LOM ediciones).

Arendt, Hannah. La condición humana (España, 2016. Editorial Paidós).

Bauman, Zygmunt. Tiempos Líquidos. Vivir en una sociedad de incertidumbre (México D.F., 2008. Tusquets Editores).

Beck, Ulrich. La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad (Barcelona, 1998. Ediciones Paidós Ibérica).

Bengoa, José. Historia social de la agricultura. 2 tomos (Santiago, 1988. Ediciones SUR).

Berger, Peter y Thomas Luckmann. La construcción social de la realidad (Buenos Aires, 1968. Editorial Amorrortu).

Bravo Lira, Bernardino. «El Chile de los ‘pueblos’, el pueblo y los partidos. Vasallos, ciudadanos y electores: actores de la historia». Revista de Derecho Público N° 79 (Santiago, 2013).

Brito, Alejandra. De mujer independiente a madre de peón a padre proveedor. La construcción de identidades de género en la sociedad popular chilena (1880-1930) (Concepción, 2005. Ediciones Escaparte).

-----, «Del rancho al conventillo: transformaciones en la identidad popular femenina. Santiago de Chile, 1850-1920». En Lorena Godoy et al. (Editoras). Disciplina y desacato. Construcción de la identidad en Chile, siglos XIX y XX (Santiago, 1995. Ediciones SUR-CEDEM).

Carmagnani, Marcello. El salariado minero en Chile colonial. Su desarrollo en una sociedad provincial en el norte chico. 1690-1800 (Santiago, 1963. Editorial Universitaria).

De Shazo, Peter. Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927 (Santiago, 2007. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana).

Devés, Eduardo. Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María, Iquique, 1907 (Chile, 1988. Ediciones Documentas, Nuestra América y América Latina Libros).

Devés, Eduardo y Ximena Cruzat (compiladores). Recabarren: escritos de prensa: [1898-1924]. 4 volúmenes (Santiago. 1985. Nuestra América Ediciones).

------. El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907. 3 volúmenes (Santiago, 1981. Clacso).

Drake, Paul. Socialismo y populismo: Chile 1936-1973 (Valparaíso, 1992. Ediciones Universitarias).

Echeverría, Mónica. Antihistoria de un luchador (Clotario Blest, 1823-1990) (Santiago, 2013. LOM ediciones).

Encina, Francisco Antonio. Nuestra inferioridad económica: sus causas, sus consecuencias (Santiago, 1955. Editorial Universitaria).

Figueroa, Pedro Pablo. Historia de la Revolución Constituyente, 1858-1859 (Santiago, 1889. Imprenta Victoria).

Foucault, Michel. «El ojo del poder». En El Panóptico (Madrid, 1979. Ediciones de La Piqueta).

Gaudichaud, Franck. Poder popular y cordones industriales. Testimonios sobre el movimiento popular urbano. 1970-1973 (Santiago, 2004. LOM ediciones).

------. Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder

popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende (Santiago, 2016. LOM ediciones).

Garcés, Mario y Pedro Milos. FOCH, CTCH, CUT: Las centrales unitarias en la historia del sindicalismo chileno (Santiago, 1988. ECO, Educación y Comunicaciones).

Garcés, Mario. La Unidad Popular y la Revolución en Chile (Santiago, 2020. LOM ediciones).

------. Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago. 1957-1970 (Santiago, 2002. LOM ediciones).

Gay, Claudio. Historia física y política de Chile: según documentos adquiridos en esta república durante doce años de residencia en ella. 2 volúmenes (París: En casa del autor, Chile: Museo de Historia Natural de Santiago, 1846-1852).

Germani, Gino. Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas (Buenos Aires, 1962. Editorial Paidós).

Góngora, Mario. «Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile (siglos XVII a XIX)». Cuadernos del Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO). Vol. 2 (Santiago, 1966. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Económicas).

------. Origen de los «inquilinos» de Chile central (Santiago, 1960. Editorial Universitaria).

Grez, Sergio (compilador). La «cuestión social» en Chile. Ideas y debates precursores, 1804-1902 (Santiago, 1997. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Dibam).

------. De la «regeneración del pueblo» a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile, 1810-1890 (Santiago, 1998. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM).

Habermas, Jurgüen. Problemas de legitimación en el capitalismo tardío (Buenos Aires, 1979. Editorial Amorrortu).

Hutchison, Elizabeth. Labores propias de su sexo: género, políticas y trabajo en Chile urbano 1900-1930 (Santiago, 2014. LOM ediciones).

Illanes, María Angélica. «Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)». Propositiones 19 (Santiago, 1990. Sur Ediciones).

------. Chile des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910) (Santiago, 2003. LOM ediciones).

------. La dominación silenciosa: productores y prestamistas en la minería de Atacama: Chile, 1830-1860 (Santiago, 1992, Instituto de Estudios Superiores «Blas Cañas»).

Klein, Naomi. La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre (Canadá, 2007. Booket).

Kornbluh, Peter. Los Estados Unidos y el derrocamiento de Allende. Una historia desclasificada (Santiago, 2003. Ediciones B).

León, Leonardo. Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800 (Temuco, 1990. Ediciones de la Universidad de La Frontera).

León Echaiz, René. El bandido Neira (Santiago, 1965. Editorial Orbe).

Marx, Karl. «Discurso pronunciado por Karl Marx el 14 de abril de 1856». Publicado en People's Paper (Londres, 19 de abril de 1856). Edición traducida al castellano del artículo del periódico. Digitalizado para el MIA (Marxists Internet Archives) por José Ángel Sordo, 1999.

-----, El 18 brumario de Luis Bonaparte (Madrid, 2003. Fundación Federico Engels).

Mellafe, Rolando. La introducción de la esclavitud negra en Chile: tráfico y rutas (Santiago, 1984. Editorial Universitaria).

Montecino, Sonia. Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno (Santiago, 1993. Editorial Cuarto Propio, Ediciones CEDEM).

Morris, James. Afiliación y finanzas sindicales en Chile, 1932-1959 (Santiago, 1962. Editorial Universitaria).

Olguín, Myriam y otros (compiladores). Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX (Santiago, 2000. LOM ediciones).

Ortega, Luis. «Acerca de los orígenes de la industrialización chilena, 1860-1879». En Nueva Historia. 2 volúmenes (Londres, 1981. Asociación de Historiadores Chilenos UK).

Palma, Daniel. Ladrones. Historia social y cultural del robo en Chile, 1870-1920 (Santiago, 2011. LOM ediciones).

Pinto, Julio. «¿La tendencia de la masa al reposo? El régimen portaliano enfrenta al mundo plebeyo, 1830-1851». Historia Volumen II N° 44 [Internet], 2011. Recuperado de: <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33421484005>>.

-----, «La caldera del desierto. Los trabajadores del guano y los inicios de la cuestión social». Propositiones 19 (Santiago, 1990. Ediciones SUR).

Rojas, Jorge. La dictadura de Ibáñez y los sindicatos [1927-1931] (Santiago, 1993. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam).

-----, Los niños cristaleros: trabajo infantil de la industria. Chile, 1880-1950 (Santiago, 1996. (Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam, PET, Sename).

------. La historia de los obreros de la construcción (Santiago, 1993. Programa de Economía de Trabajo, PET).

Rinke, Stefan. Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile 1910- 1931 (Santiago, 2002. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam).

Salazar, Gabriel. Labradores, peones y proletarios (Santiago, 2000. LOM ediciones).

------. Ser niño huacho en la historia de Chile (siglo XIX) (Santiago, 2007. LOM ediciones).

------. Construcción de Estado en Chile (1800-1837): Democracia de «los pueblos», militarismo ciudadano, golpismo oligárquico (Santiago, 2006. Editorial Sudamericana).

------. La enervante levedad histórica de la clase política civil (Chile, 1900-1973) (Santiago, 2015. Editorial Debate).

------. Violencia política popular en las Grandes Alamedas (Santiago, 2006. LOM ediciones).

------. Villa Grimaldi (Cuartel Terranova). Historia, testimonio, reflexión. Tomo 1 (Santiago, 2013. LOM ediciones).

------. Voces profundas. Las compañeras y compañeros «de» Villa Grimaldi. Tomo 2 (Santiago, 2017. LOM ediciones).

------. El poder nuestro de cada día. Pobladores, historia, acción popular constituyente (Santiago, 2016. LOM ediciones).

------. Acción constituyente. Un texto ciudadano y dos ensayos históricos (Santiago, 2020. Tajamar Editores Ltda.).

------. «Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercaderes (1830-1885)», en Propositiones No 20 (Santiago, 1991. Ediciones SUR), pp. 180-231.

Salazar, Gabriel y Julio Pinto. Historia contemporánea de Chile. 5 tomos (Santiago, 2010. LOM ediciones).

Salinas, Cecilia. La mujer proletaria. Una historia por contar (Santiago, 1987. Ediciones LAR).

Salinas, Isidora. «Formación y desarrollo de las preceptoras chilenas. Características del trabajo docente y la profesionalización, 1840-1900». Trashumante. Revista Americana de Historia Social N°12 (Colombia, 2018. Universidad de Antioquia).

Salinas, Maximiliano. Clotario Blest: testigo de la justicia de Cristo para los

Pobres (Santiago, 1991. Editorial Salesiana).

SINTEC Chile. Manual del delegado y la delegada sindical (Santiago, 2017. Ediciones El Andamio).

Tarrow, Sidney. El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política (España, 2012. Editorial Alianza).

Troncoso, Víctor. Vagos y analfabetos. El problema básico de Chile (Santiago, 1926. Editorial Magíster, Talleres Gráficos de la Federación Obrera de Chile).

Valenzuela, Jaime. Bandidaje rural en Chile central. Curicó, 1850-1900 (Santiago, 1991. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dibam).

Vicuña Mackenna, Benjamín. Historia de los diez años de la administración de don Manuel Montt. 5 volúmenes (Santiago, 1862-1863. Imprenta Chilena).

------. El libro de la plata (Santiago, 1882. Imprenta Cervantes).

------. El libro del cobre y del carbón de piedra en Chile (Santiago, 1883. Imprenta Cervantes).

Vicuña Mackenna, Benjamín et al. Historia Jeneral de la República de Chile. Desde su Independencia hasta nuestros días (1818-1838). 5 volúmenes (Santiago, 1862-1882. Imprenta Nacional, 1° al 4° vol.;; Rafael Jover 5° vol.)

Sobre los autores

Gabriel Salazar estudió Historia, Geografía y Educación Cívica (titulado en 1960), Filosofía y Sociología (egresado en 1963 y 1968, respectivamente) en la Universidad de Chile. Doctor en Historia Económica y Social (University of Hull, United Kingdom, 1984). Militante del MIR (1970-1980). Prisionero político (1975-1976). Exiliado político (1976-1984). Investigador y docente en la organización no gubernamental Sur Profesionales Consultores (1985-2005), en los talleres de Educación Popular del Centro de Investigación y Desarrollo Educacional (CIDE), y en Educación y Comunicaciones (ECO). Ha sido profesor titular en el Instituto de Historia de la Universidad Católica (1965-1973 y 2017), y en las facultades de Filosofía y Humanidades (1965-1973 y 1992-2016), Ciencias Sociales (2006-2016), Derecho (2005-2018) y Economía y Negocios (2012-...) de la Universidad de Chile. También ha sido profesor en las universidades de Concepción, Católica de Valparaíso, Metropolitana de Ciencias de la Educación y Pablo de Olavide (Sevilla, España). Es autor de más de treinta libros sobre historia social, económica y política de Chile. Entre ellos cabe destacar: *Labradores, peones y proletarios* (1985); *Violencia política popular en las grandes alamedas* (1990); *Historia contemporánea de Chile* (1999-2002, con Julio Pinto, cinco volúmenes); *Historia de la acumulación capitalista en Chile* (2002); *Ser niño huacho en la historia de Chile* (2007); *El Ejército de Chile y la soberanía popular* (2019).

Obtuvo el Premio Nacional de Historia el año 2006.

Isidora Salinas, Doctora en Historia por la Universidad de Chile (2018). Ha ejercido como docente universitaria, impartiendo cursos de historia de Chile en carreras de pregrado, diplomados y en formación continua del magisterio. Investigadora y educadora en temas vinculados a la historia de las mujeres con perspectiva feminista, y a la historia social, con foco puesto particularmente en la memoria, las mujeres y la educación. Es coautora en el libro *Nombrar el devenir. Filosofía de la historia, memoria y política* (2009. Ed. Escaparate) y del libro *Camarines de mujeres. Memorias de prisioneras políticas del Estadio Nacional* (2018, Instituto de la Mujer). Actualmente es miembro del Centro de Investigación en Educación para la

Justicia Social (CIEJUS), Línea de Género, con sede en la Universidad Católica del Maule.

Guillermo Bastías, más conocido como Guillo, estudió Arquitectura y Cine en la Universidad Católica de Chile. Vivió cuatro años en Berlín, donde fue a estudiar cine y se hizo dibujante profesional. Durante la dictadura cívico-militar trabajó en la revista APSI como dibujante editorial. Ha colaborado como humorista gráfico en numerosos medios nacionales e internacionales, entre los que están Le Monde (Francia), Boston Globe (Estados Unidos), Frankfurter Rundschau (Alemania) y El Mundo (España). Ha realizado varias exposiciones en Chile y en el extranjero, así como ha recibido importantes reconocimientos más allá de nuestras fronteras.

Este libro ha sido posible por el trabajo de

Comité Editorial Silvia Aguilera, Michel Bonnefoy, Ramón Díaz Eterovic, Mario Garcés, Jorge Guzmán, Tomás Moulian, Naín Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, María Emilia Tijoux, José Leandro Urbina, Ximena Valdés, Verónica Zondek secretaria editorial Marcela Vergara Producción Editorial Guillermo Bustamante Proyectos Ignacio Aguilera Prensa y redes Anet González Diseño y Diagramación Editorial Karla Morales, Leonardo Flores Edición electrónica Sergio Cruz Corrección de Pruebas Raúl Cáceres ventas Elba Blamey, Olga Herrera, Ilva Calderón, Francisco Cerda Bodega Paola Estévez, Hugo Jiménez, Juan Huenuman, Carlos Rodríguez, Henry Martínez Comercial Gráfica LOM Elizardo Aguilera, Eduardo Yáñez Servicio al Cliente Ingrid Rivas Diseño y Diagramación Luis Ugalde Producción Imprenta Carlos Aguilera Secretaria Imprenta Jasmín Alfaro pre prensa Mariela Valdez Impresión Digital William Tobar, Alexander Barrios, Gustavo Garrido Impresión Offset Francisco Villaseca, Eduardo Cartagena Encuadernación Rosa Abarca, Edith Zapata, Fernanda Acuña, Carla Díaz, Angélica Oporto, Gonzalo Narváez, Yolene Fleuridor, Carlos Muñoz, Juanita Rubilar, Luis Herrera despacho Susana Garfias mensajería Juan Flores Mantención Jaime Arel Administración Mirtha Ávila, César Delgado, María Paz Hernández.

LOM ediciones